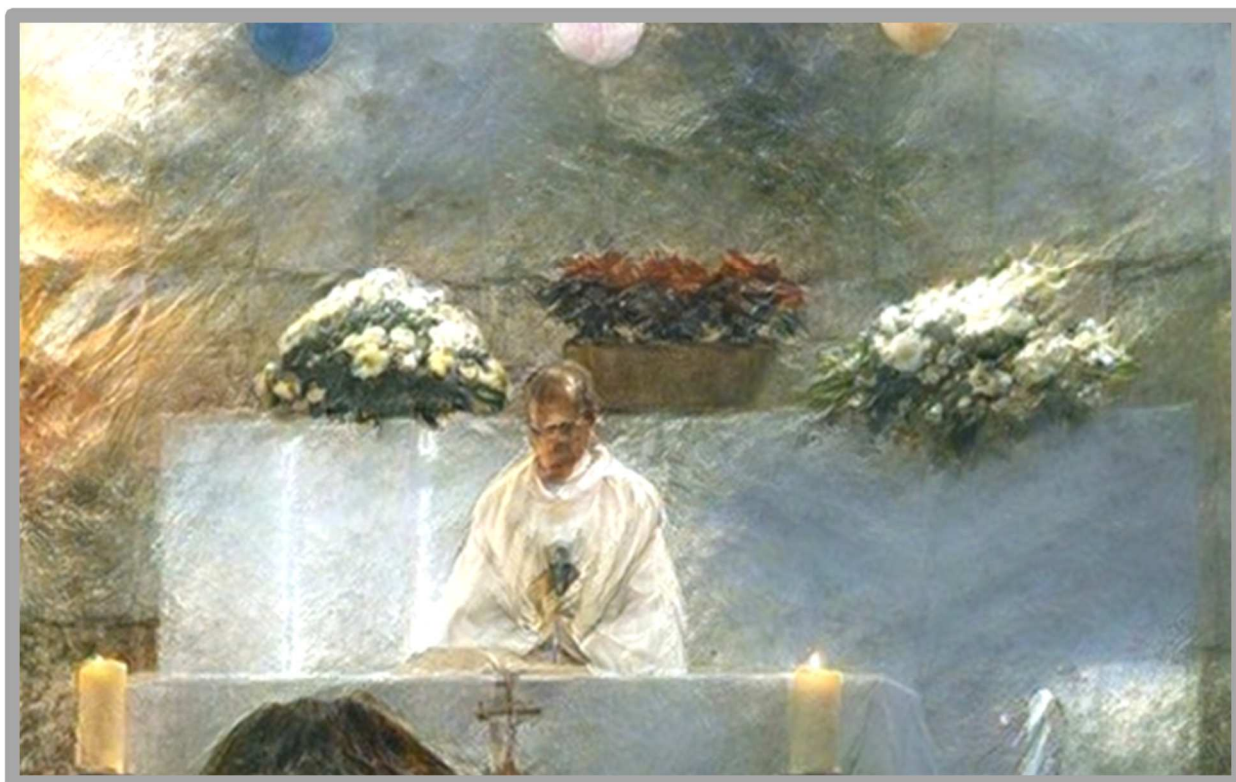


# CUARENTA MISAS... Y OTRAS MAS...





## *Dedicatoria*

Este camino de **40 Misas** no habría sido posible sin la luz de:

- **Jesucristo, nuestro Señor:** Fuente y cumbre de la Eucaristía, en quien todo encuentro tiene sentido.
- **Mis Padres:** Por la fe que me enseñaron con la vida, y por el cariño y amor que ví y recibí en mi hogar.
- **Mi Congregación, la Sociedad de María:** dónde me fue brindada la oportunidad de seguir y de compartir a Cristo.
- **Los Jóvenes:** De Jornadas y de Misiones, de Cd. Neza y de Nueva York, por la alegría, las exigencias sinceras y el entusiasmo con que me empujan a vivir y a celebrar la fe con autenticidad.
- **Todos los que vivieron algún capítulo de este libro conmigo:** Amigos, compañeros de misión y colaboradores que son testigos de que la vida, al igual que la liturgia, es un servicio compartido.

Gracias por ser la razón y el fruto de estas páginas, gracias por ser mi razón de vivir, de ser sacerdote.



## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>5</b>
<b>PRIMERA PARTE: LAS MISAS QUE LLEVO EN EL CORAZÓN .....</b>	<b>7</b>
<i>"Dios se hace presente en la basura"</i> .....	7
<i>"Santo padrecito, de favor celebre la santa misa por mis animalitos..."</i> .....	10
<i>"Me enfrento hoy a la Vida como me enfrento al volcán"</i> .....	13
<i>"Para ti, ¿quién es Cristo?"</i> .....	15
<i>"Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu..."</i> .....	17
<i>"En la Iglesia de Dios, hay un lugar para ti"</i> .....	19
<i>"El mensaje llegó...siglos después..."</i> .....	22
<i>"Por unos breves instantes, comparto esas vidas..."</i> .....	25
<i>"No hay palabras..."</i> .....	27
<i>"Mon père..."</i> .....	29
<i>"¿quién falleció? - No sabemos..."</i> .....	31
<i>"Y los papás, pues, no, ninguno, ninguno vino."</i> .....	34
<i>"Un amor con rostro de Madre"</i> .....	38
<i>"Santuario y volcán, cáliz y patena unen Cielo y Tierra"</i> .....	40
<i>"Tu es un grand garçon, maintenant!"</i> .....	41
<i>"Vénganse, vamos a limpiar esto."</i> .....	43
<i>"Lo sentimos, padre Pancho, jera más importante proteger al Señor!"</i> .....	45
<i>"¡El año que viene, usted será capitán!"</i> .....	47
<i>"Scouts, toujours prêts!"</i> .....	51
<i>"¡Si así son los sacerdotes, yo también quiero ser sacerdote!"</i> .....	53
<i>"Hay que aprender a vivir de personas ejemplares..."</i> .....	55
<i>"La cama de un enfermo es un altar"</i> .....	57
<i>"Padrecito, padrecito... Siéntese, ¡padrecito!"</i> .....	58
<i>"Está bien, padrecito, ¡se vale llorar!"</i> .....	61
<i>"Son mi razón de ser sacerdote"</i> .....	63
<i>"Mis sobrinos nunca vienen, mi hermana no los trae"</i> .....	65
<i>"Aquí hay algo que es <b>cierto</b>"</i> .....	68
<i>"Por el alma de Don Mauricio"</i> .....	70
<i>Un pueblo dividido, enemigo de sí mismo.....</i>	72
<i>"No entendiste nada, ¿verdad?"</i> .....	74
<i>"¿Ahora sí puede venir, verdad padrecito?"</i> .....	77
<i>"El silencio que canta..."</i> .....	80
<i>"Oiga, Padrecito, y ¿hace falta que vayan vestidos de blanco?"</i> .....	82
<i>"Por la familia Chauvet..."</i> .....	85
<i>"Usted no debería estar aquí..."</i> .....	87
<i>"Lunes de domingo de Resurrección"</i> .....	89
<i>"¿Qué no le pagaron la misita, padrecito?"</i> .....	92
<i>"Solo vine a dar gracias"</i> .....	94
<b>Y TANTAS MISAS MÁS...</b> .....	<b>96</b>
<b>SEGUNDA PARTE: LAS QUE CASI FUERON UNA MISA .....</b>	<b>98</b>

"Tú no, siéntate" .....	99
"¿Quieres ayudar? ¡lava los platos!" .....	102
"¡Rece por mí, Padrecito!" .....	105
"Un día te vas a morir..." .....	108
"Mi hija les va a hacer unas tortillas" .....	111
"Lo siento, pero hoy no hay misa" .....	113
"¿Quieres mi bendición, joven?" .....	141
"Las muñecas" .....	116
"¿Quiere mi bendición, joven?" .....	118
"Ah bueno, en ese caso, padrecito..." .....	120
"No, Padrecito, solo queremos una bendición..." .....	123
"Sé que vienes de parte de Dios..." .....	125
"¿Seguro que no te debo nada?" .....	127
"Esto no sirve de nada" .....	130
¿Pos dónde más quiere usted que yo esté, Padrecito?.....	133
"Si quieren nosotros vamos..." .....	136
"La cueva" .....	140
"Por cierto, no tienen Biblia..." .....	144
"¡Compártenos tu testimonio!" .....	148
"¿Pero a quién se le ocurre semejante idea?" .....	150
"¡Ese! ¡Ese es el profesor!" .....	153
"Si quieren dar una limosna, este es el lugar..." .....	155
"Deme otro turno, sí puedo, ¡por favor deme otro turno!" .....	158
"¿A poco ya te vas?" .....	161
"¿No quiere venir a cenar, padre?" .....	164
"Queremos bailar en su honor padrecito" .....	167
"Todo irá a la basura...Quizás no todo..." .....	170
"fue por los rostros..." .....	172
"No habla, grita!" .....	177
<b>Y TANTOS OTROS LUGARES.....</b>	<b>180</b>
"No necesitas ir al Louvre..." .....	181
"¿Sabes que hoy hay partido en el Estadio Azteca?" .....	185
"Hubo gente peor que los nazis..." .....	187
"La puerta al más allá..." .....	190
"¿A dónde vas a ir ahora?... voy a rezar por ellos" .....	192
<b>"Y MUCHOS LUGARES MÁS..."</b>	<b>194</b>
<b>CONCLUSIÓN .....</b>	<b>196</b>

## INTRODUCCIÓN

1989, Ojo de Agua, Estado de México. Casa de las Hermanas Adoratrices de la Eucaristía. Acompaño a uno de los grupos del CPP (Centro Politécnico de Proyección) en su retiro sobre la Eucaristía. Al entrar en la sacristía, vi un letrero colgado junto en la pared:

*"Sacerdote, celebra cada misa, como si fuera tu primera misa, como si fuera tu última misa, como si fuera tu única misa".*

*Juan María Vianney  
Santo cura de Ars*



Desde aquel día, esas palabras han habitado mi corazón. Las tengo presentes (casi) en cada misa que celebro. Me han ayudado a cobrar conciencia del inmenso privilegio y de la inmensa responsabilidad que significa pararse ante el altar para celebrar la Eucaristía. Confieso que no siempre he celebrado la misa como si fuera la primera, la última y la única misa. Me distraen muchas cosas: ¡Las palabras que tendré que decir, los niños que gritan o los perros que entran! Pero sé bien estas que son solamente excusas, que me he olvidado del Dios que se hará presente en el pan y en el vino. Otras veces, en cambio, he sido profundamente tocado por la gracia del momento, por las personas presentes, por los niños que gritan o los perros que entran, porque todo ello, todo lo que sucede en torno, es también una presencia de Cristo, que esos hombres y mujeres, esos niños y niñas, esa iglesia, esos

campos, esas montañas, esas cosechas que crecen en los campos, la lluvia que cae y la neblina que nos rodea, cada corazón, cada lágrima, cada alegría y cada pena, forman también el cuerpo de Cristo. Y ha sido así durante 40 años...

Este año, el 7 de abril para ser precisos, cumpliré 40 años de sacerdote. Cuarenta años de celebrar la Eucaristía, de "decir misa", de "venir a decir una misita". Cuarenta años de revestir los ornamentos mientras pienso: "que les voy a decir? ¿Cómo puedo hablar de Cristo y no de mí mismo? ¿Como encontrar las palabras que cada corazón necesita?" demasiado tarde comprendí que no puedo, que nunca encontraré las palabras adecuadas y que siempre le fallaré a alguien de los ahí presentes. Y al mismo tiempo, de una manera maravillosa e incomprensible, en tantos momentos en que sentí mi debilidad, incluso en los momentos en que dejé mi orgullo vencer al Evangelio, hubo tantos momentos, tantas eucaristías, ¡inolvidables, maravillosas, trágicas! Hubo momentos en que era feliz de ser sacerdote y momentos en que quería ser algo más, hacer algo más por esos enfermos, por esos niños discapacitados, por esos huérfanos o por esa viuda, momentos en que no comprendía que Dios me pedía ESTO y nada más. Momentos también en que sentí que era yo el más afortunado de los hombres, bendecido una y otra y otra vez, por amigos, por familia, incluso por desconocidos. He tenido la dicha, y espero seguir

teniéndola, de haber vivido, en cuarenta años de sacerdocio, momentos maravillosos en los cuales pude yo intentar acercar a Cristo a los demás.

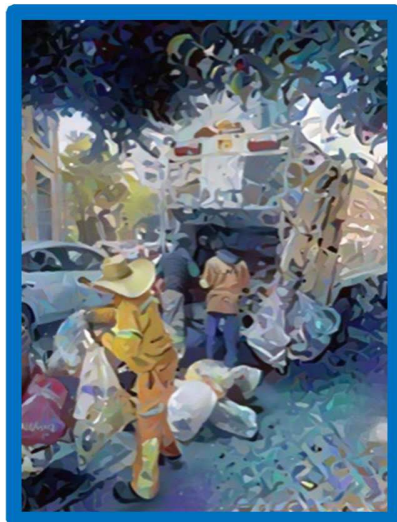
Por eso quiero compartir con todos ustedes el recuerdo de algunas de las misas que más han impactado mi vida. No todos los relatos que comparto son de “misas” estrictamente hablando. En ocasiones es un lavatorio de pies, o un Vía Crucis durante Semana Santa. Los he incluido porque son momentos en los que Cristo se ha hecho verdadera y realmente presente en medio de nosotros. Los comparto con un corazón agradecido y humillado. He llamado a este esfuerzo por compartir mi vida con ustedes “cuarenta misas... y algunas más”. Mas adelante explicaré por qué este nombre.

Al releer los textos que he escrito, me doy cuenta que hablo mucho de mí mismo. Quizás incluso me he dejado vencer por mi orgullo y mi solipsismo (¡de acuerdo, egoísmo!). De antemano pido una disculpa, pero es que de alguna manera han sido también MIS misas, cuando yo dije las palabras de consagración (o no pude decirlas). Perdónenme por hablar de mí mismo. Sé que todos ustedes sabrán ver más allá de la figura del sacerdote para ver a Jesús, el Cristo, el Señor, el que me amó y se entregó por mí.

Padre Pancho, sm



## PRIMERA PARTE LAS MISAS QUE LLEVO EN EL CORAZÓN



*“Dios se hace presente en la basura”*

### MISA CON LOS RECOLECTORES DE BASURA

**Ciudad de México, diciembre de 1993.**

12 de diciembre. Otro 12 de diciembre. Tantos “12 de diciembre”. Cada año es lo mismo. Piden 5, 10, 20 misas el mismo día, y todos la quieren a las 12 del día. Antes de los payasos y de la comida... Y, sin embargo, la gente lo pide: ¡Quieren “su misita”... y además pagan bien!

El día anterior, el 11 por la noche, llegan dos señores a la parroquia y piden hablar conmigo:

- “Padre, queremos una misita para mañana, ¿se puede? ¿Cuánto nos cobra?”
- ¿En serio, para mañana? ¿De un día para el otro? No creo, ya tengo todo lleno, ¡no es posible!
- ¡Sería muy temprano, puede ser a las 6 o las 7, como usted prefiera!

Me llaman la atención estos dos señores. No son obreros, ni empleados.

-¿De dónde vienen, quien los manda?

-Venimos de la delegación X..., llevamos años pidiendo permiso el Sr. Delegado, y por fin nos autorizó.

¿En la delegación? ¡Me parece muy extraño!

- ¿Pero dónde en la delegación? ¿En las oficinas? ¡No creo que sea en la esplanada!
- No, padrecito, mire usted, nosotros somos del personal de limpieza, la misita sería en el depósito de los camiones de basura....

Me quedo helado... Los barrenderos, los “de la limpia” quieren su misita... a las 6 o 7. Voy o no voy?

- Muy bien, señores, ahí nos vemos mañana, a las 6, porque tengo otra misa a las 7
- ¿Venimos por usted?
- No, no se preocupen, yo llego, solo denme la dirección



El depósito de basura está bastante lejos, casi ya fuera de la ciudad. El lugar huele a... basura... un olor profundo, nauseabundo, penetrante. Basura amontonada, podrida, lodo por todos lados...

Han puesto un altarcito, unas flores. Una imagen de bulto de la Virgencita. Todos se acercan al altar, pero no mucho. Esto es algo sagrado, y yo, yo soy un pobre barrendero, soy el hijo, la esposa del que barre...

No han preparado nada para la misa, no hay quien lea las lecturas de la misa... Estoy a punto de enojarme cuando me “cae el veinte”: Nadie quiere leer porque...no saben leer...

Y Cristo baja a ese altar... un altar pequeño, limpio, brillante como una luz en medio de la basura de este mundo. Una hostia pequeña, blanca, que alcanza a iluminar, a transformar, por unos instantes la basura que la rodea en este lugar, la basura en mi propio corazón...

Nadie comulga. Nadie, claro, porque no se han confesado (¿somos católicos o jansenistas?) pero todos sonríen, todos se alegran: llevan años esperando que las autoridades den el permiso, y pues, ya vino el padrecito, esperemos que no nos cobre mucho, algo hay que darle. Después de todo, la Virgencita ha venido a visitarnos, ¡y trajo a su Hijo!



Pasan una canasta a la hora de la colecta. ¡Me quiero morir de la pena! ¡Siento que les estoy quitando lo poco que tienen! Pero no, son ellos quienes lo dan, de corazón, se lo dan a Dios, ¡no aceptarlo sería ofenderlos a todos!

“¿Padre, puede bendecir el cuartito del velador? Esta aquí junto...” Estoy a punto de rehusar. Ya no aguanto el olor. El velador me mira con unos ojos grandes, negros, desvelados. “venga, padrecito, por aquí, mire, le presento a mi esposa, a mis hijos...” Todos viven amontonados en este basurero. Aquí viven, este es su cuarto, su mundo, su futuro, casi diría, su condena. Siento vergüenza. Siento vergüenza al escribir estas líneas, porque no recuerdo sus nombres, ni su historia, ni nada de nada. Solo recuerdo el rostro de un hombre que se ganaba la vida en medio de la basura, de una mujer que lo tomaba del brazo, y me presentaba a sus hijos para que yo les diera un consejo, una bendición, como para protegerlos de un futuro amenazador. Siento vergüenza de no haber hecho nada más por ellos... solo una misita... Media hora de Dios... Y sin embargo quiero creer que la Misa, la presencia de Cristo les trajo algo de consuelo, de dignidad: No importa cuán sucio sea tu trabajo, no importa si la gente te trata como basura, eres hijo, ¡eres hija de Dios! Y Cristo vino hasta este depósito de basura para estar contigo. Sé que lo hace a

diario, que Dios se hace presente de otras maneras: en el amigo, el compañero, en el tamal compartido. ¡Hoy me toco a mi traerlo hasta aquí!

Me subo al coche y me voy a la siguiente misa. Veo gente por la calle, tirando basura, “total, alguien la recogerá”. Caigo en la cuenta que yo lo he hecho tantas veces, sin siquiera pensar... Solo me queda pedir perdón...



**Nuestra Señora de la Basura**

Autor: P Pancho, con I.A.



*“Santo padrecito, de favor celebre la santa misa por mis animalitos...”*  
**MISA DE MISIONES EN LA SIERRA NORTE DE PUEBLA**

**Primera misión en la Sierra Norte de Puebla, semana Santa de 1994.**

la Hna. Diana me ha invitado al trabajar con ella esta Semana Santa en las comunidades de Tepezintla y Tonalixco, junto con al Hno. R...sm, que es diácono, y será ordenado sacerdote este mismo año. Emprendemos el largo camino en camión hasta Zacatlán y de ahí son dos horas más hasta donde la Hna. Diana nos espera. Al día siguiente caminamos tres horas para llegar a Tepezintla. De camino recibimos nuestra primera clase de náhuatl: “¡*Quema, sí!, Amo, ¡no!*”

Esa misma tarde celebro mi primera misa en la iglesia de Tepezintla. Al llegar a la sacristía, veo una fila de unas veinte personas que me están esperando. Al parecer se corrió la voz de que el padrecito había llegado, y la gente ha llegado a presentar sus intenciones de misa. Diana me indica que debo sentarme ante la mesa y recibir a cada persona.

Paso junto a ellos. Me saludan inclinándose un poco, con una leve sonrisa. Se ven cansados, seguramente han caminado bastante (al día siguiente, al visitar el pueblo, me doy cuenta que la mayoría no vive en el pueblo mismo, sino que las casas están esparcidas por todo el monte). Al parecer han venido directamente del campo, pues algunos todavía traen sus herramientas. Noto su ropa usada, demasiado larga o demasiado corta, las sandalias que apenas cubren unos pies desnudos, una defensa casi inútil contra el frío: ¡nada que ver con la chamarra y botas que yo traigo! Veo unos rostros quemados por la intemperie, unas manos callosas, duras como metal, veo el cansancio, el peso de la jornada, del día, de la vida que han pasado labrando la tierra o trabajando en la ciudad, y, sin embargo, aquí están, precisamente para ofrecer esa vida que llevan a cuestas, esa vida de esfuerzo, de trabajo, de lucha, para “pedir su misita”.

Una señora se acerca y saca de entre los pliegues de su ropa una pequeña bolsa de plástico, muy bien doblada, amarrada con un mecate, de la que saca cuidadosamente una hoja de papel doblada, y me lo entrega. Tomo la hoja y leo en ella un texto que dice más o menos lo siguiente:

*“santo padrecito, muy buenas tardes, los saludo con respeto y le pido de favor celebre la santa misa de hoy por mis animalitos, mis gallinas, por mi maíz, por la cosecha, por mi esposo que está en México, por mis niños que no han vuelto, por el eterno descanso de mi madre Ofelia, de mi hermana Anastasia, por Juan, por Isidoro (y otros veinte nombres). Le agradezco y Dios lo bendiga. “*

Todo esto escrito en grandes letras redondas, como las que aprendimos en primaria.

La señora me sonrío y se aleja, y se acerca a otra persona, y repite la pequeña ceremonia, solemne y sencilla de entrega de la hoja de papel.

Cuando ya han pasado todos, Diana me explica, tengo que llevar todos los papeles y ponerlos sobre el altar, y al momento de la oración de los fieles, tengo que leer todos los nombres que han escrito en esos papeles. No, no basta con citar algunos, hay que leerlos todos. Es lo que la gente espera. Y quieren oír el nombre de sus seres queridos en la misa. Pero no es todo. Después de la misa, regreso a la sacristía con los papeles, y nuevamente está ahí la gente que viene a buscar sus hojas de papel. Esperan pacientemente en fila. A cada uno pregunto; ¿cómo se llaman tus difuntitos? Y busco la hoja en el montón.

Al entregarla (nuevamente por las explicaciones de Diana) mi papel es " darles un buen consejo" y bendecirlos con el hisopo. Cada persona me entrega una moneda de cinco pesos (¡el equivalente a un día de sueldo!), recoge su hoja, la vuelve a doblar cuidadosamente, y la guarda nuevamente entre su ropa, tratándola con una delicadeza, un respeto infinito, como si fuera un tesoro de gran valor. Y de hecho lo es.

Aquí cabe la pregunta: ¿por qué guardan esa hoja de papel con tanto cuidado, Por qué la traen siempre consigo? ¿Por qué es tan importante? Tardé un tiempo en comprender: Muchos de nuestros hermanos indígenas... no saben leer o escribir. Las mujeres en general no hablan español. No pueden leer su hoja, no saben exactamente qué está escrito en ella. Verán, un día, alguien les ayudó. Algún maestro, alguna persona en la ciudad, alguien " leído y escrito", una "persona de razón" les hizo el favor de poner por escrito sus intenciones, los nombres de las personas que amaron y que ya no están. Por eso, sí, es un tesoro lo que llevan cerca del corazón. Alguien les fabricó un tesoro, un tesoro infinitamente valioso porque tiene los nombres de sus seres queridos. En ese papel están sus animalitos, su cosecha, sus dolores, sus ausencias, el vacío que la pobreza que los obliga a emigrar ha dejado en lo más hondo de su ser...y tantas cosas más que no alcanzaron a escribir.

Nadie sabe cuándo volverá a pasar por aquí un padrecito. Nadie sabe cuándo podrá nuevamente ofrecer una misa, una misa de la que no entienden gran cosa quizás, pero una misa donde alguien que "sabe" le habla de ellos a Dios, alguien que pone sobre el altar esos nombres, esos animalitos, esa cosecha, esa esperanza de un futuro mejor que muy probablemente nunca llegará. Pero esta noche están contentos porque "el padrecito dijo mi misita".

Este ritual que se repite antes de cada Misa es ya en sí mismo una misa. Es una misa que precede a la misa. Es una oración, una ofrenda, es el sacrificio de horas de caminata, desde un caserío o un pueblo vecinos (o no tan vecinos), es el sacrificio ofrecido por otros, por los que ya no están, pero que no se han ido del todo.

Es también, y esto no es poca cosa, el sacrificio del sueldo de un día entero. Ese dinero no es gratis. No les ha caído del cielo. Son ocho, nueve, diez horas de trabajo el rayo del sol o bajo la lluvia en una tierra montañosa e ingrata que no alcanza a dar lo suficiente para sobrevivir de un año a otro. ¡Y me lo entregan porque "dije una misita!"

El último día de la misión, estoy enfermo del estómago. Apenas puedo estar en pie. La Iglesia está llena. La gente espera en la sacristía. La entrega de papeles dura casi una hora. ¡Son más de cien!



La oración de los fieles parece eterna. Siento que no voy a aguantar, pero la gente me mira con grandes ojos, suplicando con la mirada, atentos a escuchar el nombre, su nombre, sus nombres, ¡nombre que Totatzin Dios tiene que escuchar! ¿Porque, si Él no los escucha...? . La voz del padrecito pronuncia cuidadosamente cada nombre. Me esfuerzo de hacerlo con cariño, como si fueran mis propios seres queridos. Y siento que de alguna manera ya lo son....



Unas horas después el párroco viene a despedirme. Le entregó una bolsa de plástico con todo el dinero de las intenciones: “Esto es para ti, padre, es dinero de la parroquia ”

- “¡No, hombre! Es tuyo, te lo has ganado, tu celebraste las misas.

- Padre, no puedo llevarme este dinero. ¿Para gastarlo en qué? ¿En mi comida? en mis refrescos? Este dinero es

sagrado. Equivale a meses de trabajo. ¿Como me lo podría llevar? Tiene que quedarse aquí, contigo, con esta gente. Y gracias por haberme ayudado a descubrir este mundo indígena y que ignoré totalmente durante más de treinta y cinco años.

El camión arranca. Regreso a mi vida de burgués, de “gente de razón”, de gente de ciudad. Regreso a mis comodidades, a mi confort. Solamente pasé unos días en la Sierra Norte de Puebla. Pero no me llevo un recuerdo. Me llevo una herida, una herida que sé me acompañará hasta el último día de mi vida, una herida que no logra cicatrizar, o quizás una cicatriz que aun sangra, la de la pobreza de mis hermanos, el hambre y la desesperación ahogadas con tantito “win”, el alcohol fermentado de allá. La herida de no haber podido hacer más. Intento recordar que soy sacerdote, no trabajador social o líder sindical, que lo mío es lo mío, y cada quien tiene un papel que jugar. Mi papel ahora es ayudar a cada quien, a descubrir su vocación, su responsabilidad. Porque, si queremos que las cosas cambien, hay que pagar el precio.

Y a pesar de todo, a pesar del dolor que me acompaña, me acompañan también las palabras que pude aprender y decir tantas veces en Nawatl: “Totazin Tio Xihua miyac!” ¡Dios te ama mucho!





*Me enfrento hoy a la Vida como me enfrento al volcán*

## **MISA EN EL REFUGIO DE PIEDRAS GRANDES, EN EL CITLALTÉPETL**

Piedras Grandes, Puebla, diciembre de 1991

El GAP, Grupo Alpino Pax, del CPP, Centro Politécnico de Proyección, está en su temporada de Alta Montana. Contra su mejor juicio, han aceptado que los acompañe un servidor (¡“el padre Pancho no va a poder!”), “¡pues que nos espere en el refugio!”) ¡Pero estoy decidido a acompañarlos!

Semanas de preparación, de entrenamiento físico y mental. Preparar también el equipo, la liturgia, el viaje. ¡Finalmente llega el día tan esperado! El largo viaje hasta H..., el alquiler de la camioneta, la llegada al refugio de Piedras Grandes.

El frío es espantoso. El refugio es oscuro, frío, poco acogedor. Hay basura por todos lados, restos de fogata, unos catres de metal incómodos, muebles en pedazos. Afuera la noche desciende rápidamente, y el frío parece redoblar de intensidad. Una lámpara trata de dar un poco de luz, nos reunimos en torno a ella.

El reto será mañana: levantarse super temprano, 4 am, equiparse, cruzar el glaciar de Jamapa, subir hasta la cima. Soñamos con la cumbre: Ver todo México (¡bueno, no, no todo, pero casi!). Pero esta noche, celebramos Misa...

Mal que bien, preparo un pequeño altar: los “trapitos de Dios”, el mantel, el corporal, mi cáliz de ordenación, regalo de mis padres. Aquella mesa de madera sólida cobra una nueva nobleza: se prepara a recibir a Dios. Donde tantos hombres y mujeres, alpinistas profesionales o amateurs han comido antes de emprender su camino hacia la cima, es ahora Dios mismo quien se nos da en alimento. Comulgamos casi a oscuras, en un refugio



convertido en la iglesia más grandiosa que jamás he visto, una iglesia hecha de piedra y de tenacidad. La oscuridad cobra una nueva calidad: se vuelve manto, escudo: reconoce a su Señor y lo cobija. La habita una profunda reverencia. Las sombras parecen inclinarse. ¡Las palabras de la consagración toman un nuevo espesor, una densidad distinta! Cristo presente en el Refugio, rodeado de oscuridad, de la belleza oculta de un volcán hundido en la noche, una

noche Mexicana, donde toda una nación parece acercarse a su punto más alto. Nos reunimos en torno a esas dos Luces: la de la lampa de keroseno que ilumina nuestros ojos, y la de Cristo que da fuerza a nuestras almas. Y la antigua pregunta que habita cada hombre: “¿qué hago aquí?” “¿por qué estoy aquí?” “¿A quién se le ocurre dejar su sofá, su televisión, ¿y venirse a trepar montes?” intenta encontrar, en este pequeño halo de luz, una nueva respuesta: Sí, ¡dime por qué estás aquí! No “aquí”, en este refugio, sobre este volcán, sino aquí, en esta vida, en este mundo, ¿por qué has venido?”

La respuesta, mi respuesta se va formando en la oscuridad, buscando su propio camino: Vine, no a “trepar un cerro”, o a “conquistar un volcán”. Vine... vine porque fui creado para vivir plenamente, para subir cada día más alto, para conquistar una y otra cima, y al llegar a una cima, buscar y correr tras la siguiente cima, porque tengo que subir cada vez más alto, tengo que ver más allá de lo que mis ojos ven, tengo que descubrir lo que Cristo veía cuando se iba al desierto o a la montaña. He venido a descubrir quién soy realmente, no en la comodidad de mi hogar o de mis costumbres, sino en los límites de la existencia.

Un día enfrentaré la Muerte como hoy enfrento el Volcán: seguro de mí mismo, con mi fuerza, mi experiencia, mi sed de ir más allá de lo visible. Seguro también de la presencia y apoyo de mis hermanos alpinistas, de quienes han aceptado que recorramos juntos este trecho de nuestras vidas, seguro también de la Presencia de un Dios que me acompaña y espera a la vez... Pero antes de eso, antes de escalar la última cima, me enfrento hoy a la Vida: a esta maravillosa aventura a la que fui llamado sin merecerlo, a este don inmerecido y exigente que me ha sido confiado. Y no estoy solo...





*“Para ti, ¿quién es Cristo?”*

## MISA DE LA AND DEL MJVC

### **Santiago, Nuevo León. Asamblea nacional del MJVC.**

Cientos de jóvenes jornalistas, asesores, padres de familia, ¡“dinosaurios”! (¡antiguos miembros ya casados y con hijos en jornadas!) han venido a esta gran reunión anual del MJVC. Es la primera vez que asisto; Acompaño al padre Vicente Flores, Marista, que será mi amigo durante toda su vida, QEPD, y a muchos jóvenes de la parroquia de Claveria. Me siento un poco perdido entre tanto joven. Reina un desorden alegre y vivo. ¡Qué bueno que no me toco organizar nada!

La misa del sábado por la tarde es por pequeños grupos. Cada sacerdote ha recibido una pequeña grey, un grupo de unos cuarenta chicos y chicas.



Al último momento se me acerca un hermano sacerdote, joven, medio despistado, ha llegado tarde y no sabe bien qué hacer: “padre, puedo concelebrar contigo?” - “por supuesto, bienvenido”. ¡Me cae bien, trabaja con jóvenes! Pero lo siento algo... frágil...

Durante la homilía hago una invitación a responder a la pregunta: “para ti, quien es Cristo?” pero sin rollo, ¡mis chavos! ¡No trates de impresionar a nadie! ¡El único que escucha tu respuesta esta tarde... es precisamente Cristo! Así que no trates de apantallarme. Eso sí, habla con el corazón porque aquí, en esta asamblea, hay alguien que duda, que tiene miedo, que se siente solo, que no sabe si cree, ¡y tu testimonio puede salvar un alma!”

Claro, así, nadie se atreve a hablar. Los fijo con la mirada, los reto con la mirada, incluso con palabras: “o todo esto es un juego? Jornadas es para pasarla bien, para conseguirte una chava, ¿para esconder tus miedos? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué sentido le das a tu vida? ¿En serio? Cristo es tu “amigo”, tu compañero, ¿o qué?”

Un chavo se pone de pie, casi al frente, me mira fijamente: “No, padre, para mii Cristo es más que un amigo, Cristo es Dios, ¡es mi Dios! No es un “amigo”, es mi Salvador y estoy aquí porque me ha salvado”.

Otro chavo se levanta: “tengo tantas dudas, tengo tanto dolor, mi madre murió hace poco, pero siento que Jesús está conmigo...”

Dos, tres testimonios más... los chavos escuchan, se sienten apoyados, cuestionados

De pronto, sin decir “agua va”, me volteo hacia el otro sacerdote, sentado un poco atrás de mí, como escondido, y le pregunto a quemarropa: ”Y para ti, Padre, ¿quién es Cristo?”

¡No se la esperaba! ¡Estaba papaloteando, y de pronto la cubeta de agua fría!

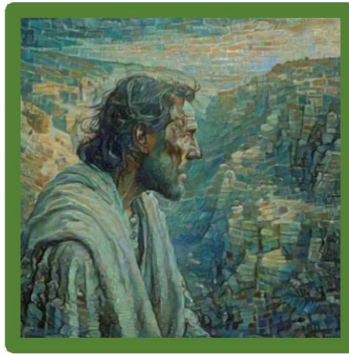
“Eres sacerdote, ¿no? ¿Eres padrecito? Has dejado casa, tener una esposa, fundar una familia... ¿Para qué? ¿Porqué o por quién? Para ti, padre, ¿quién es Cristo? Se supone que le has dado tu vida, ¿no? ¿Que es todo para ti! ¿En serio? ¿Nunca dudas? ¿Nunca te cansas? Nunca te acomodas en tu papel de autoridad (de burócrata, dirá años más tarde el Papa Francisco), de superior a los demás, tu sí sabes y ellos no, tu sí estudiaste, ¡tú eres “leído y escrito!” ¡Pero la pregunta es la misma para todos, para ti y para mí!”



No recuerdo bien qué respondió... recuerdo su sorpresa, su desconcierto, por un momento pareció buscar una respuesta propia y edificante, alfo sacado del catecismo universal o de algún libro para jóvenes, No recuerdo. Pero la pregunta sigue.

Me dirijo hacia el altar para el ofertorio. Pero siento las miradas de cientos de chicos y chicas clavadas sobre mí. Yo no he respondido a la pregunta. Parecen exigirme una respuesta. Los miro lentamente a los ojos, intento dirigirme a cada uno de ellos: “sé que no he respondido a la pregunta que les he hecho. Esa pregunta también es para mí. Quisiera responderla... con mi vida. Con palabras, sí, cuando sea necesario, pero no solo con palabras, quiero que, al verme, vean a Cristo. Quiero que vean la respuesta en lo que hago, y no en lo que digo. Y mi primera respuesta es precisamente esta misa. Porque quisiera darles tanto, a cada uno, a cada una de ustedes: darles fuerza, confianza, afecto... Como el muchacho del Evangelio, que solamente tenía dos peces y cinco panes, yo solo tengo un poco de pan y un poco de vino... y mi vida. No es mucho, pero les doy con todo mi amor... y mi fragilidad.”





*Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu ... (Mt. 4,1)*

## **MISA EN EL DESIERTO DEL NEGUEV**

Desierto del Neguev, Tierra Santa Agosto del 2026

- “Te queremos invitar a Tierra Santa”.

No lo puedo creer. Recién llegado a la obra de los Foyers de Charité, una asociación de laicos originada en Francia, soy para ellos aún un desconocido, el más reciente de los padres que quieren trabajar en esta obra. Y, sin embargo, ya en este primer año, me invitan a acompañar al grupo que va en peregrinación a Tierra Santa. Será una aventura maravillosa, un caminar con Jesús en la tierra que lo vio nacer, vivir, morir... y resucitar.

Es un viaje al corazón del Evangelio. De hecho, se habla a menudo de la Tierra Santa como “el quinto evangelio”, es decir, una narración escrita en los campos y caminos que Jesús conoció y que aún hoy, como las piedras de antiguo, nos siguen gritando que Jesús vino a nosotros por amor.

Hoy hemos llegado al desierto, el desierto donde Jesús fue tentado por el demonio. El lugar es espectacular: En apariencia vacío, el desierto tiene vida propia. Vibra con su propia energía. El ser humano se siente desamparado y al mismo tiempo rodeado de fuerzas misteriosas que lo rebasan. No es solo cobrar conciencia de la fragilidad propia. Es además enfrentarse a algo trascendente, algo más grande que uno mismo, algo o alguien que te llama a superarte, a ser mejor, pero no sin antes enfrentarte a ti mismo, a ver en tu corazón el vacío que ha dejado esa búsqueda de placer, de poder, de prestigio. En el desierto te enfrentas a ti mismo para poder enfrentarte a Dios. No puedes hacer uno sin el otro.



Ese es, dicho sea entre paréntesis, el drama del agnosticismo: no quiere saber. No se plantea la pregunta. No se enfrenta de frente al drama de la existencia humana, al problema del mal. En el desierto no hay agnósticos. Habrá ateos, pero no agnósticos. No puedes huir del desierto, ni de ti mismo, ni de Dios.



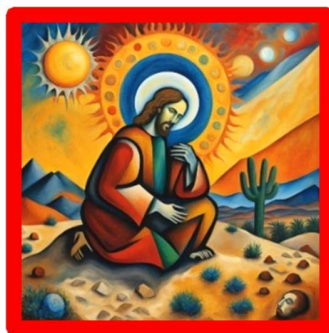
Me toca presidir la Eucaristía. Lo vivo como un honor, un don, pero también como una exigencia. Somos solamente un pequeño grupo de peregrinos que se ha reunido alrededor de un altar improvisado, con los cinco sacerdotes que con celebramos en este lugar espectacular. Pero en vez de perdernos en la inmensidad del desierto, de sentir el calor o la sed, de una manera maravillosa, el desierto mismo parece abrazarnos, rodearnos de una ternura que es fuerte, árida, exigente.

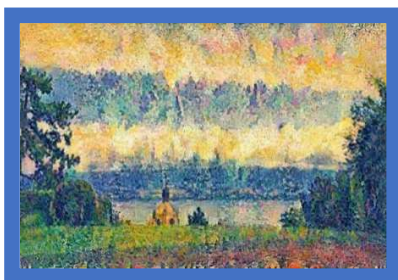
En este lugar, más que en ningún otro lugar es imposible invocar el nombre de Dios de manera gratuita. No se trata solamente de "celebrar misa". Una exigencia en este día es clara: Como Jesús, tengo que enfrentar mis propios demonios, tengo que vencerlos, que superarlos. Tengo que ser mejor que yo mismo.

Le tenemos miedo a la palabra exigencia, deber, compromiso. Queremos ser "libres", sin saber lo que esa palabra significa, sin darnos cuenta que la verdadera libertad nace del Amor; y el amor del compromiso; del deber, porque el amor tiene sus exigencias, y que el ser humano es libre únicamente en la medida en que se da a los demás.

Ha terminado la Misa. Doblo cuidadosamente mi alba y mi estola. Tengo la impresión de llevarme también en la maleta, y en el corazón, un pedazo de este desierto, de este silencio... Me siento, no libre, pero sí liberado. Es decir, mi libertad no es completa, quizás no lo será jamás, pero en este desierto donde Jesús luchó y venció, en este día, en esta misa, la batalla, la exigencia, el compromiso se repiten. Ahora son mi batalla, mi exigencia, mi compromiso.

Tengo sed, sed de regresar al desierto, de volver a encontrarme con Dios, con Jesús. Sé que será una lucha, una búsqueda constantes. No sé si lo lograré siempre. Pero Algo me dice que será precisamente esta búsqueda la que le dará sentido a mi vida...





*“En la Iglesia de Dios, hay un lugar para ti”*

## **MISA EN EL MONASTERIO DE “NOTRE DAME D’ESPÉRANCE”**

Monasterio de “Notre Dame d’Espérance”, Évian, Francia, 2017

Es un viaje de dos meses a través del sur de Francia y norte de Italia. Me dirijo a Roma para apoyar como interprete durante el Capitulo General. Busco monasterios u otras comunidades donde pueda hospedarme unos días, y encuentro en internet el sitio web de la comunidad benedictina de "Nuestra Señora de Esperanza" (<https://www.notredamedesperance.com>) en Evian, Francia, al borde del lago de Ginebra. Los padres han aceptado recibirme e incluso se ofrecen a ir a buscarme a la estación del tren.

Sobre el andén me encuentro a un monje joven, muy alto, con una sonrisa muy abierta, pero no puedo de dejar de notar algo extraño, algo como timidez o retraimiento. Su cuerpo le queda grande. Se mueve y expresa como un adolescente aun poco seguro de sí mismo.

Camino al monasterio le explico que me dirijo a Roma para un capítulo general, y le agradezco su hospitalidad. En su rostro leo algo de extrañeza, como sorprendido por mi presencia, como si no tuvieran muchos huéspedes.

- ¿Usted no conoce realmente nuestra Orden, verdad, Padre?
- No, de hecho, no, no sé nada.
- Quizás sea bueno que le explique yo cuál es nuestro carisma. Verá usted, somos una congregación benedictina que acoge a vocaciones... digamos “frágiles”, de hombres que quieren entregarse a la vida religiosa pero que sufren de dificultades físicas o psicológicas y por eso no han sido aceptados en otros monasterios. No sé si usted vaya a sentirse a gusto entre nosotros.
- Mira, por algo llegué hasta aquí, y les agradezco su hospitalidad. Estoy seguro que será una gran experiencia.



En efecto, son personas “frágiles”. El francés es un idioma muy correcto, con muchos eufemismos. De hecho, están enfermos. A diferencia de nosotros los “sanos” (lo que nos necesitamos al Médico con “M” mayúscula), ellos se saben enfermos y lo aceptan. Algunos sufren de trastornos psicológicos, y lo dicen abiertamente. No ocultan su realidad. Se saben enfermos, frágiles, pero saben también que Cristo los acepta tal y como son, y quieren seguirlo en la vida religiosa. Ellos mismos lo expresan de una manera maravillosa: “

nuestra vida cotidiana es testimonio de una esperanza salvaje: ¡el Dios de Jesucristo nos ama tal como somos, no a pesar de nuestras heridas, sino con ellas! Nuestra pobreza es un espacio privilegiado para realizar el corazón mismo del proyecto de vida monástica: la conversión de vida, en obediencia mutua. Dependemos unos de otros, y los más fuertes reciben a menudo más de los más débiles... nuestros monasterios son lugares de vida donde la fragilidad humana se transfigura gradualmente por la fuerza divina: día tras día, todos juntos, crecemos en humanidad y, por tanto, en Dios. El encuentro con nuestros hermanos y hermanas, con los demás, nos desnuda, nos unifica y nos conduce al Encuentro con el Otro.

Lo reconozco con vergüenza: el primer contacto es un verdadero golpe, mi primera reacción es de miedo (¿“qué estoy haciendo aquí?”). Me encuentro ante un grupo de hombres heridos, frágiles, enfermos, pero habitados por esa sabiduría del pecador que se sabe perdonado y amado, aunque su cuerpo y su mente no estén curados del todo. El padre prior reconoce mi temor, quizás ya lo ha visto anteriormente, y se me acerca: «bienvenido, Padre!”



Por ser sacerdote, me aceptan en su comunidad, como con ellos, celebro con ellos la Liturgia de las Horas y también la Santa Misa. Apenas logro contener las lágrimas al compartir las oraciones de estos hombres que hablan demasiado fuerte, o demasiado suave, que desentonan al cantar, que desconfían al tiempo que confían, que saben que la vida los ha tratado mal, y los demás los han tratado peor, pero que Cristo los ha acogido, y la Iglesia también.

La comida es súper sencilla, los vasos son de plástico, los platos de metal parecen platos para perros. El ambiente es sencillo, alegre, pero conocen sus límites: Saben que alguno puede enojarse o molestarse fácilmente. Pero eso no les impide bromear y tratarse con afecto, incluso con cariño.

Rezar con ellos es una experiencia conmovedora, porque yo... yo lo tengo todo: ¡salud, estudios, amigos, seres queridos, familia, trabajo, viajes! ¡Seguir a Cristo es fácil cuando uno lo tiene todo! ¿Sería capaz de seguirlo si estuviera irremediadamente enfermo? Estos diez u once hombres solo tienen su enfermedad... Y su amor a Cristo. Y ahora se tienen los unos a los otros, han formado una comunidad que sabe acoger, y se alegran de mi visita.

¡Todos piden confesarse! (¡Vaya sorpresa! ¡Ven burro y se les antoja viaje!) Agradecen este encuentro con un hermano que viene de fuera, que los escucha, que toma por unos momentos sobre sí el peso de su soledad, de su enfermedad incluso.

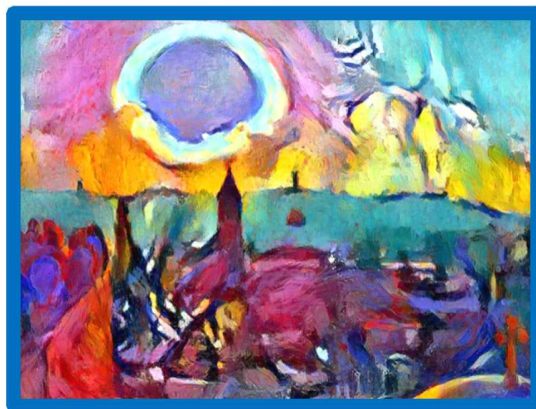
Pido hablar con el padre prior. Le comparto mi extrañeza ante este carisma tan especial: "Así es, padre", me responde. "Somos los "enfermos de Cristo", somos los enfermos que nadie quiere ver, somos peores que los leprosos, somos "peligrosos", le damos pena a la gente. Y sin embargo aquí vivimos bajo la mirada de Dios, en este lugar tan bello, y como dice San Pablo, "llevamos las cargas unos de otros".

El Padre prior me pide presidir la misa el domingo, día de mi partida. Me disculpo, no me atrevo a aceptar, porque sé que no podré, la emoción es demasiado grande. Pero acepto dirigir unas palabras a la comunidad.



Llega poca gente, solamente unos cuantos feligreses, la mayoría solos, la mayoría mujeres. Se siente enseguida que han encontrado algo especial aquí, algo que responde a su propia soledad y penas. Y de pronto comprendo, y se los digo; " no importa quién eres, rico o pobre, enfermo o sano, en familia o solo, aquí hay un lugar para ti, en la iglesia de Dios siempre habrá un lugar para ti, un lugar que Dios ha escogido para ti. A ti y a mí, nos toca aceptarlo, conquistarlo (« el reino de los cielos se deja arrebatar por los violentos»), ¡pero ese lugar es el tuyo! ¡No es de nadie más! Y si no vienes, si no ocupas tu sitio, la Iglesia está incompleta, ¡la Iglesia no es totalmente Iglesia si faltas tú!"

Han pasado siete años, no he regresado. Pero los monjes de Nuestra Señora de Esperanza ocupan su lugar en la Iglesia (tienen diez comunidades en Francia) y en mi propia vida de religioso.





*El mensaje llegó...siglos después...*

## **MISA EL LA ZONA NEOLÍTICA DE CAPO DI PONTE**

Capo di Ponte, Lombardía, Italia, Agosto del 2021

Me encuentro en el norte de Italia, en la región de Lombardía, donde se encuentran los grandes lagos de Italia. He venido a celebrar la Eucaristía en un lugar muy especial, al que he querido venir desde hace tiempo, y por fin puedo realizar este antiguo anhelo. He llegado a la zona neolítica de Capo di Ponte.

Este fue (y sigue siendo, por lo menos para mí) un lugar sagrado. Durante milenios, entre el 8000 y el 2000 a. C., han venido aquí hombres y mujeres de toda Europa en búsqueda de lo Divino, y han expresado esa relación con la divinidad con su arte, sus grabados sobre la piedra. En el costado de la montaña, aparecen a flor de tierra grandes extensiones de piedra que fueron usadas como grandes lienzos, vastas superficies irregulares de un color gris especial, marcados con una cierta serenidad nacida de su eternidad, tranquilas, firmes, “mirando” al cielo, como en espera de algún mensaje.



El mensaje llegó... siglos después. Poco a poco las piedras se fueron cubriendo de signos, dibujos, jeroglíficos: unos niños a mi lado se divierten identificando los conejos, jabalíes, ciervos que parecen correr sobre la superficie de piedra. Otros símbolos abstractos parecen querer expresar algo desconocido pero presente.

Durante miles de años, han venido aquí hombres y mujeres de toda Europa. La última época glaciaria ha esculpido el paisaje. Los amplios movimientos tectónicos han dibujado las altas cimas que parecen alcanzar el cielo. Mi mirada, como la de tantos otros peregrinos, se vuelve hacia lo alto: El sol de verano parece mirarnos, querer protegernos. Los misteriosos signos parecen hablar a las nubes... o a quienes las habitan.

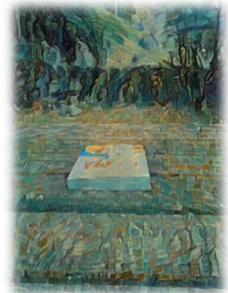
Me muevo despacio, en silencio, casi en adoración, meditando mientras camino sobre las huellas de mis antepasados que vinieron aquí... buscando una huella de lo divino, buscando a Dios.

Porque este es un lugar que habla de Dios: o quizás de dioses, de espíritus, de magia o supersticiones, como cada quien lo interprete, pero que habla sobre todo de Algo, de Alguien, de Alguien Más. Aquí hay Algo, hay Alguien que nos sobrepasa, y así lo sintieron quienes, en

estos jeroglíficos, han expresado su deseo de conocer, de contactar, de servir, de amar Aquel que los sobrepasa y, al mismo tiempo, les da sentido a sus vidas, los protege.

Durante siglos, para nuestra vergüenza, los hemos despreciado: “paganos”, “infielos”, “idolatrás”, “salvajes”, apenas capaces de sentarse en torno a una fogata y mirar con pavor los cielos, “adorando” el sol y las estrellas...”pobres tontos!” En el camino hacia la “civilización”, se nos olvidó que son nuestros hermanos y hermanas, capaces de trabajar, de amar, de dar la vida por el otro, abiertos a la trascendencia y si, también ellos, amados por Dios. Por ellos también, Cristo murió en la cruz...

He traído pan y vino para celebrar Misa. Quiero hacerlo sobre este lugar sagrado. Porque ellos, mis ancestros, mis hermanos, aquí oraron, aquí ofrecieron sus propios sacrificios, buscando comprender quien era ese dios o dioses que habían hecho todo esto, esta realidad trascendente que podía dar un sentido a sus vidas, con sus alegrías, sus tristezas, sus dolores, sus penas, con ese ciclo de la vida que renace cada año, en cada bebé que crece y se transforma en cada anciano que nos deja....



Hay demasiada gente, demasiados turistas, no encuentro un lugar, una mesa adecuados. De pronto, al otro lado de un pequeño riachuelo, sobre una ladera, veo una pequeña iglesia, casi una ermita. Su pequeño campanario parece un centinela que custodia la entrada a la montaña sagrada. Atravieso el pequeño río y subo la ladera. La iglesia está cerrada, pero hay una mesa de madera a un lado. Ante mis ojos yace toda esta zona sagrada. La ladera cubierta por el bosque parece cobrar vida: ¡se convierte en una montaña de fuego! Aquellas llamas que veo con los ojos de la Fe son seguramente las oraciones de tantos miles que conocían ya a Dios... sin conocerlo.

A la sombra de la pequeña capilla, con el pan y el vino, solo, pero no, no realmente solo, le pido a Jesús que venga. Que baje a esta montaña, como lo hizo aquí mismo, hace tantos años, con otro nombre, con otro rostro. Pero quién puede dudar, ¿quién puede pensar que Dios no haya escuchado, acogido, respondido las oraciones de estos hombres y mujeres, mis hermanos y mis hermanas de otro tiempo, que buscaban a Dios, quizás sin saberlo?

Con el Pan y el Vino, ya consagrados, me siento solidario con tantos otros que recorrieron este mismo mundo tan hermoso, y oro por ellos, los hombres y mujeres “primitivos”, “de las cavernas”, por ellos ofrezco el Sacrificio Eucarístico de un Dios de Amor que también los amó a ellos.

Mas tarde visito Museo Nacional de Prehistoria del *Valle Camonica* y algunas iglesias: la “Pieve di San Siro” y el Monasterio di San Salvatore. Todos son lugares donde Cristo se ha manifestado. Pero Capo di Ponte será siempre especial.





*Por unos breves instantes, comparto esas vidas...*

## **MISA EN SANTIAGO DE COMPOSTELA**

**Compostela, España, Lunes de Pascua, 1 de Abril de 2024.**

Los padres Ramón y Valentín, mis hermanos españoles, me han invitado a Santiago de Compostela. ¡No pensaba ya poder realizar este viaje antes de irme de Europa! Pero gracias a Dios y a mis hermanos, se ha realizado, y en estos momentos me encuentro celebrando la misa en la gran catedral de Santiago de Compostela, a escasos pasos de la tumba del apóstol Santiago, y ante cientos de peregrinos que han venido aquí, ¿para qué? ¿Por turismo? ¿Por deporte? ¿Por devoción? No me toca mi opinar al respecto. Me toca celebrar misa por ellos, rezar con ellos y por ellos, rezar con los millones que han venido a lo largo de los siglos para acercarse a Dios en por medio de la penitencia, el esfuerzo, el dejar atrás las cosas de este mundo que nos detienen y nos impiden ver la Luz.



A la hora de la comunión, el padre celebrante me pide que la distribuya a los peregrinos del lado izquierdo. Lo vivo como un inmenso privilegio: Repartir el pan de vida, dar a Cristo a los demás, sembrar nuevamente esta semilla de vida eterna, esta vez por todo el mundo, pues han venido peregrinos de Costa Rica, de Corea, de Argentina, de Ucrania... ¡La lista es interminable!

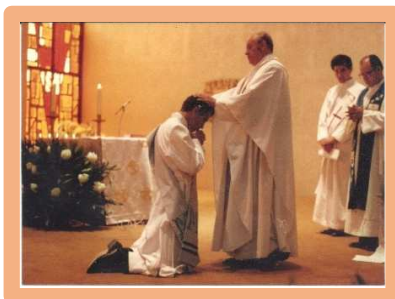
Cada persona se acerca lentamente, algunos me sonríen, y extienden sus manos para recibir en el cuerpo de Cristo. Levanto cada hostia y digo: " el cuerpo de Cristo", mirando el rostro de cada persona, tratando de adivinar de dónde vienen, pero sobre todo tratando de ver qué han vivido, que llevan en el corazón, qué heridas, que golpes han recibido... Busco en sus ojos una huella de sus alegrías, de sus gozos, de los seres queridos que llevan en el alma, los que aún están aquí y los que ya se han ido. Cada peregrino viene con su historia, su pasado y su futuro, y en esta catedral se presentan la siguiente Dios al momento de recibirlo.

Al poner la Hostia en sus manos, siento ganas de decirles: " ¡Confío en ti! ¡En este momento te entrego a Cristo! El también confía en ti, se entrega entre tus manos, renovando ese gesto de amor que lo llevó a la cruz hace dos mil años.



Mi mirada se posa en esas manos: Las manos de un hombre maduro, de un padre de familia, manos encallecidas, manos trabajadoras, más acostumbradas al azadón y a la pala que a los libros... Manos de una abuela, de una anciana que camina con dificultad, manos que han cocinado, tejido, lavado, curado, acariciado, manos que han ayudado a nacer y a morir, que ahora espero en el momento en que ella serán entregadas... Manos jóvenes, abiertas a la vida, en espera de construir su futuro, y que vienen a entregarle su futuro a Dios... Y un servidor, un sacerdote de Dios, por unos breves instantes, en este encuentro demasiado corto, comparto esas vidas, esos anhelos, ese futuro que solo Dios conoce... Unos breves instantes en que, en silencio, con una mirada a una sonrisa, intento decirles:" y todo está bien! ¡Vayan con Dios!"





*No hay palabras...*

## **MISA DE MI ORDENACIÓN SACERDOTAL**

**Parroquia Francesa, México, D.F., 7 de abril de 1984**

¿Como describir esta misa? No creo poder encontrar las palabras... Han sido once años desde que le dije a mis padres: “quiero ser sacerdote!” Once años de entrega, estudios, viajes, trabajo, retos... ¡Once años que hoy culminan un proceso largo pero fantástico!

No quiero relatar los detalles. Son valiosos, pero hay demasiados. A casi, cuarenta años de distancia, cuando veo las fotos, tantos recuerdos me llevan el corazón.

Los muchachos están ahí: los alumnos del Colegio Franco Inglés, con quienes hice tantos campamentos y retiros. Serán los monaguillos. Serios, solemnes, pero con la sonrisa a flor de labios, con ganas de reír y celebrar conmigo: “Orales, Panchua, ¡llegó tu día!” El nuestro, muchachos, también es de ustedes. M. toma la enorme cruz procesional que trajimos de Clavería.

¡La *Paroisse* está llena a reventar! ¡No lo puedo creer! ¿Quiénes son todas estas personas? Y recorro con los ojos (y el corazón) todas las bancas: Mira, ahí, esta X, y también, ¡Z! Y de pronto, caigo en la cuenta: ¡los conozco a todos! Es una sensación increíble de comunión, de cercanía, es un abrazo de mil personas que me acogen y llevan hasta el altar

Empieza el canto de las letanías. Los padres H. y J. las cantan como nunca. La música me envuelve, me protege, me da una gracia especial: los Santos de Dios me acogen.



Monseñor José Pablo Robalo, sm, se acerca pausadamente. Se siente su cariño pastoral. No es un momento más, una ordenación más. Siento sus manos sobre mi cabeza, siento el amor y la protección de toda la Iglesia.

Se acercan mis padres: Es su inmenso privilegio el ponerme la casulla y estola, regalo de mi tía Emma, mi madrina de bautismo. Con gestos un poco tímidos, inseguros, pero llenos de amor, me cubren con el símbolo del ministerio sacerdotal en la liturgia. Los abrazos a ambos, ahí mismo, delante de todos. No hay palabras...

Sobre el altar han puesto el cáliz plateado que mis padres me han regalado, junto al de barro que mi hermana Gina hizo para mí. Me siento rodeado de afecto... y de responsabilidad. Junto con el Obispo, con mis hermanos sacerdotes, digo por primera vez las palabras de consagración: “esto es mi Cuerpo... Este es el cáliz de mi sangre...”. No hay más palabras...

Al final de la misa, también imparto por primera vez la bendición final: un gesto de amor de parte de Cristo para su Pueblo: “La bendición de Dios Todopoderoso...”



Mientras todos salen en procesión, me quedo ante el altar para impartir las bendiciones personales que cada quien quiere recibir del neosacerdote. Tantas personas conocidas, tantos seres queridos se acercan, me toman las manos y las besan, y se arrodillan ante Cristo Sacerdote, Cristo nuevamente presente, y espero, ante un Cristo que lleva un rostro conocido, de amigo, un Cristo de campamentos y retiros, de misiones y de clases, un Cristo que quiere estar más presente.

Omar y Rita Amundson, mis “padres” de Estados Unidos, con quienes viví un año en Minnesota en 1972, se acercan. También ellos, que son protestantes, piden la bendición.

Hoy, 7 de Abril de 1984, empieza la más maravillosa aventura de mi vida. La palabra “aventura” puede parecer extraña en este contexto. La uso porque seguir a Cristo es encontrarse en situaciones totalmente inesperadas, inauditas, maravillosas! ¡Es avanzar sin saber exactamente a donde se dirige uno! Es confiar, es arriesgarse, es avanzar sin saber exactamente que nos espera, ¡es solamente saber QUIEN nos espera! Es comenzar de nuevo cada día, cada hora, cada encuentro... es buscar, y al mismo tiempo desaparecer... Es guiar sin ser visto, es hablar sin hablar uno, es amar con otro corazón... No hay palabras...





*“Mon père...”*

## **MI PRIMERA MISA**

**Parroquia Francesa de Polanco, 8 de Abril de 1984.**

Al día siguiente de mi ordenación, celebro mi primera Misa. He pedido celebrarla en la parroquia que me vio crecer, la Parroquia Francesa de Polanco. Desde sus orígenes en el centro de la ciudad, en el Colegio de Niñas fundado por fray Pedro de Gante en 1548, hasta la construcción de la nueva iglesia en Polanco, ha cobijado a cientos de familias de origen francés, incluyendo a los Chauvet.

Acompañado por mi amigo Enrique, de Nicaragua (fue encarcelado recientemente por el régimen sandinista y finalmente liberado), digo por primera vez, como celebrante principal, las palabras de consagración: “esto es MI cuerpo... MI sangre...”. Las palabras llegan a lo más hondo de mi alma: “no soy yo, es Cristo quien vive en mí”. Me siento inmensamente solo, solo ante Cristo, que me mira con amor: “ven y sígueme”



Al finalizar la misa, me dirijo una vez más a la asamblea: “Por favor, oren por mí. porque si para todos ustedes es un acto de Fe el creer que las palabras de la consagración transforman el pan y el vino, si ustedes que escuchan estas palabras, creen y confían en Cristo, cuanto más estas mismas palabras exigen de mi un enorme acto de Fe, porque soy yo, y no otro, quien las dice... debo creer, a pesar de conocer mis debilidades, mis fallas, mis tentaciones...por favor, oren por mí”. Es una batalla en mi corazón entre la alegría y la emoción, la confianza y el miedo...

Y sucede algo que nunca me hubiera esperado: la gente aplaude... no sé cómo reaccionar, me pongo a llorar.

Una señora se acerca a mí al salir y de la sacristía, y por primera vez oigo en francés, dirigidas a mí, esas palabras que han marcado en mi vida la presencia de tantos hombres santos y ejemplares: “mon père...”





*¿quién falleció? - No sabemos...*

### **MISA DE UN DESCONOCIDO**

La llamada telefónica tardía, inesperada, bastante tiempo después de la cena: “Padre Pancho, ¿cómo estás? Perdona que te moleste tan tarde, pero ... ¿puedes venir a la funeraria Tal? ¿Para una misa de cuerpo presente?” La voz amiga de D. suena tranquila, pausada, un poco apenada, pero una llamada así siempre presagia una tragedia, una pérdida. “Puedo estar ahí en una hora, ¿de acuerdo? Perdona la pregunta, ¿quién falleció?”

-“Aquí te cuento, ven cuando puedas, te esperamos”.

Ya es noche cuando llego. Muy noche. Hay muy poca gente en esta pequeña funeraria del Estado de México. Busco en el pizarrón de la entrada el nombre de mis amigos, pero no los encuentro. No es un familiar. De pronto veo a D., sereno, una sonrisa amigable, como siempre. El abrazo: “ven, es por acá”.

-Mi pésame, ¿quién falleció?

- No sabemos.

- ¿Como qué nos sabemos?

- Así es.”



No entiendo nada. Llegamos a la sala, donde M, la esposa de D., y su hermano H. me esperan. Nadie más. Me encuentro ante un féretro sencillo, humilde, de madera de pino (como el de Juan Pablo II, años después) el más barato, el de los pobres, un féretro que parece pedir disculpas, que parece decir: ”siento mucho molestarlos”.

Un saludo breve, pero cariñoso a toda la familia. Pero sigo sin entender: “, perdonen, pero ¿quién...?”

D. me sonríe modestamente, como no queriendo decir mucho: “como te dije, no sabemos. No sabemos quién era, ni de donde venia. La llamábamos Tío Alberto, como el de la canción”.

Y D. me cuenta la historia del tío Alberto. Un día, llegó a la casa, allá en el pueblo, en provincia, vestido con harapos, perdido: “busco a mi familia, no sé dónde están, no sé dónde viven”

-Pero, ¿de dónde viene usted, Señor?

- no sé, tomé un autobús, me perdí en la terminal, aquí me bajaron, me dijeron que no tenía boleto, no entiendo...”.

Pasamos unos días tratando de ayudarlo, acudimos a la alcaldía, a los servicios sociales. Nadie podía hacer nada. No está enfermo, no está loco, no está desnutrido, no le podemos ayudar. Al parecer se le ha olvidado todo.

- “Está bien, no se preocupen, nosotros nos encargamos.”



Y el tío Alberto se quedó. Vivió con nosotros quince años. Lo intentamos todo. Buscamos por mar y tierra. Periódicos, carteles, avisos, ... y nada. Le dimos su cuarto. Comía con nosotros. Cuando nos vinimos a vivir a la Ciudad de México, se vino con nosotros. Algunas veces salía a buscar a su familia, y regresaba por las noches.

Falleció anoche. Nunca supimos su nombre, ni su procedencia, pero se convirtió en un ser querido, en un miembro de nuestra familia.

En torno a ese féretro humilde y silencioso. Sí, silencioso, porque no nos decía nada de su ocupante, silencioso como el “tío Alberto” que encontraba en él su última morada, silencioso como el Santo Sudario de Turín, que vi años más tarde, silencioso porque no dice nada con palabras, pero que grita con las huellas de sufrimiento de aquel hombre ultrajado y crucificado... En torno al féretro, una familia, también ellos desconocidos, sin parentesco con ese ser humano que habían deseado acompañar, rezar por él, pedir una misa, que envuelven a aquel desconocido que ya no lo era gracias al cariño con el que lo rodearon.

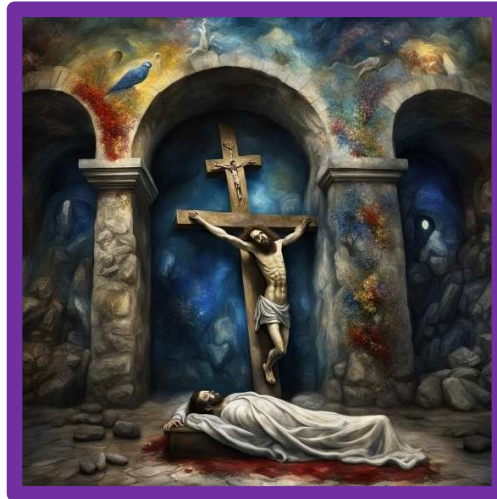
Su familia nunca supo de él. Probablemente nunca sabrá nada de él. “Se les perdió”, como tantos desaparecidos, chicos y chicas que no quieren saber nada de sus familias, jornaleros, Jacinto Cenobios que desaparecen “en el infierno de la ciudad”. Pienso en los hijos, los padres que nunca volvieron, los “levantados”, los desaparecidos, los enterrados de prisa en alguna fosa común porque nadie los reclama, o bien en las fosas comunes clandestina del narcotráfico... También pido por ellos, por los que no están, pero que de alguna manera nunca se han ido... y nunca volverán.

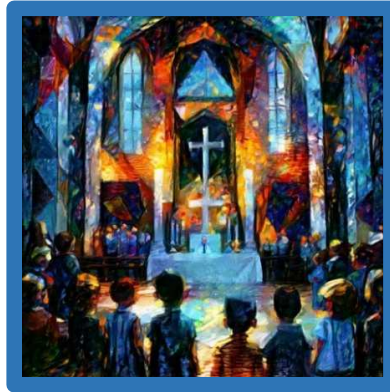


La misa fue breve, sin cantos, sin poder evocar recuerdos de infancia o de juventud, amores o lutos, sin un verdadero nombre, solo “Alberto”, el compañero de viaje, desafortunado, abandonado, pero que encontró en una familia de desconocidos un hogar, y un hogar de calor y bienvenida.

Me despido de mis amigos: «¡Gracias, Pancho!»

No, chicos, gracias a ustedes, por haber hecho lo que pocos se habrían atrevido, por haber dado cuerpo y vida a las obras de misericordia que nos dejó Cristo: ‘tuve hambre, y me diste de comer, estuve enfermo...’, las obras de misericordia de Cristo a las que la Iglesia ha añadido una más: dar cristiana sepultura.





*" Y los papás, pues, no, ninguno, ninguno vino."*

### **MISA DE LA ESCUELA DE EDUCACIÓN ESPECIAL EN EL POCITO**

- "Oiga, Padre, allá afuera hay una señora que quiere una misa de primera comunión para sus niños."

¡Siempre es lo mismo! Cada quien quiere su "misa especial", porque su niño o niña es especial, no tiene por qué juntarse con la "chusma" de la parroquia (¡"yo quiero mi misa, por eso pago! ¡Dígame cuanto me va a costar!"), y hay que tener todo el tacto del mundo para explicarles que la Iglesia ya no quiere estas misas privadas que crean divisiones en la Iglesia, a ver si encuentro las palabras adecuadas. " dile que pase, por favor".

Y en un minuto... todo cambia. Mi superioridad, mi formación, mi "yo sé más que esta señora desagradable" ... Me doy cuenta de que juzgo y prejuizo a la gente. Al mismo tiempo que nuestro Señor me da una lección, estoy a punto de vivir una de las aventuras más fabulosas de mi vida.



- "Ay padre, ¡qué lindo que me recibe! (sí claro, así soy yo de "¡lindo!"). ¡Fíjese que he ido a todas las parroquias del rumbo y ningún padre quiere confesar a mis hijos!"

¿Ah caray, como está eso?

- " pues sí, mire padre, le explico, soy directora de una escuela de educación especial (ya con eso siento un nudo en la garganta), y este año las mamás han pedido que sus criaturas hagan la primera comunión. Por más que busco, todos me dicen: Esos niños no necesitan confesarse, no tienen pecado, pueden hacer así la primera comunión."

- ¿Cuántos niños son?

- Unos veinte.

Siento un hueco en el estómago. Qué fácil sería para mí decir lo mismo, que no necesitan confesarse. Pero algo me dice que cada criatura merece, en las palabras de Juan Pablo II, un encuentro de ojos abiertos y corazón palpitante con Cristo resucitado. Siento sobre todo que, como sacerdote, puedo devolverles algo de dignidad y de alegría a estas criaturas que quizás fueron rechazadas desde su nacimiento.



- "Ningún problema Señora, dígame cuando quiere que vaya a su escuela."

- Pues mire, padre las confesiones y la misa serían en el Pocito de la Basílica de Guadalupe. Si usted nos puede celebrar también la misa sería una alegría."

La tarde del viernes antes de la misa, en el mismo Pocito, los niños van pasando uno a uno: Distráidos, inquietos, sin saber bien qué pasa, ¡me miran con un leve pavor! ¡Cada uno de ellos es maravilloso! Se ponen de rodillas ante mí, con sus "¿pecados"? Mas bien con sus carencias, sus dificultades, con las burlas que han sufrido, con el rechazo que los acompaña cada día. También con su inocencia, su desconcierto, su fragilidad... Con su síndrome de Down, su epilepsia, su falta de oxígeno al nacer... Y es mi inmenso privilegio estar ahí con ellos, abrazarlos, bendecirlos, quiero darles una bendición especial, personal, a cada uno de ellos.... ¡Para todo lo demás hay MasterCard!

Algunas de las mamás también se acercan: "no puedo confesarme, soy separada, vivo en pecado, mi marido me dejó al nacer el niño, cuando lo vio así, tontito, retrasado..." Busco en el corazón de Cristo las palabras de aliento y consuelo que a mí me faltan.



Llega el sábado de la misa. La iglesia del Pocito brilla con una luz especial. Todos los niños están ahí, vestidos de blanco, sentados ya en las primeras bancas, radiantes, impacientes, nerviosos seguramente, platicando, muy emocionados. Algunos todavía van llegando. La directora se me acerca:

- "Pues mire, Padre, le comento: Los niños y niñas ya están todos aquí, listos, muy felices. Ninguno falta. ¿Las maestras? Algunas sí vinieron, pero no todas. De hecho, son muy pocas. El sábado es su día libre y no quisieron gastarlo en esto. Bastante

hacen con ocuparse de los niños durante toda la semana. Su trabajo no es fácil. las mamás están aquí todas, absolutamente todas."

Ninguna podía faltar. Están tan orgullosas, miran a sus hijos con una mirada de cariño, de amor, de orgullo. ¿Hoy su criatura recibe a Cristo Sacramentado por primera vez, como no dar gracias al cielo por una gracia tan especial?

- "y los papás, pues, no, ninguno, ninguno vino."

No hay papás en estas familias. Ni uno solo. Cuando vieron al niño, a un bebé frágil, enfermo, necesitado más que ninguno de cariño y apoyo, se echaron a correr. Todos estos machos fuertes y valientes se echaron a correr. Trato de no pensar en ellos.

¡Es una misa ruidosa, desordenada, hermosa! No hay coro ni organista pues, porque no hay dinero. Los niños se levantan y caminan con cualquier pretexto, no entienden nada de liturgia, de moniciones, de rubricas, ¡de buenos modales! pero claro que no importa! Están en la casa de Dios, en la casa de Jesús y María, hoy son los huéspedes de honor, y poco a poco comprenderán que esta es también su casa.

Las mamás se preocupan: " siéntate, no hagan ruido, niños, el padrecito se va a enojar!"

¿Enojarme? Como puedo enojarme con estas criaturas tan hermosas y al mismo tiempo, pues sí, es difícil verlas con amor, es fácil sentir lástima, pero no han venido a eso. Han venido con sus madres a pedirle a Dios: Fuerza, paciencia, una vida feliz para sus criaturas.

Trato de encontrar palabras para dirigirme a esas madres. Pero siento que no tengo mucho que decirles. Decirles que las admiro, decirles que les deseo lo mejor, decirle que sus hijos e hijas estarán bien. Ellas saben bien que el tiempo va a pasar, que vendrá el día en que ellas ya no estarán: ¿Que será entonces de esa criatura que nadie quiere?

Es en momentos como estos que quisiera ser algo más que simple sacerdote. Quisiera ser doctor para curarlos. Y quisiera ser psicólogo para acompañarlos. Quisiera ser ¡payaso! para hacerlos reír. Quisiera ser padre de familia para que por lo menos uno de ellos sienta el cariño y la fuerza de los brazos de un padre.



Pero soy simple sacerdote, y solo puedo decirles que, a través de todos estos años de sufrimiento, de una manera misteriosa y maravillosa a la vez, Dios Nuestro Señor está con ellos, está con ellas, y que cada pedacito de amor, de paciencia, cada lágrima, cada dolor son semillas de Gracia que hoy siembran en el corazón de sus hijos, y que hoy, en este día de su primera comunión, son ellas, las mamás, las que siembran a Cristo mismo en el alma de sus hijos. Y que Dios Nuestro Señor hará que cada una de estas semillas dé frutos de vida eterna.

Me despido de cada uno de los niños, de cada una de las madres, de cada profesora, de la directora que ha organizado todo esto. Quiero dar a cada una de estas personas todo el amor de Dios, lo busco en lo más hondo de mi propio corazón, no puedo darles más.

Esto fue ya hace muchos años. Les perdí la huella, porque la vida nos lleva por diferentes caminos. Y al escribir estas líneas, quiero recordar cada rostro, cada sonrisa... Pero no puedo, el tiempo ha pasado y los recuerdos son vagos. ¿Qué ha sido de ellos? Siento vergüenza, siento que les he fallado. Solo puedo pedirle al Señor Jesús que los tenga, a cada uno de ellos, a cada una de ellas, en el hueco de sus manos.





*Un amor con rostro de Madre*

## MISA EN EL GROTTTO DE LOURDES

He venido a un curso en el Foyer de Charité de Chateauneuf, donde Martha Robin vivió tantos años solamente con la Eucaristía. Los Foyers de Charité son una obra maravillosa de laicos que viven plenamente entregados al servicio de la evangelización. ¡Para mi sorpresa, me piden que acompañe a un pequeño grupo a Lourdes! ¡Un sueño hecho realidad! El viaje en coche desde Chateauneuf ha sido largo, todo un día. ¡La camioneta (igual que yo) ya tiene sus años! Atravesamos sin detenernos todo el sur de Francia, y finalmente, al atardecer, aparecen a lo lejos los montes de los Pirineos, que veo por primera vez. ¡Ya estamos cerca!

En cuanto llegamos nos dirigimos al centro de acogida de peregrinos: ¡hay que apartar misa en el Grotto! Único horario disponible: mañana a las 7h15 de la mañana. No habrá tiempo de descansar. Llegamos media hora antes. Nos precede un padre alemán, acompañado de un reducido grupo de peregrinos.

Me acerco al altar. Estoy en el mismo lugar donde María se le apareció a Bernadette Soubirous. En la luz naciente de la mañana, algo nace en mi corazón: un sentimiento de paz, de confianza. El grotto me envuelve como con un manto... de piedra, sólido, confiable, sin esconderme del mundo, al contrario.

Cobro conciencia del inmenso privilegio que estoy gozando: estoy en un lugar sagrado; bendecido, y en un instante surgen de mi alma tantos nombres, tantos seres queridos que pongo sobre el altar: mis padres, familia, amigos, las “Lourdes” que conozco, los peregrinos que me acompañan... estoy aquí por ellos.

Pronuncio lentamente las palabras de la oración eucarística, consciente de que no podré decirlas nuevamente aquí. Es un momento único... que aun prosigue...



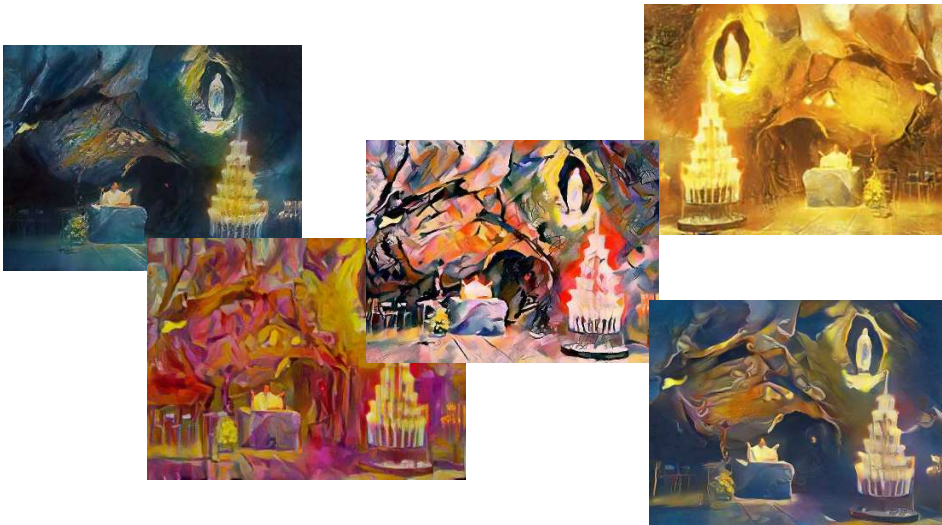


He terminado la misa. Otro grupo de fieles se acerca al altar con su sacerdote. Vienen de Indonesia. Nos saludamos con aquel gesto de unir las propias manos y hacer una pequeña reverencia. Luego vendrán otros. Seguirán viniendo, por miles, por millones: En grupo, en familia, solos. Quieren tocar el cielo. Quieren ver a María, y por medio de Ella, a Dios. O quizás solamente buscan un consuelo, un alivio, una bendición, una sonrisa de Dios. Hoy me ha tocado a mi dar esa bendición, ser esa sonrisa.

Cuantos han venido, aparentemente solos, pero el corazón cargado de sus seres queridos, que sufren, lloran, dudan, creen... Cuantos quisieran venir, pero nunca podrán. Los hago presentes en mi oración. Cuantos nunca vendrán porque no creen, no buscan, no encuentran. También ellos caben en el corazón de María, y ahí los pongo.

Esta noche vuelvo a ver la foto que me tomaron. Trato de ver más allá de la simple imagen. Es una foto del Cielo. Con un programa de inteligencia artificial la transformo, la exploro: busco la huella de Dios. En las diversas variantes que creo, surge una y otra vez el Misterio: Pan y Vino... un altar... un pecador.... ¡Y Cristo se hace presente!

Lourdes es ante todo un lugar de sanación: tanto el cuerpo como el alma encuentran aquí el amor compasivo de Dios, amor con rostro de Mujer, de Madre, de Hija. *Notre Dame de Lourdes, priez pour nous!*





*Santuario y volcán, cáliz y patena unen Cielo y Tierra*

### **MISA EN LA PIRÁMIDE DE CHOLULA**

¡De vacaciones con Pedro Herrasti por todo México! Vamos de regreso al D.F. (todavía se llamada así), nos recibe la familia D. en Cholula. Hacen lo necesario para que podamos celebrar misa en el Santuario de Nuestra Señora de los Remedios, en la cima de la pirámide de Cholula, ¡la más grande del mundo (por volumen)!

Desde el altar veo, enmarcado en la puerta de la iglesia, el Popocatepetl en todo su esplendor. Su presencia es avasallante. El volcán mismo parece asistir a misa. La naturaleza, el mundo, toda la creación participan de esta liturgia.



Llevo aun en el corazón esa imagen: Siento que la Iglesia recibe al mundo creado y lo ofrece nuevamente a Dios en la Eucaristía. Santuario y volcán, cáliz y patena unen Cielo y Tierra para hacer presente a Cristo en un mundo sediento, de Él, a menudo sin saberlo.





“*Tu es un grand garçon, maintenant!*”

### 1963: MI PRIMERA COMUNIÓN EN LA PARROQUIA FRANCESA

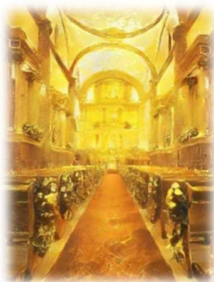
Los recuerdos de mi primera comunión son imprecisos, vagos, como imágenes que flotan en el aire. A 62 años de distancia, todo es como un sueño, me muevo entre figuras que se desvanecen, entre seres queridos que van y vienen, que han ido, entre sentimientos de alegría y de nostalgia.

Sin embargo, es un momento que marcó mi vida, y al escribir hoy estas líneas, las imágenes se precisan, toman cuerpo. Recuerdo el jueves anterior, por la noche, las primeras confesiones en la iglesia. Una iglesia oscura, una espera eterna, sentimientos de culpa y de miedo, sin saber qué decir, inventando pecados, un sacerdote frío y austero, inmóvil, inhumano, que habla en un idioma inteligible, ¡el pavor más completo!



Recuerdo que fuimos al centro a comprar la pequeña alba, la cruz de madera. ¡Mi mamá tarda horas en escoger, quiere la mejor! Mi papá espera, tranquilo y orgulloso, cumpliendo su misión...

Recuerdo el viaje en coche a toda prisa (¡“vamos a llegar tarde!”) hasta la iglesia de “Notre Dame de Lourdes” (antiguo Colegio de niñas, hoy... club de ¡banqueros!), en el centro de la ciudad.



Recuerdo la iglesia llena, toda la familia, los compañeros del catecismo, los amigos, Piero, Marc, ya están ahí... ¡Son compañeros para toda la vida!

Me arrodillo y apoyo mis manos sobre el riel. El sacerdote se acerca paso a paso. “Corpus Christi”. ¡Recuerdo la frágil forma blanca de la hostia que toca mis labios, que se me pega en la lengua! No me atrevo a masticarla, me siento débil, y claro, ¡me desmayé después de comulgar! (sucedería varias veces esto del desmayo, también en mi confirmación).

En la iglesia reconozco a mi catequista, Mme. R, ¡toda sonriente, feliz, orgullosa de sus pequeños!

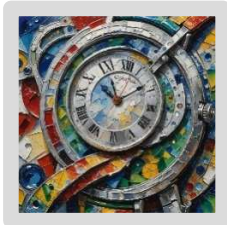
¡Pero sobre todo reconozco a mi jefa scout, ¡mi *cheftaine* Touti! ¡Cómo la queríamos! Cada sábado se ocupaba de nosotros, de toda la pequeña “*meute*” de lobatitos; ¡corríamos hacia ella gritando “¡*cheftaine, cheftaine, cheftaine!*”, y hacíamos nuestra promesa, palabras que aun llevo en el corazón: “*Akela nous ferons de notre mieux, de notre mieux! notre mieux!*”

(Akela lo haremos lo mejor posible, ¡lo mejor posible! ¡lo mejor posible!"); Son palabras que aún hoy me dan fortaleza, porque son mi promesa scout!

Otra imagen: el padre Pierre Bernault de Salaignac, alto, delgado, blanco como un fantasma, una presencia mística en medio del ruido y desorden (años más tarde visitaré su tumba en Toulon, Francia, y podré agradecerles su entrega y amor a nosotros. Si hoy soy padre Marista, es en gran parte gracias a él). Se despide de cada uno de nosotros: "au revoir, François" Wow! ¡Se acuerda de mi nombre!



El regreso a casa, la comida en casa de Mamande (mi abuela paterna), el pastel, la foto oficial.



Y el regalo tradicional: un reloj de pulsera, plateado, enorme, "tu es un grand garçon, ¡maintenant!" ("¡Ya eres un muchacho grande!"), pero más grande el reloj, demasiado grande para mi muñeca tan pequeña. Hay que quitarle unos eslabones. Pero tengo un reloj, puedo gozar de mi independencia: ¡puedo saber la hora sin tener que preguntarle a nadie!

**2024: Ya no tengo el reloj...** Mis padres se han ido... Busco algún recuerdo de ese día: solamente un par de fotos, pero, más importante que la ausencia o el pasado, está la vida, la vocación, la promesa que ese niño hizo y que hoy intento cumplir...



El relato que sigue es duro, seguramente muchos de ustedes no estarán de acuerdo con lo que escribo. Solamente deseo compartirlo con ustedes tal y como lo viví. No fue fácil. Al escribir estas líneas, intento reevaluar mis sentimientos. Aún estoy dolido. Si he decidido escribir este y otros relatos semejantes es porque ésta ha sido mi vida, con altibajos, con momentos de Gracia y momentos de pecado, de duda, y porque deseo que el Reino de Dios se construya aquí en la tierra, con el esfuerzo de todos nosotros. Solamente cuando encaramos las cosas con franqueza podemos avanzar. Pido perdón si expongo una situación no muy positiva, pero siento necesario hacerlo.



*Vénganse, vamos a limpiar esto.”*

## **LA TUMBA DEL FUNDADOR EN LA NEYLIÈRE, FRANCIA**

Francia, diciembre de 1993. Me encuentro en la región de los “Monts du Lyonnais”, cerca de la ciudad de Lyon. Visito por primera vez la casa donde vivió y murió el Padre Juan Claudio Colin, fundador de la Sociedad de María, los Padres Maristas, mi congregación.

He visto muchas veces este lugar en fotos, en postales, en los libros de la espiritualidad marista que estudié en mi noviciado. He visto las fotos antiguas del padre Colín, un hombre ya mayor, sonriente, con una mirada clara y fuerte. Hoy me encuentro finalmente ante él, ante mi fundador, aquel hombre en quien aprendí a “tener fe”, con decía mi maestro de novicios, Don Martin Pérez. Porque tener fe en Dios es también tener fe que Dios le habla a los hombres, los escoge, los llama.

La emoción me llena al ver la tumba de este gran hombre, con sus fallas, su profunda humanidad, pero con cualidades de líder y sobre todo, un hombre de Dios, que vivió solo para Dios y para María.

Hoy celebro misa ante mi Fundador y paso unos momentos demasiado cortos a solas con mi Padre: le pido Fe, fuerza, fidelidad...



Regreso a La Neylière en 2015: la capilla está en remodelación: hay polvo, material de construcción, vigas, cemento por todos lados. La vela del Santísimo sigue prendida. Busco la tumba del padre Colín. Sé exactamente dónde está, Pero no logro verla. Finalmente la veo y no puedo creer lo que veo: Ha desaparecido bajo los escombros. EL polvo lo cubre todo. Los obreros pasan por encima de la tumba, la pisan como si nada, ni siquiera saben que está ahí. No hay un letrero, un cordón, algo que limita el paso. Supongo que no es importante, es solo una tumba...

los laicos que me acompañan miran con ojos incrédulos toda esta escena. La emoción, las lágrimas, los sentimientos encontrados, el escándalo mismo les impiden hablar: ¿Cómo es

posible que haya tan poco respeto, tan poca devoción? Siento que un Lugar Santo ha sido desecrado, humillado...

Cuando hablo de esto con uno de los padres responsables de la capilla, sus labios esbozan una sonrisa que me parece un poco condescendiente. Sus ojos parecen decir: ¿En serio crees que todo eso es importante? Su respuesta me sorprende y no sé cómo reaccionar: "pues en las catedrales están las tumbas de los obispos y canónigos justo a la entrada o en el atrio, para que la gente pueda pisarlas. Es un signo de humildad y servicio."

No sé qué responder. No me parece que sea lo mismo: Que un sacerdote escoja por humildad que su tumba esté oculta, o que la pisen, lo entiendo perfectamente. Que los hijos espirituales, los sucesores de este fundador desprecien de tal manera el lugar de su reposo... No estoy de acuerdo, no tengo palabras. prefiero alejarme antes que el enojo me haga hablar de más. Mi análisis muy personal es que esto es el fruto, la consecuencia de esa actitud que se podría llamar anticlerical, pero qué es más bien anti-ecclesial, incluso de parte de miembros del clero para quienes el cielo, la santidad, la vida de gracia (y de paso la causa de canonización del fundador) no tienen mayor importancia. Lo sé porque me lo han dicho. Lo importante hoy en día es la ecología, el dialogo interreligioso, el ecumenismo, la justicia. No entiendo esa dicotomía.

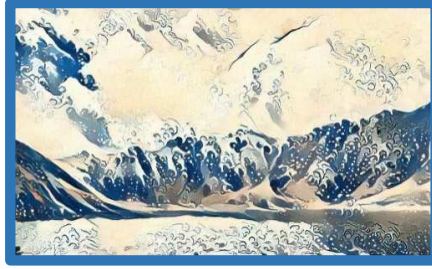


Los laicos me miran con ojos de súplica. No comprenden. Quiero consolarlos, pero yo también estoy lastimado. Al mismo tiempo, cobro conciencia de mis propias fallas, de las veces que he orado con poca confianza, que he celebrado con poca devoción, que me he predicado más a mí mismo que a Cristo. Sería demasiado fácil señalar las "faltas" de los demás sin ver las

mías propias. Las palabras de Cristo toman una nueva densidad: «no jueguen, porque serán juzgados». Dolo Dios puede conocer el corazón de cada persona.

Tomo a ambos laicos en mis brazos y les digo con emoción: "¡Esta es nuestra familia, chicos! ¡Aquí nos tocó vivir! ¡Así que... a echarle ganas! Vénganse, vamos a limpiar esto."





*"Lo sentimos, padre Pancho, ¡era más importante proteger al Señor!"*

## **OCTUBRE DE 1984: MISA EN EL CRÁTER DEL NEVADO DE TOLUCA**

Recién me he integrado al CPP (Centro Politécnico de proyección,) unos meses después de mi ordenación. el CPP está lleno de jóvenes dinámicos, entregados, católicos convencidos, y qué quieren vivir su fe y profundizar en su búsqueda de Dios. El Grupo Alpino Pax juega un papel especial en este centro, ya que lleva a los jóvenes a descubrir a Dios en la naturaleza y el compañerismo.



Llego precisamente empieza la temporada de media montaña, y me invitan a acompañarlos a la excursión del Nevado de Toluca. Hemos salido muy temprano de la Ciudad de México, en varios coches, y a media mañana llegamos al estacionamiento al pie del volcán. El cráter aparece ante mi ojos de joven sacerdote como una inmensa catedral, un santuario al aire libre, un templo cuyo techo es el mismo cielo! Empezamos la caminata, pues se trata de recorrer todo el borde del cráter, ¡así que a darle!

A medio camino escogemos un lugar para detenernos a celebrar misa y descansar. No hay aquí ningún altar, por supuesto, pero eso no es problema: ¡Los muchachos han hecho un altar con sus mochilas! colocan un montón y una pequeña tabla, sobre lo que pongo el cáliz y la patena de mi ordenación. Me viene al recuerdo la imagen de otro en aquel entonces joven sacerdote, Karol Wotyla, ¡celebrando misa sobre una canoa con sus jóvenes excursionistas! Siempre quise ser como él...Juan Pablo II, ahora santo, ¡marcará toda mi vida sacerdotal de una manera maravillosa!





Siento una inmensa emoción al celebrar así la Santa Misa, a cielo abierto. En cierto modo han desaparecido muchas cosas superfluas: los retablos, las bancas, las luces. ¡Somos una pequeña Iglesia dentro de una inmensa catedral al aire libre!

Pero el tiempo cambia rápidamente y se acercan unos nubarrones que en cuestión de minutos cubren todo el cielo. Siento el viento frío que parece decirme: "Apúrate!" Justo al terminar la consagración, se desata una granizada sobre nosotros. Los chicos se precipitan para cubrir el Cuerpo y Sangre de Cristo con un impermeable, y me dejan empapándome, con granizos golpeándome de todos lados.

"Lo sentimos, padre Pancho, ¡era más importante proteger al Señor!" Nos reímos a carcajadas. ¡En pocos minutos vuelve a brillar el sol y nos calienta nuevamente! ¡Estamos mojados pero felices! ¡Es como si algún ángel nos hubiera jugado una broma pesada!

¡No! Es más bien como si la misma naturaleza celebrará con nosotros la Eucaristía del Señor: el volcán, el cielo, el granizo, el sol, todos se han reunido en torno al altar dónde estos jóvenes celebran su fe y buscan subir un pico más en su camino hacia el cielo.

Emprendemos el regreso... No todos caminan al mismo paso... Algunos van más lentos, más cansados, menos fuertes. Quizás llevan alguna carga pesada, que desconozco. Alguno se acerca a platicar conmigo. Muchos buscan la compañía de las chicas que han venido. Con cada paso se va forjando el futuro de estos jóvenes. Años más tarde, me tocara bendecir su matrimonio y bautizar a sus hijos. Con otros tendré el penoso deber de asistir a su funeral. Pero eso será más tarde. Ahora toca forjar estas almas, compartir aventuras, valores, oraciones, alegría y penas con todos ellos. Oro por cada uno de ellos, para que encuentren su propio camino, para que encuentren la felicidad en esta vida... y sobre todo en la siguiente.





*¡El año que viene, usted será capitán!*

## **2001: MISA CON DANZANTES EN LA COLONIA OBRERO POPULAR**

Es mi primer año en la iglesia de Nuestra Señora Santa María de Guadalupe Reina del Trabajo, en la colonia Obrero Popular de la ciudad de México, Las circunstancias de mi llegada son un poco extrañas, pero aquí estoy dispuesto, a ayudarle al Padre C., Marista como yo.

Se acerca el 12 de diciembre, solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe, la gran fiesta patronal de la parroquia, y nos distribuimos las misas de ese día. Son unas cinco, más las que se celebran en los barrios. Entre otras me ha tocado la misa de doce del día.

Llego corriendo de otra misa y cuál es mi sorpresa, al llegar a la iglesia, al encontrarme en la calle con un grupo de danzantes, con su música tan sonora y sus trajes prehispánicos. Han ocupado toda la calle delante de la iglesia, y danzan alegremente. Me acerco a saludarlos, y otra sorpresa al reconocer a doña H., una señora de la colonia, entre los danzantes: "¿Qué hace usted aquí? ¡qué gusto verla!"

- " pues ya ve, padrecito, aquí andamos, honrando a nuestros antepasados y a nuestra Madre del Cielo."

- "pues vénganse, vamos a entrar todos a misa!"

Doña H. Y se me queda viendo, extrañada y molesta a la vez.

-"No, padrecito, no podemos, primero porque nuestro papel es danzar aquí, y segundo porque al otro padrecito no le gusta que estemos aquí. ¡Dice que esto no es cristiano!"

Me detengo a pensar un momento, y en efecto recuerdo que, en la tradición prehispánica, los danzantes se quedan ante la pirámide, como el mismo pueblo. Solamente los sacerdotes subían a la pirámide. Hoy en día diríamos que ellos no entran en el templo, su papel es la danza, la danza en el atrio, mientras los sacerdotes "suben a la pirámide" (entran a la Iglesia) y celebran el rito.



- “Vamos a ver, le digo, vamos a hacer lo siguiente: Ustedes me van a acompañar en procesión para iniciar la misa, yo vengo por ustedes aquí y entramos todos juntos. Después, ustedes salen y siguen danzando, y vuelven a entrar a la iglesia para el ofertorio, ustedes me van a traer las ofrendas. Vuelven a salir y al final de la misa, vienen por mí y salimos en procesión del templo. ¿Qué les parece?” Les fascina la idea, me miran con grandes ojos maravillados y con una enorme sonrisa. ¡Vamos a sorprender a todos!

En efecto, la procesión de entrada es maravillosa: Delante de mí entra todo el grupo de danzantes, con su música asombrosa. La gente está sorprendida, pero cuando les explico, lo aceptan con agrado. Se nota en seguida un ambiente distinto: La Iglesia ya no huele a incienso sino a copal, la música llena toda la Iglesia sin ser ensordecedora, y yo gozo de esta liturgia que me recuerda las misiones en la Sierra Norte de Puebla.

El grupo entra nuevamente para el ofertorio, trayendo el pan y el vino, y al final de la misa, antes de la bendición final, vuelve a entrar para acompañarme en la procesión de salida. Explico a todas las asamblea que, por ser hoy un día tan especial, voy a dar la bendición en el mismo idioma que la Virgencita habló cuando se le apareció a Juan Diego: En náhuatl. La bendición de Dios Todopoderoso...

Itlateochiwalis Teotl Ipalnemokuani, Totahzin, ikonetzin + iwan Teoihiotzin, Anmopa mawalmuika.

La gente está asombrada, algunos no saben qué pensar. Están viviendo algo nuevo. Es como una ventana al pasado, un descubrir sus raíces, saben que pertenecen de alguna manera a una antigua cultura que la misma Virgencita visitó y adoptó como suya en el ayate de Juan Diego, y que desafortunadamente no hemos valorado lo suficiente.

Los danzantes se despiden agradecidos. Hoy ha nacido algo, en sus corazones y en el mío. Recuerdo la única frase que me sé en nawatl: “miyac pakillis in no yolotl, mucha alegría en mi corazón.” Nos hemos acercado, nos hemos encontrado. Tengo sin embargo la sensación de que algo falta, hay una especie de recelo, de duda, sobre todo de parte de los hombres, como que falta dar un paso más.

Un año más tarde...

Le pido al párroco que nuevamente me deje celebrar la misa de doce. Sé que los danzantes estarán ahí y en efecto así es. Nos saludamos con gusto,



- " les parece si lo hacemos como el año pasado?"

- claro que sí, Tata, ¡vamos a bailar en honor de la Virgencita Nuestra Madre!"



La Misa es nuevamente todo un evento de danzas, música prehispánica, conchas y tambores, el olor a copal. Hay algo en el aire que nos conmueve a todos.

Reconozco con pena que tardé más de 38 años en descubrir el mundo indígena en mi propio país. Encerrado en mi burbuja de la colonia Polanco de la Ciudad de México, confieso que no conocía a mis hermanos indígenas, los miraba con miedo, porque no los comprendía, y porque me daba pena tenerlo todo cuando ellos no tenían nada, o por lo menos así pensaba yo.

Salimos nuevamente del templo en procesión y cuando intento despedirme, los danzantes me rodean. Y es entonces qué ocurre algo maravilloso. Doña H. Me dice con mucha emoción: - " Padrecito, tenemos algo especial para usted. Vaya pronto a cambiarse y regrese."

Voy rápidamente a la sacristía, regreso a los pocos minutos y nuevamente me encuentro rodeado de los danzantes.

Una de las "nanas", una de las ancianas se me acerca y me pide que me ponga de rodillas. Y siento en mi corazón que algo muy especial está a punto de suceder. La "nana" realiza conmigo un "encuentro", esa breve ceremonia de bienvenida y de acogida, con el copal y los gestos de bendición.

Un par de jóvenes se me acerca, me ayudan a ponerme de pie, me ponen una cinta alrededor de la cabeza, y unos cascabeles en la mano: "Vamos, padrecito, ¡ahora le toca a usted!" Y empezamos a bailar, enfrente de la iglesia, enfrente de toda la gente que mira atónita como el padrecito se ha juntado con los danzantes.

¡Después de una hora estoy exhausto! ¡Pido esquina! Todos se ríen, pero me siento ya rodeado de su cariño:

-« Le cuento, padrecito, algo que nos duele, es que la gente nos ha ninguneado; dicen que no somos danzantes, que no somos concheros, ¡ni siquiera indígenas! Somos aquí del barrio, padrecito, es cierto, ninguno de nosotros habla Nawatl, pero somos Mexicanos, orgullosos de serlo, orgullosos de nuestra patria, nuestra cultura, de esta Tierra que es nuestra Madre, y que nosotros hemos cubierto de asfalto y de cemento, para ya no sentirla, para ya no amarla! Padrecito, ahora es usted uno de los nuestros, ¡lo acabamos de nombrar teniente de nuestro grupo! ¡El año que viene, usted será capitán!"

Pero el "año que viene" nunca llega. Me cambian de parroquia. Nunca los volví a ver, y siento nuevamente que les he fallado. Me queda la esperanza de que aquel día algo cambió

en ellos así como algo cambió en mí. Solo me queda esperar que Totatzin Dios y María de Guadalupe lo hayan visto todo. “Totazin tio Xihua...”





*“Scouts, toujours prêts!”*

### **1963: MISA DE LOBATOS EN EL DESIERTO DE LOS LEONES**

El movimiento de los “Scouts de France” era muy importante en la (parroquia francesa de México). En aquellos tiempos se encontraba aún en el antiguo Colegio de niñas del centro, y tres o cuatro veces al año había una excursión. ¡En esta ocasión nos llevaron hasta el Desierto de los Leones, el nombre ya impresionaba!

Dejar atrás la ciudad, entrar todos juntos a ese bosque tupido, con árboles que parecían gigantes. Y en una “clairière”, un claro del bosque, los adultos habían preparado todo para la misa, pues en esta ocasión algunos “*louveteaux*” (lobatos) haríamos nuestra promesa scout, ¡wow!



“Prometo ser scout toda mi vida”. Cuantos miles, quizás millones de chicos y chicas han sido marcados de por vida por esas palabras: “Prometo ser scout toda mi vida”. El dar la palabra ante la cheftaine Touti, el padre Bernault, mis padres, con mis amigos, todos juntos, todos orgullosos de vestir el uniforme con pañoleta, el grito de mi “cheftaine”: “meute, meute, meute”, al que respondíamos gritando: “cheftaine, cheftaine, cheftaine!” y el canto scout: “Akela, nous ferons de notre mieux, de notre mieux, mieux, mieux, notre mieux, mieux, mieux ! » Akela, daremos lo mejor de nosotros, lo mejor de nosotros, lo mejor de nosotros». Y llega el momento solemne de la promesa: una rodilla en tierra, el saludo scout, mis padres, mi *cheftaine* mirando con orgullo.

#### **Años más tarde...**

En 2008, con otros compañeros scouts, renové mi promesa scout... en Jerusalén, en el centésimo aniversario de la fundación del movimiento scout por Baden-Powell. “Scouts toujours prêts!”



#### **Otros años más tarde...**

Me visita en París el padre Louis-Pascal P., de los hermanos de San Juan, responsables de la Paroisse de México que los Maristas tuvimos que dejar por falta de personal. Como un

servidor, Louis-Pascal es una vocación salida de la Paroisse. También es el hijo mayor de Touti, mi cheftaine... Lo saludo, lo abrazo con el mismo cariño que yo recibiera hace tantos años de Touti, mi jefa de tropa, ¡mi cheftaine! Hay cosas que no se olvidan...  
*Scouts, toujours prêts!*



Estoy consciente que en el relato que sigue salgo, digamos, “bien parado”. Sin duda hay un toque de vanidad. De antemano pido una disculpa. Dudé mucho antes de escribirlo. Pero lo quiero compartir tal y como sucedió, porque finalmente Cristo está presente en la vida de cada uno de nosotros, y reconocer Sus obras es darle gloria a Él. Así que...¡Gloria a Dios!



*¡Si así son los sacerdotes, yo también quiero ser sacerdote!*

## **2006: MISA EN EL ORFANATORIO “NUESTROS PEQUEÑOS HERMANOS”, DE CUERNAVACA**

- ¿Padre puede venir a confesar?

La llamada viene del orfanatorio “nuestros pequeños hermanos”, fundado por el padre Wasson (¡le decían el padre Guasón!) en 1960. Es una obra que ha marcado miles de vidas, y es para mí un privilegio poder ayudar, aunque sea unas pocas horas.

Al llegar, la recepcionista me explica que un padre joven está dando una charla, y que al terminar empezarán las confesiones.

- sí, ningún problema, puedo esperar un poco. es más, voy a ir a escuchar la plática del padre, para saber cómo va el retiro y en qué estado de ánimo están los jóvenes.

Llego una sala grande llena de jóvenes, quizás unos 80, y me siento al fondo de la sala. un padre joven, muy dinámico, está dando una charla sobre la gracia. Al principio no pongo mucha atención, pero de pronto sus palabras me golpean como con un tubo: " ¡Sí, mis chavos, la Gracia es la participación de la vida divina!" ¡Dios quiere vivir en ti y transformarte plenamente, hacer de ti un santo! ¡La santidad debe ser tu ideal, es el único ideal digno posible e inagotable que le dará pleno sentido a tu vida!"

¡Son palabras tan familiares, las he dicho yo cientos de veces en las Jornadas de Vida Cristiana! ¡Este padre seguro fue a jornadas! ¡Quién es este padre?



De pronto, el padre interrumpe su plática.

Me mira fijamente, sorprendido. Se acerca a mí:

- " Chauvet, eres tú?"

Me quedo atónito. Debo aclarar que, en México, casi nadie me llama “Chauvet” (mi apellido). Todo el mundo me dice Pancho o padre Pancho. La única excepción eran los

chicos del grupo de jornadas de Cuernavaca “Maranatha”, que inicio en 1993, por alguna razón ellos me llamaban por mi apellido.

- “Chauvet, ¿eres tú! ¡No lo puedo creer!”

¡Yo tampoco!

- “No me reconoces?”

Me pongo rojo: “ la verdad...”

- “Soy Víctor, ¡del grupo de jornadas Maranatha! ¡Fui a Jornada contigo hace 20 años! Muchachos, escuchen, les quiero presentar a alguien, les presento al padre Chauvet, creo que ahora todo el mundo le dice padre Pancho, y les tengo que contar una historia: Hace 20 años, chicos, estaba yo donde estás tú ahora, me habían invitado un retiro llamado jornada, y como muchos de ustedes, estaba yo aburrido, no entendía gran cosa, ¡con la misma cara de “qué hago aquí” que tienen muchos de ustedes! y recuerdo que Pancho entró a darnos una plática, que nunca olvidaré, por qué le dio con tanto amor y con tanta alegría y con tanto entusiasmo que cuando terminó pensé para mí mismo: si así son los sacerdotes, yo también quiero ser sacerdote. Muchachos, eso fue hace 20 años, llevo 8 años de sacerdote, estuve 4 años de misiones en África, y claro todo se lo debo a Dios, pero también a un sacerdote que supo entusiasmarse por la persona y el mensaje y la gracia de Cristo.

No sé ni qué cara poner, me gana la emoción, y trato de no llorar. Sé que esta historia puede sonar a mucha vanidad, pero me atrevo a pensar qué Cristo quiso darme un abrazo, darme ánimos, hacerme ver que, si he tenido muchísimos errores, algunas veces también le atiné, que muchas veces predicar el Evangelio es aventar la semilla y rezar para que caiga en tierra buena y dé mucho fruto. Pero esa parte no depende de mí, depende solamente de Dios y de los corazones generosos como el de Víctor.

Víctor y yo concelebramos la misa de esta tarde. Le pido que él presida. Me toca a mi ver a Cristo ante el altar...





*Hay que aprender a vivir de personas ejemplares, y también aprender a morir para llegar a Dios*

## **ENERO 2013: MISA DE DEPOSICIÓN DE LAS CENIZAS DE MI MADRE**

Hoy es 29 de diciembre de 2012. Esta tarde mi mamá ha muerto. Murió como lo había deseado, apagándose poco a poco, mirando al mar desde el balcón de su cuarto, rodeada del cariño de su hija, nietos y biznieto. Me entero por el SMS que mi hermana me envía y que leo en la madrugada del día siguiente, al bajar al jardín.

Estoy a ocho mil kilómetros de distancia. Vine a trabajar a Paris en el capítulo provincial de los padres Maristas de Europa. Me pesa enormemente esa distancia, el no haber estado ahí, las palabras que no le dije y los abrazos que no le di. De pronto me doy cuenta que nunca la volveré a ver. Al mismo tiempo me siento lleno de gratitud, de alegría, de agradecimiento por la madre que Dios me dio, por todo lo que ella hizo por sus hijos, nietos y biznieto, por mi padre, por todos sus seres queridos.

En el jardín me encuentro al padre Hubert, Provincial de Europa, quien conoció a mi madre hace años, y siempre me pregunta por ella: " Francisco, hola ¡buenos días! ¿Cómo está tu madre allá en México?" " Está muy bien, se acaba de ir al cielo".

Hubert me mira con afecto fraterno: "¿Quieres regresar a México? ¿Quieres estar con tu familia?"

Lo pienso un momento: Gracias a Dios, tuve tiempo de despedirme de ella, de comer juntos, de platicar, recordar y reír toda una tarde, de decirle o mejor aún de hacerle sentir lo mucho que la quiero. " gracias, Hubert, pero aquí estoy con mi familia como sacerdote tengo un trabajo que hacer aquí." Yo sabía bien al aceptar el sacerdocio que me iba a perder de muchos momentos así. Pero mi familia está bien, ya llegará el momento de estar con ellos.



Enero de 2013 He llegado a Cuernavaca para la misa de deposición de las cenizas de mi madre en la cripta de la catedral.

Esta mañana, 11 de mayo del 2024, trato de poner por escrito lo que viví aquel día. Lo hago sabiendo que dejo muchos detalles en el tintero: rostros de amigos, palabras de consuelo, de esperanza, aún hoy me siento inundado de afecto. Lo hago también porque muchos de ustedes han pasado por lo mismo, muchos de ustedes quizás no encontraron un sacerdote que celebrará misa, me vienen a la mente las palabras que me dijeron un sacerdote ya anciano: “Celebra cada funeral como si fuera el de tu padre o de tu madre”. Pues bien, ahora me ha tocado a mí...

Han llegado tantos amigos y conocidos. ¡Mi querida hija adoptiva Alicia ha traído un retrato hermoso de mi madre, un detalle maravilloso! ¡Me siento cobijado por su cariño, y lo necesito! Abrazo tras abrazo. Muchos se dan cuenta que ahora soy yo quien necesita de esos abrazos. No va a ser fácil celebrar esta misa...

Mucha gente ha venido desde la ciudad de México. Entre muchos rostros veo el de Piero, mi amigo desde la más tierna infancia, y su esposa Yuye. Su presencia es otro regalo maravilloso. Eduardo Alarcón saca su guitarra y canta como nunca lo ha hecho. Siento cariño y el apoyo de tanta, de tanta gente que en este día se hacen tan presentes en mi vida. Más tarde Eduardo escribirá unas palabras: *“el ambiente en la capilla llena de familiares y amigos más todos hermanos en Cristo, cantando a la esperanza de saber que nos volveremos a encontrar NO FUE UNA DESPEDIDA, FUE UN HASTA LUEGO palabras de Francisco, Dios bendiga a la familia Chauvet Contreras y nos bendiga a todos...Amén”*

Y también otra amiga, Genoveva, me escribe:

*Querido Padre Pancho fue una Misa muy bonita, muy emotiva, de un hijo sacerdote para su mamá, fue un momento muy especial, de corazón, porque toda la audiencia se notaba unida en Cristo, acompañándote a ti y a tu familia, y un aprendizaje de vida, porque la realidad es que todos vamos a morir algún día y hay que aprender a vivir de personas ejemplares, y también aprender a morir para llegar a Dios, ¡¡¡y aprender a vivir sin los que se nos fueron antes !!!*

Al final de la misa llevamos las cenizas hasta el nicho donde ya descansa mi padre: ¡Otra vez juntos! He vuelto un par de veces... No es fácil ahora que ya no vivo en Cuernavaca, ahora que estoy nuevamente a ocho mil kilómetros de distancia, ahora que paso a diario por el jardín donde recibí la noticia. Pero no hace falta volver. Como dijo Genoveva, he aprendido a vivir de personas ejemplares, también he tenido que aprender a vivir sin los que se fueron antes, pero nunca podré vivir sin seres queridos, sin amigos cerca, sin esa belleza que nos une a Cristo incluso más allá de la muerte física.





*La cama de un enfermo es un altar*

## **1989: MISA DE MI TÍA YAYA EN SU CASA**

Mi tía Yaya se está muriendo. Todos lo saben, pero nadie lo dice. Marta Chauvet vda. De Llamosa, hermana de mi padre, viuda desde siempre o casi. Su presencia de mujer fuerte ha habitado mi infancia y mi juventud. Vive en Cuernavaca con su hermana Emma (“Mita”). A menudo voy a Pazar los lunes con ellas. Aquel día, Mita se me acerca: “queremos pedirte un favor, no sé si se pueda... Ya sabes que Yaya no puede salir, y le gustaría tanto asistir a Misa. ¿Crees que se pueda?” El joven sacerdote que soy está aún muy apegado a las reglas: «déjame ver, habría que pedir permiso...” Se lo platico a mi superior: “A ver, mi estimado, ¿cuál es la máxima ley en la Iglesia? La caridad, ¿no? ¡Además, una vez al año se puede hacer lo que uno quiera!” No estoy seguro que eso último se encuentre en el derecho canónico, pero bueno, ya tengo el permiso!

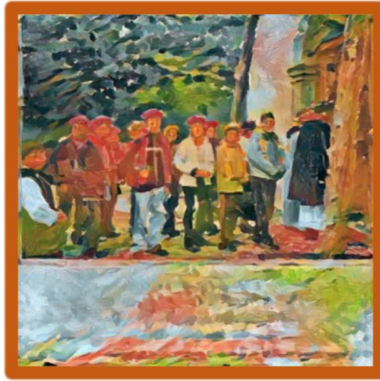
Llego al lunes siguiente con todo lo necesario. Ponemos un pequeño altar al pie de la cama. La misma cama de enfermo es un altar, con una ofrenda de 85 años de fe y fidelidad. Para esta misa he traído la casulla que las dos hermanas Chauvet Villalba me regalaron para mi ordenación.



En su juventud fue con sus hermanas, Emma y Valentina, a manifestar al Zócalo en contra de la persecución religiosa del gobierno de Calles. El ejercito ataca con gases lacrimógenos. Ellas, sentadas, sin moverse, resistiendo con la única arma de los cristianos: el amor.

¡Yaya se está muriendo, pero vaya que está viva! No es ni remotamente una misa de difuntos: es una misa que celebra la vida, la vida de una mujer fuerte y fiel. Nos miramos al final de la misa. Parece saber que esta es la última misa a la que asistirá. Es de alguna manera una despedida, el final de toda una vida. Es también un momento de transición, entre su fidelidad y la mía, entre su devoción a Cristo Eucaristía y la mía. Somos eslabones en una larga cadena que atraviesa los siglos. Yaya ha muerto. Vivió su Pascua en paz, en confianza, en amor.





:"Padrecito, padrecito... Siéntese, ¡padrecito!"

## MISA DE MISIONES EN LA SIERRA NORTE DE PUEBLA:

### LA BENDICIÓN DEL PULQUE

Nuevamente estoy de Misiones en la Sierra Norte de Puebla. Y con un grupo de chicos de nuestra parroquia de Ticomán, he regresado a Tepezintla, donde estaremos toda la Semana Santa.

A pesar de la lluvia constante y del frío, la gente llega a misa, en felices de tener un sacerdote y unos jóvenes durante esta semana.

Hace frío. La temporada de lluvias ha llegado temprano este año, y cuando salimos a visito, ¡regresamos empapados! Los chicos son valientes y vienen a misa a pesar del cansancio. En esta misa vespertina, observo con sorpresa como la neblina va entrando por los cristales rotos, y muy pronto toda la Iglesia está sumergida en una semi oscuridad y en un frío que cala los huesos. Pero lo mejor está por venir.



A mitad de la homilía, le señor H. avanza hasta el centro de la Iglesia y, levantando la mano, con un ademán que me invita a detenerme, y me dice:" padrecito, padrecito... Siéntese, ¡padrecito!"

A estas alturas del juego, he aprendido a quererlos y respetarlos, a respetar su manera de ser, que a veces pueden parecer bruscos,

H. Sube hasta la sede, se me acerca y en voz baja me dice: " padrecito, hoy es el día de la bendición del pulque. Con su permiso, vamos a hacerlo ahora. Usted espéreme aquí, y yo le aviso." De acuerdo, creo...

Acto seguido, unos jóvenes traen tres barriles de madera. Los colocan al centro de la Iglesia. Hombres y mujeres están de pie (nada de bancas en la Iglesia, la gente oye toda la misa de pie), hombres de un lado y mujeres de otro, como se debe (" no hay que darle tentaciones al compadre", me explicaba una vez una señora).

H. Se acerca a los barriles, y desde ahí, desde el centro de la Iglesia, se dirige a todo el pueblo. Les habla en un Náhuatl rápido y diría alegre. ¡Por supuesto, no entiendo nada, pero quiero imaginar que, como anciano del pueblo, los está instruyendo, advirtiendo, regañando, animando! En fin, todo lo que yo debería estar haciendo.

Me doy cuenta que muchas veces la gente no entiende lo que yo digo sencillamente porque ellos no hablan español, y también porque no siempre estoy seguro de encontrar las palabras, las imágenes, el tono adecuado.

¡Me parece que él lo está haciendo bastante bien!

Cuando termina de hablar, una "nana" (señora) se acerca con el copal y bendice los barriles soplando el humo sobre ellos. Finalmente, H. abre uno de los barriles y llena un vaso de pulque sumergiéndolo en el barril, se voltea hacia mí y me dice con una enorme sonrisa: "padrecito, padrecito, salud!" y bebe abundantemente.

Los jóvenes vuelven a llevarse los barriles (la gente tomará afuera, una vez terminada la misa). H. se me acerca nuevamente y me dice con su enorme sonrisa: "Ahora sí, padrecito, ¡puede usted continuar con la Santa Misa!"

Por unos momentos no sé cómo reaccionar. ¿Debo enojarme, molestarme porque interrumpieron la misa? ¿Debo escandalizarme porque metieron tres barriles de alcohol en la Iglesia? ¿O debo tratar de comprender que en esos pueblos sencillamente no hay agua? No hay agua para bañarse, no hay agua para beber (el agua puede incluso ser nociva para la salud), y el pulque es una bebida perfectamente aceptable.



De pronto comprendo que de alguna manera me han aceptado en su comunidad, a mí y a los jóvenes misioneros. No solamente celebramos misa con ellos: Celebramos también sus ceremonias, su liturgia, su manera de comunicar y agradecer a Totatzin Dios todo lo que les da, incluso lo poco que les da, un maíz que no alcanza, unos frijoles que no nutren, un pulque que sirve más para engañar el hambre que para calmar la sed.

Tardo unos momentos en continuar la misa. Miro a mis hermanos y hermanas náhuatl que llevan una hora de pie sin quejarse. Me duele pensar que no estoy haciendo realmente nada para mejorar su nivel de vida. Pero esta tarde mi papel es quizás simplemente el de bendecirlos, ¡a ellos y a su pulque! A su maíz, sus frijoles, sus animalitos, sus pequeñas casas hechas con unos cuantos palos de madera.

Comprendo que bendecir el pulque no es bendecir el alcohol o el embriaguez. Es bendecir, es decir pedir a Dios que se haga presente y que mire con amor a este pueblo suyo; es bendecir todo un estilo de vida marcado por una pobreza de siglos que ha impedido a tantos hermanos nuestros vivir como hijos de Dios. Bendecir es quizás no cambiar inmediatamente la calidad de vida, sino hacerlo al ayudar a cambiar los corazones.

**Segunda parte:**

Al escribir esto, me doy cuenta que realmente nunca había yo aprendido más sobre la bendición del pulque. Me encuentro un par de páginas en Internet que son interesantes. Espero que esto nos ayude a todos a comprender mejor a nuestros hermanos indígenas.

Dos bendiciones del pulque por los sacerdotes:

<https://www.facebook.com/watch/?v=512960170302742>

<https://www.facebook.com/watch/?v=1843978362340854>

un poco de historia

<https://lechecontuna.com/2022/05/23/uvi-ido-la-experiencia-del-pulque-en-la-mixteca/>





*“Está bien, padrecito, ¡se vale llorar! ¡Estamos en las mismas!”*

**MISA POR EL ETERNO DESCANSO DE JUAN PABLO II,  
COLONIA OBRERO POPULAR**

La noticia se difunde rápidamente, por radio, por televisión, por todos lados: ¡Ha muerto! ¡El Papa ha muerto! Juan Pablo II, el Papa Mexicano, Juan de Dios, ¡se ha ido a la casa del Padre, nos ha dejado!

Estoy solo en la parroquia en este 3 de abril de 2005. El párroco no está. No sé qué debo hacer. Juan Pablo II es el Papa de toda mi vida sacerdotal, no he conocido otro Papa. Era yo seminarista cuando vino a México por primera vez en 1979, y me toco ser monaguillo/guardaespaldas en aquella grandiosa misa en la Villa (ya les contaré eso de “monaguillo/guardaespaldas”). En todas mis misas he pedido por él: “...y con nuestra Papa Juan Pablo II, nuestro obispo...” Siento que he quedado huérfano, un sentimiento que millones de personas van a compartir.

Lo único que se me ocurre es... celebrar misa. Tocamos las campanas, y poco a poco llega gente. No muchos, pero se acercan, algunos extrañados (“¿Qué habrá pasado?”), otros ya están enterados. Subo al altar con un nudo en la garganta, intento explicar, pero la emoción me gana.

“Ustedes me van a perdonar, pero no creo poder celebrar esta misa sin llorar”

- “Está bien, padrecito, ¡se vale llorar! ¡Estamos en las mismas!”

No recuerdo más... Sé que lloré, sé que pude con dificultad terminar la misa, sé que pasaron por mi mente y mi corazón cientos de recuerdos: Su primera misa en la Villa; el encuentro con los seminaristas en Guadalajara: años más tarde, la visita en Castel Gandolfo con mi madre; el encuentro en San Juan de los Lagos; la misa en San Pedro de Roma. ¡En total lo vi en persona nueve veces! Y miles de imágenes de Juan Pablo II, el Papa peregrino, llevando el Evangelio a todos los rincones del mundo.



Juan Pablo II, el Papa Pastor del mundo entero ha muerto. Hoy todo cambia. Siento también que, de alguna manera, ahora me toca a mii, a nosotros. Juan Pablo II nos marcó el camino a seguir, nos acompañó paso a paso. Católicos del Tercer Milenio, también nosotros debemos ser fieles hasta la muerte y evangelizar con valentía.

1 de junio de 2024: Al escribir estas líneas, me vienen a la mente y al corazón cientos de imágenes: Su aparición en el balcón de San Pedro el día de su elección; la misa en la Basílica, cuando los monaguillos tuvimos que protegerlo contra la gente que se lanzaba para

tocarlo; el estrechar su mano y recibir de él un rosario; sus numerosos viajes; las críticas que le llovían encima, sobre todo en Europa; su última visita a México en 2002, cuando se despidió de una multitud en lágrimas.

San Juan Pablo fue canonizado el 27 de abril de 2014, en la Ciudad del Vaticano por el Papa Francisco. Si sus restos descansan en la cripta del Vaticano, su recuerdo descansa en el corazón de millones de personas, creyentes y no-creyentes.





*Son mi razón de ser sacerdote*

## **BODA DE SOFIA BEATRIZ Y JUAN PABLO**

### **Basílica de Guadalupe, 8 de junio de 1991**

Los conocí el primer año que estuve en el CPP, en 1984. Típicos jóvenes politécnicos (hasta donde yo alcanzo a ver): abiertos, francos, simpáticos, serviciales, Sofia y Juan Pablo se ganan mi amistad. Sofia estudia Turismo y Juan Pablo Ingeniería. Quieren estudiar, quieren superarse, no faltan a clases por andar en fiestas, fieles a su grupo y su comunidad en el CPP.

### **Años más tarde...**

-Padre, nos queremos casar...

(¡Yo ya sabía!)

- ¿Cómo? ¿Con permiso de quién? ¡Nadie se casa con mi hija sin pedirme permiso!"

Las carcajadas de todos.

-A ver, Juan Pablo, te conozco, eres buen chico, pero... ¿de verdad crees que te mereces una joya como esta chica?

-Pues, no, padre, la verdad no, ¡pero ella está de terca!

¡Más carcajadas! ¡Van a ser muy felices!

-y queremos que tú nos cases...

¡Ah caray! Quizás debí haberlo esperado. Sin embargo, llega como una agradable sorpresa

-¡Será un honor, chicos! ¿dónde y cuándo?

- todavía falta, en seis meses... en la Basílica de Guadalupe!

¡Wow! ¡Esa no me la esperaba!

-Queremos pedirle su bendición a la Virgencita, ¿qué mejor que unir nuestras vidas a sus pies?



Llega el día de la boda...

Me siento abrumado por el lugar, por sus dimensiones, su historia, su significado. Es un lugar sagrado, habitado por una presencia... He venido tantas veces, pero nunca a celebrar misa (buen, ¡no solo!) y hoy me toca en el altar mayor!

La Basílica me parece inmensa, abierta al mundo que la Virgencita quiere cubrir con su manto. ¡Me siento indigno, y al mismo tiempo feliz de estar aquí!

La distancia entre el altar y los novios me parece inmensa, siento que están a una distancia enorme, quisiera tenerlos cerca al altar, a mi corazón de amigo y de sacerdote: “¿Por qué están tan lejos?” pero no están lejos: están aquí, al pie del altar, felices, ilusionados, dos rostros radiantes por haber encontrado el amor, amor hoy bendecido por El Amor...

Han pasado 33 años... Y siguen casados...

Les he pedido que compartan los sentimientos de su corazón:

*33 años de matrimonio, pero ¿cómo? Si parece que fue ayer cuando iniciamos esta aventura. Con la bendición de Dios y de nuestro querido padre y amigo Pancho empezamos una nueva vida, llenos de ilusiones amor y alegría y así seguimos hasta el día de hoy, claro con sus altas y sus bajas, con alegrías y tristezas, enfermedades, preocupaciones, cambios, adaptaciones, problemas. Al inicio los dos trabajábamos, sin embargo al empezar a llegar los hijos yo me dediqué a la tarea más demandante pero hermosa y llena de satisfacciones el ser mamá y ama de casa. La vida siguió, los hijos crecieron y todo gracias a Dios bien, sin embargo, llegó a nuestras vidas un evento que no esperábamos, Juan se queda sin trabajo ..., al desaparecer Luz y Fuerza del Centro... Fue una etapa muy dura para nosotros pues Juan no podía encontrar trabajo. Nos aventuramos a poner un negocio con la ayuda de mi tío Arturo. Sin duda una etapa muy dura pero Dios siempre con nosotros. Tenemos tanto que agradecerle a Dios pues tenemos una familia maravillosa con nuestros tres hijos Daniel, Fernando y Alejandro y dos hermosos nietos. Nuestra familia se unió más con este último Nuestro matrimonio ha crecido, existe más experiencia, más fortaleza, más amor, más unión, más confianza, sin duda la vida es la mejor escuela. Y pedimos a Dios que siga fortaleciendo nuestro amor en esta tarea de seguir guiando a nuestra familia con valores y que aumente nuestra fe para seguir creciendo espiritualmente. ¡¡¡¡Gracias, Pancho por estar siempre presente en nuestras vidas!!!! Y reza mucho por nosotros.”*



Con sus hijos y nietos, sus problemas, dificultades, pero ahí siguen, fieles, fuertes, felices... y seguimos siendo amigos... No, no son amigos, son mi familia, son mi razón de ser sacerdote, son ellos (y tú que lees estas líneas) mi razón de vivir... Son también un tesoro de la Iglesia, del Reino de Dios, porque su fidelidad y constancia son prueba de que Dios cumple sus promesas, ¡que Dios no nos falla!





*Mis sobrinos nunca vienen, mi hermana no los trae...*

## **JUNIO 2024: MISA EN EL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO DE S..., PARÍS, FRANCIA**

El teléfono suena el sábado por la tarde. La voz familiar y agradable de mi amiga Marie-Béatrice llena mis oídos con su risa y su buen humor, y como toda buena amiga, ¡me recuerda a mis promesas!

- "¿Recuerdas que prometiste acompañarme a la misa del Padre Jacques al hospital? ¿no lo has olvidado? ¿Qué vas a hacer mañana?"

¡Por supuesto que recuerdo mis promesas, incluso cuando trato de olvidarlas! Marie-Béatrice me presentó con el Padre Jacques hace unas semanas y me dijo con mucho orgullo; " Jacques es el capellán del Hospital de S..., no es maravilloso? ¡Deberíamos acompañarlo un domingo!"

"Sí, sí, ¡por supuesto! Nada me haría más feliz que acompañar al Padre a celebrar una misa" ... En un hospital psiquiátrico...

Pero esta vez no me puedo zafar, hago una bolita de todos mis miedos y prejuicios y me la trago:

"Nos vemos mañana a las 10".

El hospital mismo es inmenso, ocupa varias manzanas en pleno París. Fue construida a mediados del siglo XVII, bajo el impulso de Ana de Austria, adre de Luis XIV, en una época en que París era mucho más pequeño. Atravesamos los grandes jardines y llegamos hasta la capilla, una pequeña iglesia de estilo neogótico con las puertas abiertas. Un letrero en la entrada indica las horas asignadas a las diferentes religiones: El

viernes toca a los musulmanes, el sábado viene un rabino, protestantes y católicos se reparten los domingos y otros días entre semana. Esta mañana nos toca a nosotros.

El Padre Jacques me saluda muy efusivo, porque ya nos conocemos, y le da gusto " tener refuerzos" para esta misa muy especial. Jacques tiene ya 84 años, y lleva más de 10 en este ministerio. La capilla es pequeña, pero pronto se llena con unas 30 personas.





El padre empieza por pedir voluntarios para ver las lecturas, para animar los cantos, su voz cálida y fuerte parece tocar los corazones de los asistentes. Sin embargo, sus rostros están cubiertos por una tristeza, quizás más bien por un cansancio, sus ojos están inquietos, y los pocos que cantan lo hacen casi en voz baja. Una señora de avanzada edad alza la voz desde el fondo de la sala: " quisiera pedir una oración por mi papá que falleció hace 45 años, se llama Alberto". Algo me dice que el recuerdo de este ser querido es el único recuerdo que le queda.

Jaime me presenta como " el padre que viene de México", y al instante ¡todos me sonríen! No cabe duda que para ellos tener otro padre presente es una novedad, un regalo casi, y además ¡viene de tan lejos!

Después del Evangelio, el Padre Jacques inicia un diálogo con los asistentes, un compartir el texto que acabamos de escuchar, y en pocos minutos siento que el corazón se me rompe. Un señor grande, fuerte se pone a hablar. Habla demasiado. Acapara el micrófono. Jaime le habla con ternura, lo acoge en su sufrimiento, sobre todo le hace comprender que lo escucha y que entiende bien que su situación no es fácil.

Una señora de unos cuarenta años, sentado al fondo, levanta la mano con timidez: " llevo aquí seis años, y he tratado de hablar con mi familia, pero cuando vienen, me doy cuenta que hay un cierto pudor, una distancia, no quieren realmente hablar conmigo, siento que me tienen miedo. Mis sobrinos nunca vienen, mi hermana no los trae, no sé qué está pasando..."

Algo me dice que sí lo sabe, como yo lo sé, como todos lo sabemos: Una tía loca, encerrada en un manicomio, es motivo de vergüenza, de miedo incluso (" podría asustar o incluso lastimar a los niños"). Sus palabras se me encajan con un puñal: Me doy cuenta que yo he tenido miedo, yo mismo no he sabido que decir, no he encontrado las palabras, he preferido quedarme callado... Otra señora toma la palabra: " padre, que uno cuando ya no tiene fuerzas? ¿Cuándo ya no hay motivo para levantarse, para enfrentar el día? ¿Qué puedo hacer cuando siento que ya no puedo?"



Esta vez tomo el toro por los cuernos: " lo que hay que hacer, señora, es pedir ayuda, es reconocer que uno no lo puede todo y tener la humildad de decir " te necesito"... Y es también tener la humildad de decir a esos seres queridos que tienen miedo que los amas, que entiendes sus miedos, que tú también tienes miedo y que tú también necesitas de su amor. " Porque, enfermos o no, encerrados o no, o mejor dicho, encerrados en un hospital psiquiátrico o en un departamento vacío o en un matrimonio tóxico, en todos estos casos necesitamos que alguien nos ame y que alguien nos hable.

Siento que poco a poco un espíritu de paz llena la capilla. Algo, por pequeño que sea, ha cambiado: Nos hemos hablado, nos hemos escuchado. La gente sonríe en el momento del signo de la paz. Siento que la esperanza renace en mí.

Al terminar la misa, algunos se acercan a despedirse, a platicar un rato, a agradecer nuestra misa.

Marie-Béatrice, Jacques y yo vamos a comer algo en una "brasserie" cercana. Compartimos y agradecemos los momentos que acabamos de vivir. Y tontamente se me ocurre decir: " la vida es bella!"

"No, Padre, la vida no es bella", me dice Jacques. No lo dice con amargura o tristeza, es solamente una constatación. Y nuevamente me invade la tristeza. Sí, claro, la vida es bella cuando lo tienes todo, cuando tienes amigos, casa, comida, un trabajo, una misión. La vida es mucho menos bella cuando pasas 30 años en un hospital psiquiátrico, donde nadie viene a verte, la vida es no bella cuando sabes que no hay tratamiento, no hay medicamentos que puedan ayudarte. La vida no es bella cuando llevas cincuenta años de sacerdote y todo parece haber sido inútil.

No intento contestar... Contestaré esta noche cuando escriba estas líneas. Contestaré mañana cuando visite un enfermo, le dé de comer a un hambriento, le dé de beber a un sediento o le dé cristiana sepultura a un difunto y consuelo a sus seres queridos. Y la vida será bella, sí, será bella en la medida que yo la embellezca con mi oración y con mi trabajo, cuando pueda mostrar el camino al Cielo, camino que intento yo mismo recorrer... La vida será bella cuando pueda yo hablar contigo que hoy lees estas líneas y pueda yo decirte en persona que Cristo te ama. ¿Cuándo tienes tiempo? ¿Dónde y cuándo nos vemos?





*Aquí hay algo que es cierto*  
**LAS MISAS EN SAN AGUSTÍN**

1962. Tengo seis años. Mi mundo es pequeño y vasto a la vez: El departamento donde vivimos en la calle de Musset, en la colonia Polanco, antes de que se convirtiera en un barrio de oficinas; el Liceo Franco Mexicano; el parque con una “isla” cerca de Periférico; y, una cuadra de casa, la iglesia de San Agustín, un edificio gris, enorme, un dinosaurio dormido, frío, solemne. Cada domingo vamos a misa en familia. Una iglesia inmensa, gris, de piedra negra, con picos a lo largo de las escaleras pesadas hechas de granito y de solemnidad secular.



¡Es una iglesia de ricos, no! De “gente bien”, educada, cumplidora. Años más adelante mis profesores de teología de la liberación me enseñarán en las clases de mis cursos de teología que son “oscurantistas”, de “cristiandad”, que no son el verdadero “Pueblo de Dios”, que no son verdaderos católicos, que hay que liberar al pueblo de la opresión de los burgueses... Pero yo tengo ocho años. No sé de esas cosas. Solo veo los rostros, las figuras de mis seres amados.

Figuras familiares que algún día no volvería a ver: ¡Mis padres, mis hermanos adolescentes que van a regañadientes! Memé, la abuela materna (Germaine Crest+), Doña Julia o “Mamande”, en ocasiones los primos, los tíos, de costumbre en los funerales.



Poca gente en misa: pequeños grupos, familias... Un padre de familia solemne, de traje y corbata. La mamá elegante, niños con cara de aburridos... Cantos en latín, voces apresuradas que escucho sin entender ¡Olvidé mi misa!! ¡Qué horror, seguro me van a regañar! Pero no pasa nada. La Misa está por terminar. ¡Me atrae el aire de certeza, de solidez! Este edificio, esta iglesia es sólida, inamovible, perenne. Aquí hay algo que es *cierto*. Aquí el tiempo no pasa. Aquí hay algo que me da seguridad. Pero ese Algo, ese Alguien aún no tiene

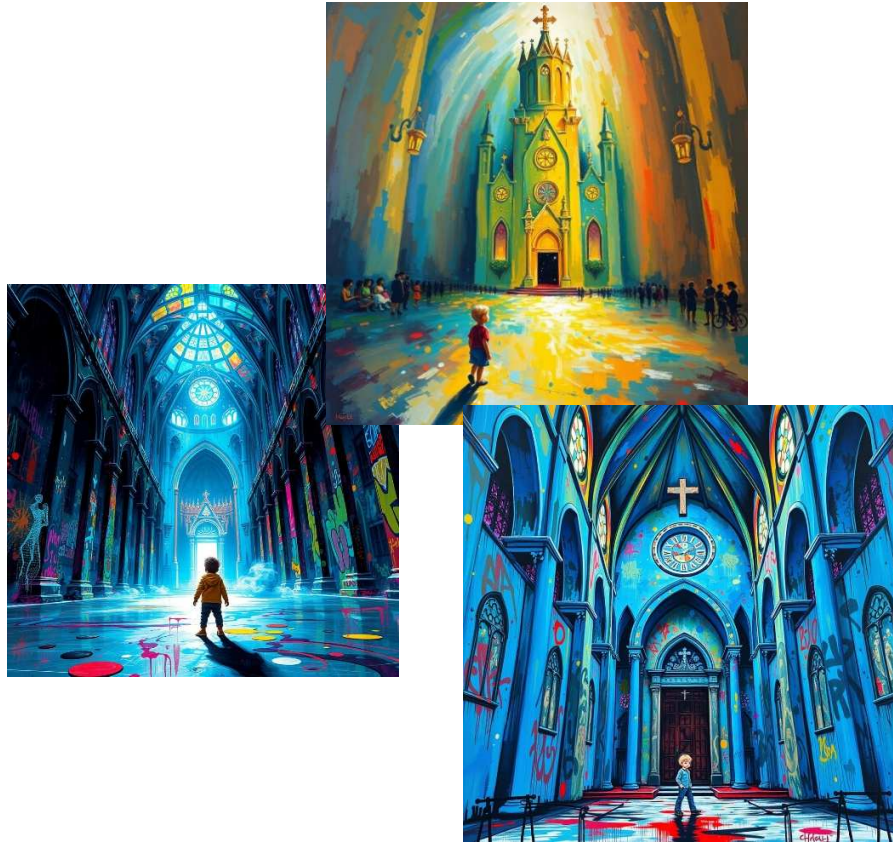
rostro. Tengo ocho años...

Cantos en latín, incienso, gente elegante, nada de ruidos, niños, aquí no se corre.

Después de misa, toca correr en el parque, comer un chicharrón o un helado, ¡cuidado al cruzar la calle!

El libro de oraciones, con fotos del sacerdote, siempre de espaldas. Un aire de solemnidad, de seriedad más bien, y sin embargo, se siente ya una Paz: hay un *por qué*, una razón para venir

a Misa. Se vislumbra un sentido, más allá de lo visible. Algún día comprenderé. Tengo solamente ocho años.





*Por el alma de Don Mauricio...*

## **MISA EN LA IGLESIA DE LA CANDELARIA DE TLACOTALPAN, VER.**

En teoría era un viaje de vacaciones. En realidad, para mí, fue un peregrinaje. Habíamos decidido los cuatro Maristas de la comunidad del CPP pasar juntos nuestras vacaciones de fin de año, así que nos trepamos a la combi y salimos para un hermoso viaje que nos llevaría a Veracruz, Alvarado, Oaxaca, Huatulco, Acapulco y regreso a la ciudad de México. Pero el punto más importante para mí era... Tlacotalpan, Veracruz.

Dicen que es el pueblo más hermoso de México, y no lo dudo. Tiene hermosas plazas, un quiosco, unas calles con portales. Pero mi mirada ve más allá de los arcos y las casas. Mi mirada se remonta hasta el siglo 19, hasta el año de 1849, cuando por azares del destino llega hasta aquí un joven polaco de nombre Mauricio Scheleske, quien había participado en la revolución por la independencia de su país y había sido exiliado a México. Un país que, por cierto, no existía. Polonia había sido dividida entre Prusia, Austria y Rusia (sí, lo de Ucrania no es la primera vez). Mauricio Scheleske es mi tatarabuelo.



Me detengo delante de la Iglesia de la Candelaria. Su alta figura, noble y serena, se levanta contra el azul del cielo. Su fachada y torres de un blanco profundo son ya una Presencia, una voz que habla sin palabras de un ideal: la Pureza, mejor aún, ¡la libertad! Libertad del cuerpo y del espíritu. Ser libres de cargas, de reproches, de pecados: la luz que emana de esta fachada nos recuerda que somos luz del mundo (Mt. 5,14)

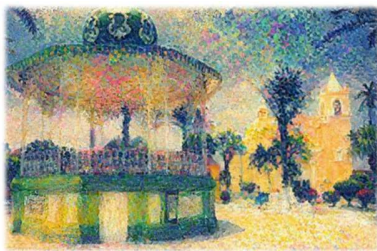
Recorro con la vista... y con el corazón... el antiguo templo. Hay poca gente. Me dejo envolver por la solemnidad del momento: un día, en 1849, por esta puerta entró Mauricio Scheleske, y ante este altar recibió el bautismo (era judío) antes de contraer matrimonio con Pilar Aguirre, oriunda de Tlacotalpan, Veracruz. En el piso de esta Iglesia se hunden las raíces de la familia Chauvet Contreras.

El párroco ha aceptado dejarme celebrar la misa de 7 de la mañana. La iglesia está casi llena. Me presento ante la gente como descendiente de “Don Mauricio”. Veo sonrisas en los rostros. Hay quienes han guardado el recuerdo, que conocen la tumba de aquel hombre venido de lejos.



Durante la consagración del pan y del vino, pienso en mis antepasados, los Scheleske, los Aguirre, los Contreras (mi segundo apellido) que entraron en esta iglesia innumerables veces: Aquí rezaron, cantaron, lloraron... su sangre corre por mis venas, sus oraciones corren por mis labios, los llevo en mí, se los presento a Jesús: esta es mi familia, mis seres queridos, estoy en ellos y ellos en mí. *“Acuérdate de nuestros hermanos que durmieron en la esperanza de la resurrección, y de todos los que han muerto en tu misericordia; admítelos a contemplar la luz de tu rostro”*: Te pido por los que han muerto, por lo que aún viven, por todos los que compartimos esta misma historia, nacida en la vida de un joven que dejó su país para venir a México.

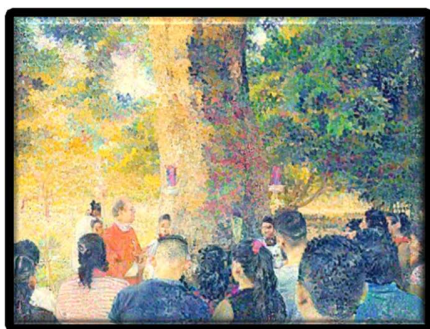
Más tarde visito el cementerio y encuentro la tumba de Don Mauricio. Fue un regalo de otro exiliado en Tlacotalpan, quien fuera buen amigo de Don Mauricio, el cual le ayudó a realizar su siguiente golpe de estado: don Porfirio Díaz. Está un poco descuidada, y me detengo a quitar el polvo y las hierbas. Es un deber filial el que busco realizar, es honrar la memoria de toda mi familia.



Otros vendrán a conocer Tlacotalpan. Festejarán la pamplonada en las calles del pueblo, probarán el chilpachole y los mariscos, recorrerán las calles tranquilas y admirarán la belleza de los portales. Yo Otros vendrán a Tlacotalpan, atraídos por su belleza y su alegría. Yo, en cambio, he regresado a casa. Aquí, donde mis raíces se hunden en la tierra y en el tiempo, encuentro el sentido de mi propia historia.

Aquí, de donde salió hace muchos años mi abuelo materno, Diódoro Contreras, hacia Francia, donde conoció a mi abuela, Germaine Crest, para escribir su propia historia. Y doy gracias a Dios, porque ahora puedo yo también escribir mi historia, porque puedo yo también ser parte de algo que me rebasa.





*Un pueblo dividido, enemigo de sí mismo*  
**MISA Y MISIÓN EN PAREDÓN, CHIAPAS**

Este año he decidido pasar Semana Santa en la comunidad de Paredón, Chiapas, donde trabajan las Hermanas Misioneras del Espíritu Santo, congregación fundada por el Venerable Padre Félix Rougier, antiguo Misionero Marista. Las conocí cuando trabajé en la Sierra Norte de Puebla.

Serán para mí días fabulosos, con gente muy cálida, muy amable y sobre todo muy comprometida con su Iglesia y con la evangelización.

Al principio me miran con un poco de recelo: ¿Y este güero, a qué viene? ¿No tiene su propia parroquia? Pues no, no la “tengo”, en el sentido de estar incorporado al trabajo de la parroquia donde vivo. Quiero verlo como una oportunidad de servir a otros, en las “periferias”, antes de que se volviera una expresión de moda más que de compromiso.

Me presento como padre misionero, pero siento un cierto vacío al pensar que no es sabido desarrollar un plan pastoral con mis hermanos en la Ciudad de México. Pero ya estoy aquí, así que ¡a trabajar! Al mismo tiempo que agradezco esta oportunidad en mi vida sacerdotal de vivir unos días como misionero, ese vacío me habita durante todos estos días. ¿En qué he fallado? ¿Por qué no logro realmente trabajar en equipo? Siento una herida, incluso un pecado de mi parte: No soy todo lo que creo ser...



Descubro otro rostro de México. La costa, el México tropical, una región que se enriqueció enormemente con el camarón, pero la mala gestión terminó con la riqueza natural. Hay casas enormes, lujosas, pero vacías. Todo se perdió...

Una tragedia marca esta Semana Santa: Unos jóvenes salieron a pescar, y no han regresado. Los sorprendió una tormenta inesperada... o quizás no escucharon a sus mayores que los advirtieron del peligro. Se siente la tensión y la tristeza.

El padre me pide que trabaje en varias capillas, así que tengo la oportunidad de conocer a mucha gente. Se ve que hay un plan pastoral. Misioneros, monaguillos, catequistas: varios cientos de católicos comprometidos responden “presente” al llamado del párroco. ¡Qué padre!

En poco tiempo descubro las profundas heridas de la comunidad, causadas por la presencia de tantas sectas, iglesias independientes, con pastores autonbrados. Divisiones incluso en

las familias, donde algunos miembros han cambiado de Iglesia y se miran con recelo, si no es que con odio.



Sin embargo, quedo sobre todo impresionado por la alegría, la fe, la generosidad de toda esta gente. Me reciben con gran cariño: “¡ha venido un padrecito nuevo a visitarnos! “Los monaguillos sobre todo me rodean con sus sonrisas y sus ganas de aprender. Termino cada Misa cansado, pero también lleno de energía, lleno de energía espiritual, lleno de ganas de renovar mi sacerdocio sirviendo a esta

gente.

La Vigilia Pascual es algo impresionante: El párroco ha reunido a todas las comunidades en la ciudad de Paredón, ha querido mostrar a todos la vitalidad y la fuerza de la comunidad católica. Es un padre aún joven, pero su salud no es buena. La gente lo quiere mucho y lo rodea de cuidados.

Más que nada, más que en muchos otros lugares, me siento en casa: esta es mi familia, mi Iglesia católica, mis hermanos y hermanas, mi padre y mi madre.



Pero esta vez, al regresar a casa, estoy triste: es un pueblo dividido, enemigo de sí mismo, con profundas heridas causadas por la religión. Sé que las divisiones continuarán, que habrá más familias heridas, divididas... Me siento impotente, desarmado... ” ¿Cuándo te apiadarás de Tu pueblo, Señor?”





*“No entendiste nada, ¿verdad?”*

## **MISA DE MISIONES EN LA SIERRA NORTE DE PUEBLA: EL MATRIMONIO DE MAYORDOMOS**

Esa primera Semana Santa de misiones en la Sierra Norte de Puebla en 1993 estuvo marcado por tantos acontecimientos que dejaron huella en mi vida.

Era el miércoles Santo por la tarde. Un momento algo tranquilo, de descanso, en espera de la avalancha que empezaría con la ceremonia del jueves Santo. Pero por ahora estamos descansando un rato, o por lo menos eso creía yo.

La hermana Diana se me acerca con algo de timidez. “Disculpa, Padre, están unas personas que desean hablar contigo, creo que es para una misa.”

El sacerdote joven y lleno de entusiasmo que soy (o era), se levanta rápidamente y va a hablar con estas personas. Es un pequeño grupo que ha venido del pueblo de..., ya han caminado más de hora y media para venir a buscarme

- “Padrecito, queríamos ver si nos podía celebrar una misa ...
- ¿Claro que sí, para cuándo la quieren?
- ¡Pues ya ahorita padrecito, la gente ya está esperando!

Ah caray, pienso yo, ¡pues vamos!

- ¿Queda muy lejos?
- No padrecito, aquí cerquita, nosotros lo acompañamos.”



La caminata de hora y media no se me hace pesada, la hermana Diana también nos acompaña. Pienso en la gente que ya está esperando y caminamos rápido. Por fin llegamos a una pequeña capilla humilde, en medio de un caserío. La capilla ya está llena. Es realmente pequeña, quizás la más pequeña de toda la parroquia. No tiene sacristía, así que me revisto de los ornamentos en la entrada.



Unas 50 personas llenan toda la capilla. Me cuesta trabajo llegar hasta el altar. Las paredes están cubiertas de imágenes de santos y de flores, de ofrendas y de copal, y me siento totalmente sumergido en un mundo mágico, un Mundo de Fe, de dolor, de esperanza, un mundo de pobreza también, tanto material como espiritual, un mundo que aún desconozco...

A medida que atravieso la capilla, voy pensando en la homilía que les voy a dar. Después de todo, soy joven, soy inteligente, soy “leído y escrito”, ¡y he venido de la gran ciudad para predicarles el evangelio! ¡Caray, qué suerte tiene esta gente que haya venido

yo hasta aquí! ¡Tengo tantas cosas que decirles, que enseñarles! ¡Quiero hacerlo bien, quiero impresionarlos! (¡Sí, ya sé qué estás pensando, querido lector!)

La sorpresa que me espera...



Por fin llego hasta el altar, una sencilla mesa cubierta de un mantel, y a levantar la mirada hacia el pueblo, cuál es mi sorpresa al ver que, justo enfrente de mí, a menos de medio metro, tapando toda la vista, se ha colocado un matrimonio, un hombre y una mujer, que están sosteniendo la imagen de un santo, y me miran con ojos profundos, oscuros, llenos de miedo mezclado con esperanza, casi no se atreven a mirarme y mucho menos a sonreír o decir algo.

La hermana Diana se ha quedado al fondo y estoy ahí solito, mirando a este matrimonio y a toda la gente reunida. No sé bien qué hacer porque su presencia me estorba, me impide ver a los demás, no entiendo por qué están ahí parados con la imagen de un santo, ¿qué les pasa? ¿A quién se le ocurre?!?



Solo alcanzo a decir unas palabras de agradecimiento, y los invito a sentarse con los demás. Ambos me sonríen... ¡Y no se mueven! Insisto amablemente, pero no sucede nada y comprendo que no se van a mover, así que empiezo la misa, un poco molesto, no alcanzo a decir todas las maravillas que pensaba decir, ¡y por supuesto nadie comulga! Solamente escuchan en silencio la misa que me apresuro por terminar.

Al acabar la misa, compartimos un pancito y un cafecito con la gente, pero tengo prisa por regresar. La caminata es larga, tengo otra misa, y no pude decir nada de lo que había yo preparado. Me siento un poco frustrado: ¡Tenía tantas cosas que decir! Lo vivo con una oportunidad desperdiciada.

En el camino de regreso, Diana se me acerca:

- "¿Pasa algo, Padre? ¿Estás molesto por algo?"
- Pues la verdad sí, le digo, yo quería dar un excelente sermón, que ya tenía preparado, no pude decir nada, siento que hemos perdido el tiempo...
- No entendiste nada, ¿verdad? Me dice Diana con una sonrisa.

No entendí nada... ¿De qué? No entiendo.

Diana me sonrío con paciencia, como una mamá que tiene que explicarle algo a su hijo.

- Mira, Padre, sucede lo siguiente: Ese matrimonio que estaba delante de ti, si te sabes sus nombres, ¿verdad?

ups! No tengo ni idea de cómo se llaman.

- La verdad...  
- Está bien, no te preocupes. Sucede lo siguiente: Ellos son Roberto y Eustolia. Nadie los conoce. Nadie los toma en cuenta. Son solamente dos campesinos que trabajan la tierra, no cuentan para nada, no son nadie ni siquiera en su comunidad. Su vida es una vida normal, común y corriente, que finalmente a nadie le importa.



Excepto hoy. Hoy son LOS mayordomos de la fiesta. Han aceptado la responsabilidad de organizar la misa y de conseguir un padrecito. Hoy se han convertido en DON Roberto y DOÑA Eustolia. Hoy han ocupado un cargo de un lugar especial en el servicio de su comunidad. Y consiguieron que vinieron padrecito desde la Ciudad de México! Hoy todo

mundo los saluda y les agradece. Sé que no te diste cuenta, pero el hecho de que tú vinieras, que respondieras a su invitación, es mucho más importante que cualquier homilía o enseñanza que les pudieras dar.

Tengo ganas de llorar. Se me cae la cara de vergüenza. Todo este tiempo, todos estos días de misión, he estado pensando que lo importante soy yo, lo que yo les diga, lo que yo les enseñe, porque he venido a enseñar y ellos están aquí para aprender.

No sé ni dónde esconderme. Me detengo a mirar a mi alrededor y creo que por primera vez veo a la gente que me acompaña. Veo unos rostros, unos cuerpos cansados, mal vestidos, pero que no dudan encaminar tres horas para traer al padrecito.

Me volteo a ver el caserío y la capilla que han quedado atrás. Los veo por primera vez. Sí, esa humilde capilla es el lugar donde Cristo Nuestro Señor les devolvió algo de su dignidad a Roberto, a Eustolia y a toda esa comunidad. Y lo hace cada día, en cada iglesia, capilla, templo. Quiero pensar que ese es todo el significado del Bautismo. Ingresar a la Iglesia de Dios, no como un ser anónimo e inútil, sino como un hijo, como una hija de Dios, llamado por su nombre, llamado a ocupar un lugar de honor, un cargo, una responsabilidad, llamado a servir y alabar a Dios.

Tengo tanto que aprender...





*"¿Ahora sí puede venir, verdad padrecito?"*

## **MISA Y VISITA DE ENFERMOS EN SAN JOSÉ DE TICOMAN**

Este es el relato de una misa y de la visita a un enfermo que hice hace más de 40 años. A pesar del tiempo que ha pasado, la recuerdo como si fuera ayer. De alguna manera, es un evento que me habita, que ocupa un gran espacio en mi corazón. Momentos en que experimenté la trágica fragilidad del ser humano y mi propia impotencia.

Septiembre de 1984. Acabo de ser nombrado como Vicario en el centro Politécnico de proyección. Herrasti y un servidor compartimos un pequeño departamento en la unidad Juan de Dios Batis, en la colonia Lindavista.

Pedro insiste en que celebremos cada uno nuestra misa diaria, y por eso se pone de acuerdo con el párroco de Ticomán para que atendamos la pequeña capilla de San José de Ticomán con la misa diaria a las 7 de la mañana. Nos vamos turnando cada semana, misa en la mañana en San José y misa en la tarde en el cpp.

Una capilla pequeñísima, al lado de una bodega de materiales de construcción, justo a la entrada de una pequeña ciudad perdida de una sola calle. El joven burgués de Polanco que soy está a punto de descubrir otro mundo.

Viene poca gente a la misa. Es un barrio paupérrimo, sin drenaje, sin luz excepto por los cientos de cables colgados de un poste, sin agua, un hacinamiento de mugre y pobreza donde la gente más pobre que he conocido vive en condiciones terribles. Pero eso yo aún no lo sé. Y pasarán varias semanas antes de que me dé cuenta de que la poca gente que viene a misa vive en condiciones infrahumanas. Pero todo está a punto de cambiar.

Aquel día, al, se me acerca una señora. Me habla con timidez, con miedo: "padrecito, si no es mucha molestia, no sé si usted podría venir a ver a mi marido, que está enfermo, aquí en el callejón."

Joven sacerdote recién salido del seminario, pienso enseguida en llevarle la comunión, en los santos óleos. Pero en la capilla no hay nada-

- no se preocupe, padrecito, es solo para confesarlo, para hablar con él.

- Claro que sí, señora, ¡vamos! Usted es Doña Catalina, ¿verdad? me dice dónde es.

En esa mañana es frío de invierno, nos adentramos en un mundo de miseria. No hay mucho que caminar, es solamente una calle larga, con pequeñas casas de hormigón y cartón de cada lado. Llegamos a una casa prácticamente en ruinas y la señora me lleva un cuarto donde



yace moribundo su esposo. Siento náusea, apenas aguanto el olor: A mugre, a alcohol, a pobreza, abandono y a dolor.



- Viejo, mira, ya vino El padrecito, ya puedes hablar con él.

- cómo se llama su marido, señora?

- Ambrosio, padrecito.

- Don Ambrosio, buenos días, soy el padre Francisco, he venido a saludarlo y platicar con usted.

No me contesta.

- don Ambrosio, ¿cómo está usted? Mire, vengo a platicar, a ver cómo está.

Un gruñido, un gesto, el señor Ambrosio parece despertar. El olor alcohol es insoportable.

Tardo en comprender, tardo en aceptar que no está enfermo, está perdidamente borracho.

- sí, padrecito, sí...

- don Ambrosio, ¿cómo se siente, quiere platicar, quiere confesarse?

No sé bien qué decirle, me siento desubicado, impotente. ¿Qué hago? ¿Lo regaño? ¿Lo consuelo?

- sí. Padrecito, mire padrecito, yo... Mire... yo...

Pienso solo en la confesión, en la necesidad de perdón, de Gracia, de sanación que Don Ambrosio necesita. Pero sé dónde cada vez más en su pesadilla de alcohol y de pobreza. No responde sino por gruñidos.

- pero mire Don Ambrosio, lo puedo confesar, si se arrepiente de todo, mañana le traigo a nuestro señor, mañana viene Jesús a visitarlo...

- sí padrecito. Sí. Sí me arre...

No termina su frase. Que hay nuevamente en su letargo, en su coma. Con palabras entrecortadas le doy la solución: " que Dios Todopoderoso, y que reconcilió el mundo consigo por la muerte y resurrección de su hijo....

Pero esas palabras nadie las escucha. Ni siquiera la esposa, en un rincón, llorando. Me despido sin despedirme.

- mañana vengo de nuevo señora, mañana les traigo la comunión si usted quiere.

Sí padrecito, gracias, lo veo en misa y lo traigo.

Pero ya no será necesario. Ya es demasiado tarde. Al llegar a la iglesia a la mañana siguiente, lo primero que veo es el féretro de dámelos, entre cuatro sirios, en medio de la capilla. Su esposa está ahí, inconsolable. Le doy un abrazo. Celebro la misa buscando en toda mi ciencia teológica unas palabras para consolarla. Pero este es mi primera misa de difuntos y no quiero solamente repetir palabras amables y vacías. Unos vecinos se lo llevan al panteón de Nuestra Señora de la Asunción a unos pocos kilómetros

- Padrecito, quería ver si usted puede venir a bendecir la casa, doña Catalina ha regresado a misa el día siguiente. Por su tono de voz, adivino que esta no es una petición cualquiera. Siento la urgencia, la importancia de lo que está pidiendo.

- claro que sí, doña Catalina. ¿Vamos en cuanto termine la misa, le parece?



Regresamos al mismo cuarto, donde la cama vacía ocupa todo el lugar.

Tomo unos momentos para recorrer con la vista al lugar donde murió Don Ambrosio.

- Oiga, Doña Catalina, ¿y por qué no habían bendecido la casa? Ya llevan mucho tiempo viviendo aquí, ¿no?

- Por mire Usted, Padrecito, el padrecito anterior, sí le pedí, pero él me dijo que mientras mi marido siguiera aquí de borracho, él no iba a venir. Y pues, ahora mi marido ya no está, ¿así que... ¿ahora sí puede venir, verdad, Padrecito?" ¿Usted sí puede bendecir la casa, verdad, Padrecito? ¿Ya no hay problema?

Así es, ya no hay problema...

Noto en la pared retrato de dos jóvenes.

- son sus hijos? Dígalos que vengan, para que esté toda la familia, para bendecirlos también.

Doña Catalina se echa a llorar.

- no padrecito, mis hijos ya murieron hace mucho.
- ah caray! Cuánto lo siento. ¿De qué murieron?
- pues igual que su papá, de alcohol padrecito, se iban a tomar los tres juntos, y un día mis hijos no regresaron...



Y doña Catalina llora. Lloro a los hijos alcohólicos, y llora al marido borracho, llora por los hijos y el hombre que ella amó. Porque si algo me queda claro en este día es que esta mujer amó a su marido. Tal vez lo amó demasiado. Yo, en cambio, siento rencor contra él, porque siento que él mató a sus hijos...

Y salgo de ahí furioso, enojado. Contra él, por borracho, por irresponsable, ¿por pobre? Enojado contra ella, contra Doña Catalina, porque solo veo en ella una mujer agachada y débil... Contra los hijos, contra la sociedad, que tolera este tipo de situaciones en su mismo corazón. Y contra mí mismo. Porque lo único que ha logrado en estas horas, es juzgar a todos, es reprocharle sus faltas, su debilidad, su pobreza, solamente sé hallar a los culpables de los peores pecados, de los peores egoísmos...

Tardaré mucho tiempo, años quizás, en comprender que el rol de sacerdote no es juzgar a los demás para perdonarlos en una confesión más o menos correcta, sino que es el de amarlos, perdonarlos incondicionalmente, y como Jesús, aliviar las penas y los dolores de quienes me rodean. Quizás en vez de estar criticando, de estar juzgando, tengo algo que aprender de mis hermanos más pobres. Aún hoy, en ocasiones me pregunto si he logrado entenderlo...





*El silencio que canta...*

## MISA DE SORDOMUDOS EN PARÍS

Es mi último año en París, la Ciudad-Luz, ciudad también de luces y sombras, de música y ecos, de belleza y de arte, ciudad multiforme y (des)humanizada. Me embarqué en un peregrinaje personal, una búsqueda dominical de comunidades y liturgias que me hablaran de una manera nueva de Dios y del hombre. Pude, a lo largo de este año, asistir a misa en la Iglesia católica de Armenia, en la Iglesia Maronita de Nuestra Señora del Líbano, en Nuestra Señora del Trabajo, construida por y para los obreros que construyeron la torre Eiffel., y muchas más...

Aquel domingo, llego a la Iglesia de San Eustache, pues me he enterado que hay una misa para los sordomudos. La curiosidad, sí, pero también el deseo de conocer y orar con personas heridas por la vida me impulsa a ir a aquella misa. En apariencia todo es como otras misas: gente en la entrada, saludándose, buscando un lugar el coro que entra por la sacristía y se instala al frente. Todo mundo se pone de pie para el canto de entrada y la entrada del sacerdote celebrante.

Junto al sacerdote, una mujer se pone de pie e interpreta en lenguaje de signos las palabras del celebrante. Lo hace con fuerza, con alegría, mi mirada va más hacia ella que al celebrante.

De pronto me doy cuenta que hay dos coros! Para el Gloria, se ha puesto de pie un segundo coro, y la imagen que veo está aún grabada en mi alma.

Este coro comenzó a "cantar". No con voces, sino con sus manos. Sus brazos se levantan, sus manos se mueven en una danza hermosa y conmovedora, un lenguaje de gestos, un himno silencioso que expresaba la alegría y la devoción con una intensidad que nunca había visto, un canto que se escucha con los oídos del corazón.

Estoy cautivado por esas manos que se mueven en el aire como si tejiesen un hermoso tapiz hecho de oración. Sus dedos juegan con una madeja invisible, dibujando en el espacio la danza sagrada de los ángeles, y aunque no alcanzaba yo a ver sus rostros, podía adivinar la alegría que brillaba en sus ojos, una alegría nacida de la certeza de ser escuchados por un Padre que no necesita de sonidos para entender el lenguaje del corazón humano.

Su alegría era contagiosa, una celebración de la vida, a pesar de enormes dificultades, una vida llena de fe y esperanza a pesar de todo.



El sacerdote, aprendiz humilde de este otro lenguaje, oficia con una reverencia especial, con paciencia, consciente quizás de estar más cerca del misterio en este ritual donde las palabras ceden su lugar a los gestos.

Me acerco al coro al momento del signo de la Paz. Quiero tocar esas manos. Quiero ver esos rostros. Pero no lo consigo. Están demasiado lejos y la misa continua. y la fe que me hizo cuestionar la superficialidad de mis propias liturgias.

¿No es acaso este el verdadero lenguaje de la fe? ¿No habla Dios en el silencio del corazón, en ese espacio íntimo donde las palabras se revelan insuficientes? Finalmente, ¿qué es la oración? ¿Qué significa hablar con Dios y amarlo?



Me pregunté si yo, en sus circunstancias, sería capaz de cantar al Señor con tanta alegría y entrega. La pregunta me dejó un vacío enorme, una duda sobre la autenticidad de mis propias alabanzas.

Al salir de la iglesia con el alma sacudida, como si esas manos que cantaban me hubieran tocado el corazón, me invaden mil preguntas:

¿Y si yo fuera sordo? ¿O ciego? ¿Si fuera sordomudo? ¿Le daría gracias a Dios? ¿Vendría yo a misa a cantarle? ¿Sería sacerdote? Me

quejo de cualquier dificultad, de cualquier problema. y ellos. le cantan a Dios!

Me pregunto (lo sé, todas las comparaciones son odiosas) si mis misas, mis liturgias, incluso mis oraciones, mi vida entera eran realmente aceptables a Dios. ¿Acaso mi oración era “silencio”, silencio escuchado por Dios? ¿No eran más bien mis oraciones palabras sin sentido, vacías, repetidas una y otra vez sin realmente pensar, sin realmente orar?

¿No era, en aquella iglesia, ese canto de esas almas heridas por la vida, ese canto con las manos y con el corazón la más bella de las oraciones? Aquel domingo en París, aprendí que algo en mí tenía que cambiar, que la fe no necesita tanto de palabras para expresarse como de acciones, de manos que se pongan al servicio de los demás, que el amor a Dios se manifiesta en mil idiomas en el mundo entero, pero que el silencio, muchas veces, es la más profunda y la más eficaz de las oraciones.



### **Segunda Parte**

En 2004 se realiza en México un encuentro de la Pastoral Católica con Sordomudos. Un padre Jesuita pasa a dar su testimonio. Lo acompaña su intérprete de lenguaje de signos. Nos cuenta como tuvo que luchar contra todo y contra todos. No lo querían ordenar. “pero ¿cómo va a decir las palabras de la misa?” Su lucha ha sido titánica.

Hay otros como él: El Padre Joseph Thermadom, de la congregación de la Santa Cruz es el al primer sacerdote sordomudo ordenado en la India; el Padre Benedict Park Min-Seo, primer sacerdote sordomudo de Asia, ordenado en Corea del Sur en 2007; el Padre Cyril Axelrod, sacerdote redentorista que nació sordo y que perdió la vista debido al síndrome de Usher. Y la lista sigue... Oremos con ellos y por ellos.





*-Oiga, Padrecito, y ¿hace falta que vayan vestidos de blanco?*

## **MISA DE PRIMERAS COMUNIONES EN LA COLONIA FELIPE ÁNGELES**

Ticomán, año de 1993. Acabo de ser nombrado vicario en la parroquia de la Asunción de Ticomán, una inmensa ciudad perdida con 80,000 habitantes en la Gustavo A. Madero: dos Iglesias principales, siete capillas, un número infinito de misas, bodas, 3 años, quinceañeras. Los cuatro sacerdotes presentes apenas nos damos abasto. Es un trabajo intenso, exigente, pero a la vez lleno de alegrías y de momentos muy emotivos.

Ha venido una señora a pedir que un sacerdote visite a un enfermo. Acompañamos un seminarista y yo a la señora, y llegamos a una entrada que en un primer momento pienso ser la de una casa. Cuál es mi sorpresa a ver que hay todo un pequeño barrio atrás de esa puerta. Una especie de patio inmenso, lleno de lodo, basura, excrementos de perros, y unos 20 o 30 cuartos hechos de cartón y madera, medio caídos, donde esta pobre gente se amontona en condiciones infrahumanas.

Después de atender a los enfermos, porque son varios, me pongo a platicar con las señoras que están ahí: "Pues aquí vivimos, padrecito, le pagamos renta a los encargados, mire son esos jóvenes que están ahí."

Se me acercan tres jóvenes, sucios, con actitud agresiva, y me rodean como no dejándome salida. "Pues nosotros somos los encargados de aquí, somos estudiantes del politécnico," como diciendo " aquí mandamos nosotros, así que ni se moleste padrecito,"



"Pues me parece muy bien, ¿qué bueno que ustedes pueden hacer algo por sus hermanos, y veo que hay muchos niños por aquí, no es así? Hay que ir pensando en prepararlos a la primera comunión.

- pues vamos a ver, padrecito, pero no creo que la gente quiera. Venga la semana que entra y platicamos.

- Si esos son estudiantes del politécnico, yo soy astronauta chino, me dice Ricardo el seminarista. Esto está muy raro. No me gusta nada.

- Tienes razón, se ve que están explotando esta gente. Vamos a entrar ahí con Dios por delante.

Regreso una semana después. Los tres "estudiantes" me están esperando con los brazos cruzados. Atrás de ellos se arremolina en varias señoras.

- Pues ya lo platicamos, padrecito, y La respuesta es no. No nos interesa que hagan la primera comunión. Todas las señoras están de acuerdo.

- Pues muy bien, le contesto, muchas gracias y adiós.

Y me doy la vuelta y me alejo caminando, sin alegar ni discutir. No era la reacción que esperaban. Afortunadamente he aprendido a caminar lentamente, y eso les da tiempo a las señoras a reaccionar.

- Espere, Padrecito, no se vaya, nosotras sí queremos.

Me detengo y doy media vuelta.

- A ver, Señora, dígame usted.

- Sí, Padrecito, ellos no quieren que nadie venga, pero nosotros queremos que los niños hagan la primera comunión. Así que cómo le hacemos.

Y ese fue su primer acto de rebeldía, de independencia, de afirmación: "nosotras sí queremos". Tres palabras que me llegan al corazón, llenas de contenido, de afirmación de sí mismas, de voluntad, de hacer algo por sus niños. Tres palabras que valen todos los manifiestos (comunistas o no), todos los discursos, todas las plataformas políticas: "nosotras sí queremos".

Rápidamente nos ponemos de acuerdo. Vendrán unas catequistas el sábado. La preparación dura varios meses. Voy cuando puedo para ver que no haya problemas. Me reúno también con los padres de familia. Poco a poco el proyecto va tomando forma.

- Pues Usted dirá, Padrecito, qué fecha le ponemos a la misita...

Fijamos una fecha.

- Oiga, Padrecito, y ¿hace falta que vayan vestidos de blanco?

- No, Señora, no es necesario, por favor no vayan a gastar mucho en la ropa de los niños, ¡no hace falta!

Silencio. Miradas apenadas.

- Está bien, Padrecito.



Pero me doy cuenta que "ya la regué". Y la voy a regar muchas veces a lo largo de mi vida sacerdotal. Diciéndole a la gente, sobre todo a los más pobres que yo, que no gasten su dinero, que no decidan ellos, que yo sé más que ellos. No me doy cuenta que con mi actitud los estoy humillando, negándoles el poder de decidir y de gobernar sus vidas. Empiezo a

darme cuenta que los veo como “pobres”, y no como personas. Debo cambiar mi mirada. Debo aprender a ver a las personas y no su condición socio-económica.

Quedamos que la misa será ahí mismo, en la Colonia Felipe Ángeles, para que todo mundo pueda asistir. Cuando llego, ya todo está listo. Han barrido y limpiado el patio, y puesto un pequeño altar en el centro. Y me reciben los niños. Mis niños- vestidos como Ángeles, de blanco, hermosos, con unos rostros que reflejan alegría, ansiedad, timidez, pero conscientes que están viviendo un momento importante, que quizás recordarán el resto de sus vidas. Y comulgan como niños, nacidos y crecidos en un tugurio, en una ciudad perdida, con sus zapatos limpios hundidos en el lodo y la mugre que los rodea cada día. Las mamás no comulgan. No están casadas por la iglesia, no se han confesado, saben que no pueden, que las reglas no lo permiten, que no pueden en este día compartir el pan de vida con sus niños...



Lloro con ellas con lágrimas ocultas.

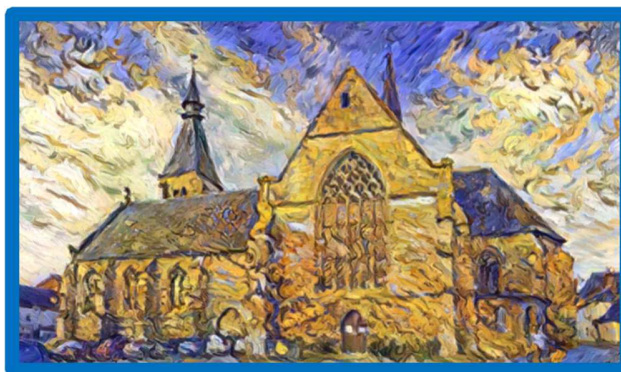
Hay pocos papás. No se atreven a acercarse. En el momento del signo de La Paz, me acerco y saludo a cada uno de ellos, después de haber abrazado a sus hijos.

Y por supuesto, hay molito, arroz, frijolitos, hay un aire de fiesta que parece alejar la tristeza de la vida diaria. Por unas cuantas horas hemos estado todos en el cielo.

Tengo que salir de prisa porque tengo otra misa. Y así será durante 4 años. Corriendo de un lado a otro. Tratando de atender a las decenas de miles de habitantes de una de las ciudades perdidas más espantosas de México. Sin tiempo suficiente, sin fuerzas suficientes...

**Han pasado treinta y cinco años...** ¿Qué queda de todo esto? ¿Qué fue de esos niños, de sus madres, de los “estudiantes”? Nuestras vidas se cruzan y luego se separan. Aún llevo en mi alma (y en mis oraciones) las huellas que todas estas personas dejaron. Seguirán ahí por mucho tiempo, con la duda. ¿Pude haber hecho más? Porque... ¿Qué hice realmente? No barrí el patio, no puse el altar, no mejoré sus condiciones de vida, no les ofrecí trabajo, ni servicios de salud o de formación profesional. No les di ayuda psicológica. Lo único que logré fue que, ese día, Cristo bajara y por qué no, transformara algunos corazones. Incluyendo el mío. La tarea sigue. Hay tareas que son mías y hay tareas que son de otros, de los laicos. Será siempre será necesario que Cristo siga bajando a los tugurios y barrios perdidos de nuestras ciudades y nuestros campos.





*“Por la familia Chauvet...”*

## **MISA EN EL PUEBLO DE MI BISABUELO: ETRÉPAGNY, FRANCIA**

Etrépagny, Normandía, Francia, febrero del 2000

Me encuentro nuevamente en la tierra natal de mis padres, en esta ocasión vine a trabajar a las Islas anglo-normandas, y paso unos días en París. Pero en esta ocasión he decidido realizar una peregrinación muy especial.

Etrépagny: Cuántas veces he escuchado el nombre de este pequeño pueblo de Normandía, la tierra ancestral, el lugar de origen de la familia Chauvet. En muchas ocasiones mi padre y mis tíos hablaban del pueblo de donde salió un día mi bisabuelo, Maxime Chauvet, soldado en las tropas de Napoleón III, un Zuavo para ser más precisos, y que llegó a México con las tropas de Maximiliano. Al parecer conoció a una linda morenita, y decidió quedarse en México, fundando así la familia Chauvet. Más tarde, mi bisabuelo regresaría a Francia para pelear en la guerra franco-prusiana de 1870, para finalmente regresar a México y morir aquí. Años más tarde, mi abuelo se presentó como voluntario para pelear en la Primera Guerra Mundial. Y años más tarde, mi padre y mis tíos viajaron a Europa en 1940 para pelear contra el ejército nazi de Hitler,



Recuerdo que en la familia se hablaba siempre con una especie de respeto, de cariño, de añoranza por un pueblo que nadie Realmente conocía, el pueblo de Etrépagny, donde nuestra familia Un día raíces profundas en el rico suelo normando. Y recuerdo que, al escuchar estos relatos de la familia, prometí que un día yo regresaría al pueblo ancestral.

Y por fin lo he logrado. En este último año del milenio, tengo finalmente el tiempo para ir a conocer la tierra de mis ancestros. Después de un viaje de una hora en tren, tomo un taxi en el pueblo de.... Y finalmente llego a este lugar sagrado. Tengo en mente un objetivo muy claro: Celebrar misa en la iglesia del pueblo, celebrarla por todos mis antepasados que en esta iglesia fueron bautizados, se casaron, asistieron muchas veces a misa, se confesaron, asistieron a funerales... Nunca sabré qué pensamientos habitaban sus corazones, no sé si eran

buenos católicos, o solamente cumplían, puedo imaginar que como tanta gente que conozco, amaron, sufrieron, perdieron a seres queridos, vieron llegar a otros, trabajaron esta tierra generosa bajo la mirada de Dios. No lo sé, y no me toca saberlo. Me toca a mí ahora celebrar la Eucaristía, es decir, dar gracias, por ellos, por mi familia, por mis antepasados, cuya sangre corre por mis venas y cuyo apellido llegó con orgullo. Estoy pisando Tierra Sagrada.

Llego a la iglesia justo cuando se abre la puerta de la casa parroquial. Un padre simpático, de sonrisa agradable me mira con extrañeza:

- buenos días, le puedo ayudar en algo?

- sí, padre, precisamente venía yo a buscarlo.

- qué se le ofrece?

. Pues mire usted padre, esto quizás le va a parecer extraño, ¡pero vengo en peregrinación!

Su rostro se ilumina cuando le explico quién soy, de dónde vengo, porque he venido: Para mí este gesto es muy importante, no tengo gran cosa, pero sí Quiero rezar por toda mi familia.

Me sonrío muy amablemente, pero me explica que hay un problema: Precisamente voy saliendo, voy a estar ausente un par de días, así que... Ahí le dejo la llave (!), ¡por favor cierra usted todo cuando termine y le deseo lo mejor!

¡No lo puedo creer! ¡Me deja las llaves con una plena confianza y se va!



Estoy solo en la iglesia, ante el altar... No hay nadie, solo Cristo y yo... Y mi familia... Mis tatarabuelos, mis tíos bisabuelos, parientes lejanos y cercanos a la vez (más tarde me entero que ya no queda ningún Chauvet en el pueblo, bueno quizás en el cementerio).

Y celebro la misa: Por ellos, mis padres, mis tíos, mis primos, todos los que, algún día, vinieron a este altar, a esta iglesia, para acercarse a Dios, para recibir su gracia. Hoy me toca a mí, un lejano Chauvet nacido a miles de kilómetros, que tiene su propia patria, pero que con un corazón agradecido ruega a Dios por todos los Chauvet, vivos y difuntos.

Días más tarde tomo el avión de regreso a México. Regreso a mi familia, a mi patria, a mi parroquia, pero no me despido de mi familia de Francia. ¡Nos vemos allá arriba!





*“Usted no debería estar aquí...”*

### **LE SANBUY, FRANCIA, DOMINGO DE RAMOS DE 2015.**

Me encuentro en Francia realizando mi "segundo noviciado" o "renovación coliniana" como le llaman ahora, un periodo de descanso, estudio, renovación en la vida religiosa marista.

Cosa extraña, para la Semana Santa no han previsto nada especial, así que, con mi colega y amigo italiano, el padre Emanuele di Mare, decido ir al sur de Francia a visitar a unos amigos míos, Alex y Natasha, que conocí en México.

Un viaje de un par de horas nos lleva hasta Le Sanbuy, el pequeño pueblo provincial donde viven. Sé que no van mucho a misa, pero les he pedido que me contacten con el señor cura del pueblo para acompañarlo durante la misa de domingo de Ramos. Así que el día siguiente nos encontramos Emanuele y yo, ante la pequeña iglesia del pueblo y nos presentamos ante el señor cura.



Poco tiempo después vamos al lugar donde inicia la procesión de este domingo de Ramos inolvidable. En un pequeño claro del bosque, rodeados por un paisaje maravilloso, lleno de esa luz de Provenza y ese bosque de pinos, pero rodeado sobre todo por la gente que ha venido, gente sencilla, campesinos, trabajadores, vestidos con sus mejores trapitos domingueros, se ve en sus rostros que están felices de reunirse en este domingo.

Sin embargo, nos miran con un poco de extrañeza, así que decido presentarme: "Buenos días a todos, queridos hermanos, ¡feliz Domingo de Ramos! Antes que nada, permítame presentarnos, yo soy el padre Francisco, vengo desde México, y estoy aquí con mi hermano sacerdote el padre Emanuele, que es italiano, nos han invitado aquí a unos amigos, ¡y estamos muy contentos de estar con ustedes!"

La gente no sonría amablemente, están contentos de tener visitas, de ver caras nuevas...

¡Como en muchos otros lugares y ocasiones, la liturgia presenta unos retos! El coro llega tarde, no encuentran las hojas de cantos (“No se preocupe, Señora, aquel domingo en

Jerusalén, ¡tampoco tenían hojas de cantos!”), la gente llega poco a poco, reina un desorden alegre y relajado, ¡se siente un aire de fiesta en este inicio de Semana Santa!

Y de pronto sucede algo que me sacude hasta lo más hondo, y que habita mi corazón desde aquel día. Un señor algo mayor, ya ha entrado en años, con el rostro y las manos curtidos por el sol y por el trabajo, se me acerca amablemente, y con una expresión de tristeza y de sorpresa, me dice:



- ustedes no deberían estar aquí!

¡Ah caray! ¡Esa sí no me lo esperaba! No entiendo ni remotamente lo que quiere decir.

Pero no hay ninguna agresividad, ni mala voluntad en su voz. Oigo en sus palabras el eco de una profunda humildad:

- ¡Ustedes no deberían estar aquí! Ustedes han venido de muy lejos, del extranjero. Ustedes deberían estar allá en la gran ciudad, con el Obispo, ¡con la gente importante! ¿Por qué han venido este pueblito perdido?

¡Siento que el corazón se me hace pedazos! Siento que todo está mal, que estoy atrapado en una visión del mundo injusta, clasista, donde cuenta más la clase social que el carácter de la persona. ¿Qué le han enseñado a este hombre? ¿Qué religión ha vivido? ¿Quién le ha dicho que él no es importante? ¿Quién le ha dicho que su hermoso pueblito es menos valioso que una gran ciudad? La imagen de Nazareth me viene al corazón.

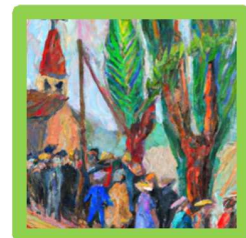
Tardo en encontrar las palabras para decirle que no, las cosas no son así, ¡Dios no nos ha separado en clases sociales o en niveles socioeconómicos!



- "*Mon cher monsieur...* Mi querido señor, el padre Emanuele y yo hemos venido porque queremos estar con ustedes, hemos querido venir al lugar más hermoso de Francia para celebrar con ustedes la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor. Estamos exactamente donde debemos estar, junto a usted, a su familia, a todo este pueblo católico que es la iglesia que yo amo y que deseo servir, estamos muy felices de estar aquí, este es nuestro lugar, ¡gracias por recibirnos!"

Su mirada, y el apretón de manos que me da, lo dicen todo. Yo hubiera querido abrazarlo a la mexicana, pero sé que eso aquí no se hace. Nos miramos con una sonrisa, como cómplices, como hermanos. Más allá del idioma o de las fronteras, hoy nos reunimos como católicos, como hijos de Dios, como discípulos de Cristo que quieren caminar con Él para llegar a donde Él está.

Este Misa no quedó grabada en un video, ni siquiera hay fotos, nos salió en la televisión ni en los anales de la diócesis. Solamente quedó grabada para siempre en mi memoria...





### *Lunes de domingo de Resurrección*

## **TEPETZINTLA, PUEBLA, SEMANA SANTA DE 1993**

Hoy es Domingo de Resurrección. Hoy termina esta maravillosa aventura que hemos vivido el diácono Rubén y un servidor en compañía de la hermana Diana, junto con todos nuestros hermanos indígenas de la Sierra Norte de Puebla. Tengo ya 37 años, he vivido casi toda mi vida en México, y es apenas este año que descubro con ojos nuevos el maravilloso mundo indígena es el alma misma de nuestro México.



¡Han cambiado tantas cosas! He descubierto un mundo del que tengo tanto que aprender. En esta mañana del Domingo de Resurrección, mañana cuando creo que ya todo ha terminado, Cristo me tiene reservada otra sorpresa.

Estamos tomando un momento de descanso antes de la misa de las 12 del día, la gran misa de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. La vigilia Pascual de anoche fue maravillosa, y estamos todos algo cansados, aunque también llenos de alegría y entusiasmo por lo que hemos vivido. Mentalmente me empiezo a preparar ya al regreso, a volver a la Ciudad de México, quizás a dejar atrás este mundo que me ha robado el corazón, aunque guardo la esperanza de poder volver. Y fue en este momento de tranquilidad y de descanso que llegaron los mayordomos.

- Padrecito, ahí afuera hay unas personas que quieren hablar con usted.

Salgo al patio y me encuentro con un grupo de personas que no conozco. Se presentan amablemente.

- Mire usted padrecito, nos enteramos que está usted aquí, y pues venimos con la molestia, a ver si es posible...

Mentalmente ya estoy haciendo cuentas: La misa termina a las 2, tenemos que salir para el DF, no sé realmente...

- A ver si es posible que usted nos celebre una misita del domingo de la resurrección de nuestro señor.

¡Ah caray! Busco Cómo decirles que no puedo sin ofenderlos, sin negarme.



- Una misa del domingo? ¿Desde dónde vienen ustedes?

- venimos de Omitlán, no está muy lejos padrecito, nosotros lo acompañamos, ya ve que es Domingo de Resurrección y pues la gente ya está lista.

Vuelvo a ser mentalmente Mis cuentas: Sencillamente no hay tiempo, no vamos a encontrar, Rubén y yo, transporte de vuelta a la ciudad.

- Miren ustedes, me daría mucho gusto, pero ya es tarde y tengo la misa a las 12, no creo que hoy me alcance el tiempo,

-No padrecito, no sería para hoy, sería una misita del domingo de resurrección, nosotros venimos por usted mañana temprano.

¡No estoy entendiendo nada! Hoy es domingo, domingo de resurrección, ¡y quieren una misa! Gracias a Dios, poco a poco he ido aprendiendo, y decido consultar a Diana antes de dar una respuesta.



- pues mira, padre, sucede lo siguiente: En esa comunidad no celebran la resurrección del señor el domingo, ¡sino el lunes! ¡Al parecer siempre ha sido así, ellos realmente quieren una misa mañana temprano! Lo que sucede...

Pero no la dejo terminar. Me volteo hacia Rubén quien asiente con un signo de la cabeza: ¡Por mí no hay problema, nos quedamos hasta mañana!

¡Yo feliz de la vida de quedarme un día más! Así que salgo rápidamente y les digo que me dará mucho gusto celebrarles la misa mañana. Quedamos en que vienen por mí temprano.

Siguiente salimos todos muy contentos, pero sí siento cierta inquietud: ¿Por qué no celebran la misa de resurrección el domingo? ¿Acaso no son católicos? ¿Hay alguna tradición semi pagana detrás de todo esto? ¿O qué motivación extraña tendrán para no ir a misa el domingo? ¡El derecho canónico no estaría de acuerdo! (¡esto solo lo digo para mostrarles lo bobo que era yo en aquella época! ¡Espero haber aprendido un poco!)

La gente nos espera en la entrada de la iglesia en un ambiente de alegría: ¡Ha venido el padrecito! Nos preparamos a celebrar, aunque me siento un poco incómodo de celebrar la misa del domingo El lunes.

Es Entonces qué sucede lo extraordinario: ¡Soy Testigo de la resurrección!

Han colocado en medio de la iglesia un pequeño ataúd, como el de un niño, recubierto de tela negra, pero también rodeado de flores, y la gente se sitúa a su alrededor. Los mayordomos se acercan con sus mujeres y quitan los paños de luto, reemplazándolos por unas telas de color

blanco. Los músicos tocan alegremente, y el fiscal se acerca al ataúd, lo abre e introduce dos varas de madera, introduciéndolas con cuidado al interior ¡Y es entonces que Cristo resucita!



Con estas dos varas, el fiscal levanta una pequeña imagen de nuestro señor, vestido de azul y blanco, que literalmente sale del ataúd, prácticamente por sí misma, resucitando...

Resucitando en plena Sierra Norte de Puebla, iluminando a todas las personas que han venido hoy, ¡llenando de alegría y de música los corazones de los que hoy celebramos a Cristo resurgido de entre los muertos! ¡Al escribir estas líneas tengo ante los ojos la imagen de ese estado de Cristo que se levanta, vencedor de la muerte!

Pero no de la pobreza... Sé que son ricos en muchos aspectos de su vida: verdaderamente he podido constatar lo maravilloso que es vivir dentro de una comunidad que se ayuda, que respeta la tierra y la naturaleza, que vive y se recrea con los recursos que tienen a su alcance.... Sin embargo también sufren las consecuencias de una pobreza que les impide tener acceso a la educación, a los servicios de salud, de protección civil ... y a la ayuda de la Iglesia.

Con paciencia la hermana Diana me explica: Así es, no celebran el domingo de resurrección el domingo. Lo celebran el lunes por una razón muy sencilla: Porque no hay padres, no hay sacerdotes suficientes para atender todas las comunidades, y porque su comunidad es más pobre, más alejada que las demás comunidades, que son parroquia, que tienen misa una o dos veces al mes, que son atendidas por el padrecito. Ellos, los de la comunidad de Omitlán y otras tantas en la misma situación son pobres entre los pobres. El padrecito va dos, quizás tres veces al año. No se da abasto. No alcanza a ir para visitar a los enfermos, para enterrar a los muertitos, para bautizar a los niños que nacen enfermos y mueren sin sacramentos. Porque son pobres, nunca hay un sacerdote a celebrar la resurrección el día domingo. Porque son pobres, el sacerdote va el lunes, a veces... Y pues así se creó la tradición, aquí padrecito, celebramos el domingo de resurrección el lunes. Son pobres... hasta en las cosas de Dios...

Más tarde me entero: en Omitlán lo celebran el martes... en Xochistlasco el miércoles... y así toda la Semana...de Resurrección.





*“¿Qué no le pagaron la misita, padrecito?”*

### **MISA POR UN DIFUNTO**

- Te toca la misa de once.
- Sí, padre.

Un sábado como tantos otros en la parroquia de Ticomán, una inmensa parroquia urbana que pronto llegaría a las cien mil habitantes. Como cada sábado, se multiplican las ceremonias, misas, Quince Años, Tres Años, fin de cursos de la preparatoria, de la secundaria, de la primaria, del kínder! Todos quieren su misita, para ellos solitos, no quiero que mis difuntitos se junten con los otros, es misa para mi difuntito solito! Así que vamos! Llevo poco tiempo en la parroquia y no me atrevo aún a sugerir cambios. Primero veamos y tratemos de servir al Pueblo de Dios!

Llego la iglesia de la Asunción y me pongo la casulla y la estola. Afuera, un viento frío de invierno se cuela por las viejas puertas de la iglesia. Dentro, el aire es pesado, con un fuerte olor a cera y humedad.



El reloj de pared de la sacristía marcó las once en punto. Me asomo y veo que no hay nadie. La iglesia está vacía. Qué raro, ya es la hora! Decido esperar un poco. Así que espero. Y espero. Pasan diez minutos, luego veinte, luego media hora. No sé qué hacer: Hubo un error? Checo el libro: no, la misa está apuntada; “por el eterno descanso de...”

La familia no llegó.

Llamo por teléfono al número que le habían dado.

—Hola, ¿señor Pérez? Soy el Padre Francisco. La misa va a empezar, pero no ha llegado nadie.

Hay un momento de silencio al otro lado de la línea, solo interrumpido por el eco metálico de un sonido de un taller de soldadura.



—Pos cual es el problema, padrecito?—, dijo la voz de un hombre con un tono de impaciencia.

—Pero... ¿la misa de su pariente? ¿no van a venir a la misa?

—Cómo para qué, padrecito? Necesita ayuda? No está el sacristán?

— Sí, sí está, todo está listo, pero faltan ustedes, falta la familia, los que pidieron la misa!

— Que no le pagaron la misita, padrecito?

— Sí, ya está pagada, pero ese no es el problema, lo que pasa es que...

— A ver, padrecito, vámonos entendiendo: Sí se le pagó la misa, no?

— Pues sí...

— Y usted la va a celebrar, o no?

— Pues sí, pero...

— Tons todo está bien, ¿qué más quiere? Usted celebre la misita, padrecito, pida por nuestro difuntito y muchas gracias!

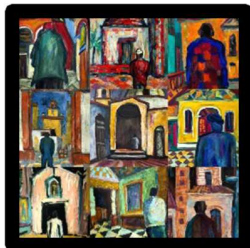
La llamada se corta.

Me quedo allí de pie, con el teléfono aún en la mano. Dirijo la mirada hacia la iglesia vacía. Dios mío, pienso, qué estoy haciendo? ¿Qué religión estoy enseñando? Esto parece supermercado, o farmacia, o banco!

Porque la gente cree en Dios, tiene fe, pero es una fe que pide una misa, una misita, pero no necesita asistir. Una fe que daba más importancia al rito que a la Presencia, a los rezos que a las personas, al padrecito que a la gente.



Me he quedado solo en la vastedad de la iglesia vacía. El sacristán decide retirarse. Jamás me había sentido tan solo. Diría la misa, cobraría mi estipendio (“Diosito se lo multiplique, padrecito”). Empiezo la misa, intento sentir la presencia de Dios en una iglesia vacía, en una iglesia donde deberían resonar las voces, las oraciones de toda la Iglesia, no solo del sacerdote, sino del Pueblo de Dios. Pero no hay tal. Hay solamente una “iglesia” (sería más justo decir un templo) donde se cumplió un rito, se “dijo” una misita, Una iglesia vacía. Una iglesia silenciosa, con un silencio de no venía de la presencia de Dios, como tantos otros momentos de silencio. Un silencio que venía de la ausencia, del vacío, de la ausencia de los católicos que “habían pagado la misa”, y con eso bastaba....





« Solo vine a dar gracias »

## LA QUINCEAÑERA

- Te toca la misa de las tres....
- Sí, padre...
- No pongas esa cara, es una quinceañera, sé que te gustan esas misas!!
- Muy gracioso...

Otro sábado por la tarde en Ticomán... Llevo ya un par de años aquí, y aún no me acostumbro al ritmo de trabajo: Misas en la Purísima, en la Asunción, en San José, en casas, en fábricas, en el cerro.... Misas por todos lados (“¿pues de qué crees que vivimos?”), queda por tiempo para otras cosas...

Las misas de quince años son siempre eventos ruidosos y coloridos, llenos de arreglos florales, fotógrafos, música de mariachi y la habitual procesión de chambelanes vestidos de rosa y damas de honor que se peleaban por la mejor pose. En general, todo menos devoción o sentido religioso. Obvio nadie comulga “porque no nos hemos confesado...” ni pensamos hacerlo...

Ya he oficiado docenas de esas misas. Conozco la rutina: el show, las fotos interminables, la poca atención al Evangelio. Trato de darle un giro cristiano, evangelizador, pero sé que nadie realmente me escucha; ya están pensando en la fiesta, las chavas, el alcohol... Sé que sueño muy negativo, que los estoy juzgando sin conocerlos, y es cierto: en seguida me arrepiento de esos sentimientos. Trata de ver los rostros, de saludar y felicitar a los padres, de conocer los nombres y proyectos de cada chico y chica... Pero no es fácil, esto es trabajo de años, de evangelización y no solamente de misitas....



Llego a la Asunción de Ticomán para una misa más, una quinceañera más... Me espero a ver lo mismo de siempre, pero Dios me tiene una sorpresa. En seguida noto que algo es diferente. No hay nadie afuera de la iglesia. Adentro, el silencio es total. La iglesia está prácticamente vacía. No hay música, no hay coro, ni chambelanes, ni fotógrafos, no hay prácticamente nadie. Solo una chica.

Solo una chica, La quinceañera, Sofía. Trae su ropa del diario. a su lado, una niña más pequeña, su hermanita, y también está su mamá, una señora que me mira con algo de pena...  
No hay chambelanes, ni música, ni invitados.

Me acerco con una sonrisa: Hola Sofía, encantado de conocerte, muchas felicidades!

- Gracias, padre, mucho gusto!
- ¿Y los demás?, pregunto con gentileza, ¿no han llegado tus amigos, tus invitados?
- No, padre, no hay nadie más.



No sé qué pensar... Se supone que es la presentación en sociedad, la llegada a la adultez, además es todo un show, es ocasión de presumir!

No, padre, no voy a hacer fiesta, solamente vengo a dar gracias ...

Wow! Me quedo inmóvil, impactado por la sencillez, la transparencia, la calidez, la sonrisa en el rostro de esta chica y de los pocos seres queridos que hoy la acompañan: “solamente vengo a darle gracias a

Dios...” No vengo a presumir nada, a lucirme, a brillar en sociedad,...

Solamente vengo a darle gracias a Dios...30 años más tarde, aún la recuerdo: Una misa sencilla y humilde, in faramalla, ni show, ni distracciones. Solo una fe pura y simple.

En el momento de la homilía, no sé qué decir: Me olvido de los sermones preparados y memorizados que uso en cada quinceañera. Miro a Sofía a los ojos: “Hija, no sé qué decir, solamente que yo también quiero dar gracias en esta misa. Y decirte que a Dios le encantan estas misas. Porque hoy no ha habido nada que distraiga la oración. Y la oración es lo único que verdaderamente importa en un día como este. Hoy no eres la reina de una fiesta. Hoy tú eres la protagonista de un milagro, porque tu fe ha llenado este lugar vacío”.



Sofía me mira sonriendo. Tiene una sonrisa tan transparente, tan sincera! Una sonrisa que no necesita maquillaje ni vestido con encajes. Una sonrisa de chica agradecida, agradecida con Dios, agradecida ante Dios.

Nos despedimos con sencillez, con cariño. La veo marcharse con su ropa sencilla, del diario, hacia una vida sencilla, del diario, pero una vida que, estoy seguro, será extraordinaria... porque sabe ser agradecida...

Regreso a la sacristía, donde tantas veces me he encontrado solo, rodeado de silencio, de preocupaciones, de “A qué horas es la siguiente misa?” Me quedo solo en la sacristía vacía, pero esta vez, el silencio no es de soledad, es un silencio de paz, un silencio de Gracia.





## Y TANTAS MISAS MÁS...

Han sido cientos, miles de misas celebradas por todo el mundo... En la Ciudad de México, en Tierra Santa, en Roma, en París, en Madrid, en pueblos pequeños de la Sierra y en grandes catedrales, en las playas del Pacífico y en las laderas del Citlaltépetl....

No las recuerdo todas... No guardo el registro completo de cada una. Mi corazón, a veces, se olvida de lo mucho que ha vivido. Muchas misas, cargadas de profundo significado, permanecen inéditas. Tampoco he escrito acerca de todas las misas que han tenido un significado profundo para mí. Hay tantas ocasiones que recuerdo, algunas con alegría, otras con tristeza, misas donde conocí tanta gente, tanto cariño, tanto dolor.



No he incluido misas que fueron muy significativas para mí, por ejemplo la boda de mi hermano, o la de mi hermana, la misa en la catedral de México o en la de París. Pido una disculpa por no haber incluido momentos que han sido importantes en la vida de muchas personas. No me es posible expresarlas todas en este libro., pero sé que Dios escribe Su historia en los renglones torcidos de nuestra existencia, y sé con certeza que cada una de esas Eucaristías está escrita en el corazón de Dios.

He visto miles, quizás decenas de miles de rostros, incontables **rostros de Cristo** en todas estas misas: Algunos indiferentes, o por lo menos eso parecían, algunos alegres, otros agobiados por el dolor. He contemplado cientos, miles de cruces en estas iglesias, porque cada



alma lleva una, o incluso varias cruces. He caído a menudo en la tentación de juzgar de las motivaciones o pensamientos de los demás, y por eso pido perdón. Mi papel no es el de juez, sino el de sacerdote. No estoy aquí para juzgar, sino para perdonar y para santificar, para llevar o por lo menos para acercar a Dios. . Mi misión no es señalar la culpa, sino **derramar el perdón**, no es condenar, sino **santificar**, no es retener el juicio, sino **acercar a Dios** en el pan y el vino, y decir, con la autoridad de Cristo: *Vete en paz*. Por esa intromisión en el secreto de las almas, pido perdón a Dios y a Su Pueblo.

Sé que he iniciado una etapa nueva en mi vida. Ha terminado el tiempo de los viajes, las escaladas, las misiones en la Sierra y las misas en los volcanes. Ha visto a muchos sacerdotes hermanos míos vivir un tiempo de mayor soledad, de “ser menos útiles”, de ceder a otros las responsabilidades de gestionar y administrar. Sé que los años por venir estarán más llenos de silencio y de soledad, pero también estarán más llenos de Dios, más llenos de paz. Serán tiempos de soledad, pero de soledad con Dios. Tiempos de silencio, pero del silencio de Dios. Empieza una nueva aventura...

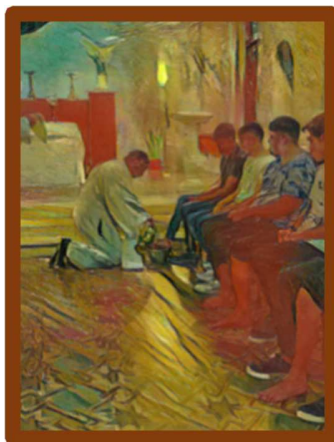


## SEGUNDA PARTE

### LAS QUE CASI FUERON UNA MISA

Me ha parecido necesario añadir una segunda parte titulada “las que casi fueron una misa”. En efecto, a lo largo de mi vida sacerdotal ha habido innumerables ocasiones en las que la Gracia de Cristo se ha hecho presente de un modo maravilloso, quasi sacramental, momentos en que Jesús se ha manifestado con ese amor silencioso y exigente que me ha guiado a lo largo de mi vida. Quiero compartirlos con todos ustedes, para que juntos veamos las maravillas de Dios y le demos gracias!





“Tú no, siéntate”

## 1992 LAVATORIO DE PIES DURANTE EL JUEVES SANTO

Retiro de Semana Santa del CPP en la Jordana. El grupo *Kerygma* ha sido encargado de la organización. Claro, son super eficientes, se las saben todas, no se deja nada al azar.

Jueves Santo: Ceremonia del lavatorio de los pies. Cuando llego a la capilla, todo está preparado. Los chicos del equipo de liturgia se acercan: “Padre, ya todo está listo, hemos escogido a 12 muchachos (¡ninguna mujer, por supuesto!), incluso ya se lavaron el pie derecho para que nada sea impropio. Todo limpio, todo lavado y purificado, tal como la liturgia lo exige. Agua, jabón, toallas, todo listo. Incluso un jabón especial, preservado para el sacerdote para que se lave bien las manos al final, y no con el jabón cochino de los pies de los demás. La liturgia con todas sus rubricas....

No me gusta. Algo no cuadra, no está bien. Toda la puesta en escena esta lista, los actores están listos, el “público” espera. Actores, público... ¿Dónde está el Pueblo de Dios? Solo falta que el director de la obra (o sea, yo) dé la orden.



- ¿Saben qué, muchachos? No se va a poder. Quiten todo eso

Me miran incrédulos, boquiabiertos:

-¿Cómo ? padre, ¡no entiendo!

- Si, quiten todo, quiten las bancas, regresen todos a su lugar, esto no tiene sentido.

Y es cierto: no tiene sentido, es una obra de teatro, una puesta en escena, ellos “hacen como que” son los apóstoles, y yo “hago como que” soy Cristo, y todos “hacemos como que” somos bien humildes, bien serviciales, nos rebajamos a lavar los pies de gente que ni conocemos, que nos cae mal, ¡y que no queremos volver a ver en nuestra vida!

Ni siquiera es una liturgia, porque ya no representa el sentido original. Lo siento esta noche más que nunca: claro, soy humilde, soy servicial, lavo los pies.... Una vez al año ¡ y el resto

de año, ¿qué? Sigo siendo el mismo de siempre. La liturgia no es eso. La liturgia es hacer un esfuerzo, dar un paso, hacer algo real.

Sin embargo, hacen lo que les pido. Ya no hay escenario, ni actores, ni espectadores... solo una iglesia, unos chicos que no saben qué sigue...

M. se me acerca: “¿Cómo le vamos a hacer, padre?”

-“No lo sé, le respondo, no tengo idea.”

- ¿Qué sigue? ¡Dinos, padre!

-Te digo que no sé! ¡No sé qué hacer, no sé qué sigue!”

Una pausa. Larga, incómoda. Estoy al frente de todos, vestido con mi alba blanca (¿símbolo de pureza, de autoridad?). Todos esperan a que yo diga o haga algo. No sé qué decir o hacer.

¡De pronto, “se me prende el foco” ! Doy un paso al frente y le digo a los chicos:



“Muchachos, todos ustedes son muy lindos y generosos, y les agradezco todo su trabajo. Gracias por haberlo preparado todo. Pero algo se ha perdido. El significado del servicio y la humildad se han perdido. Han desaparecido tras la liturgia, los gestos preparados, el jabón, el alcohol y las toallas. Lavar los pies no es eso. Si ese gesto tan hermoso no nace de una verdadera humildad, si es solo por cumplir, por aparentar y quedar bien, porque hoy es Jueves Santo, no sirve de nada.

Así que, esta noche, intentaremos recuperar el verdadero sentido. Si vamos a lavar los pies. Pero necesito que me tengan confianza. Porque los conozco a todos, y de muchos años, así que les pido que me tengan confianza y hagan lo que yo les pida. ¿Están de acuerdo?”

Se me quedan viendo: ¿ahora qué va a inventar el padre Pancho? ¿Con qué nos va a salir? H. me mira con cara que dice: “esto lo sabrá el obispo!” A. me mira fijo a los ojos, sonríe y dice: “sí, padre lo que tu digas!”



Una vez sentados todos, tomo una toalla y una cubeta y le digo a R.: “ten, lávale los pies a G.” R. me mira incrédulo, y de pronto comprende! Me sonrío, toma la cubeta y dice: sí, padre, por supuesto”.

Tomo otra cubeta y toalla y me acerco a F.: “ten, te dejo escoger”

- ¿Perdón?

- Si, tú escoge a quien le lavarás los pies. Te le acercas, y lo invitas a que se deje lavar los pies.

- “Si alguien quiere lavar pies, basta con que levante la mano y lo

diga, y yo le diré a quién, ¿de acuerdo?”

Le pido al coro que cante, que acompañe con cantos esta celebración.

Se empieza a formar un ambiente hermoso. A los chicos también les ha “caído el veinte”.

Hay una aire de fiesta, hay sonrisas, abrazo, hasta risas. Algo está naciendo.

A se acerca a mi nuevamente: “Padre, quisiera lavarle los pies a D., ¿me das permiso?”

- Tendrás que decirme por qué a él y no a otro

- ¡Porque me cae mal! Porque hemos tenido problemas y porque siento en mi corazón que esto es lo que Jesús me pide.” ¡Wow!

También se me acerca J. Me cae mal. Es presumido, guapetón, sabe mucho: “Padre, si usted (¿en serio, “usted”?), si usted me lo permite, quisiera lavarle los pies a usted.”

Su sonrisa es obsequiosa, repugnante

- ¡Tú no, siéntate!

- ¿Perdón????

- Dije que no, siéntate, tú no le lavarás los pies a nadie.”

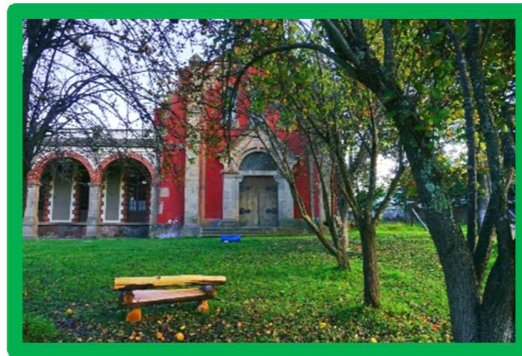
¡No lo puede creer! Me mira con rabia, con odio. Se sienta hasta el fondo de la iglesia y se queda ahí sin moverse.

La misa termina mucho más tarde de lo previsto, entre risas, abrazos, simplemente alegría, la alegría de haber comprendido algo del Evangelio y del amor de servicio de Jesús, y de haberlos puesto en práctica. En seguida empieza la Adoración al Santísimo, que durara toda la noche.

Estoy orando ante el Santísimo, y siento que alguien se acerca. Es J. Me mira de frente: «Padre, quiero decirte (¡bueno, algo ha cambiado!) que nadie me había humillado como tú lo hiciste esta noche. ¡Me dolió en el alma... y quiero darte las gracias! ¡Me hacía falta! Comprendí que no quería lavarte los pies, quería solamente que los demás me vieran lavándote los pies, ¡estaba tan equivocado! ¡Gracias!»

- Bueno, le digo, aquí no hay nadie que nos vea...

- Lo sé, traje la toalla. ¿Padre, te puedo lavar los pies?





*“¿Quieres ayudar? ¡lava los platos”!*

## **MISIÓN JUVENIL EN EL CERRO DEL CHIQUIHUTE**

¡En esta ocasión no fue realmente una misa como tal, pero tuvo todo el significado de un sacrificio redentor!

Abril 1997. Hace tres años fui nombrado vicario en la parroquia de la Asunción, en la colonia Ticomán. Es una parroquia con más de 60,000 habitantes. Años más tarde, rebasara los 120,000. Los cuatro padres atendemos dos iglesias y siete capillas. El trabajo no falta.

Este verano hemos organizado una Misión Urbana Juvenil de Semana Santa, y se han reunido unos 80 jóvenes para participar, muchos de ellos de Jornadas, de nuestra parroquia y de otros lugares.

Hemos formados equipos para el visiteo, y por la mañanas recorremos toda la colonia. Por las tardes habrá pláticas y misa en las diferentes capillas. los chicos van de dos en dos, vestidos con su playera blanca y paliacate azul, con su cruz misionera de madera. Para muchos es una primera experiencia.

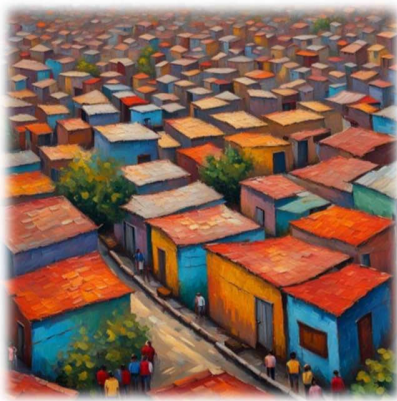
El cerro del Chiquihuite es una gigantesca ciudad perdida. la situación de pobreza es indescriptible. Nunca pensé que la gente podría vivir en esas condiciones.

Ya entrada la tarde, los chicos me llaman; han encontrado una familia que realmente necesita ayuda. una anciana, ¿cómo decirlo? “no está bien de su cabecita...” y su nieta, una chamaquita de 14 años, vestida con harapos, sucia, probablemente ya drogada. La "casa" es de una sola pieza, con paredes de tabicón y un techo de lámina. el olor a suciedad y comida podrida es insoportable.

G, estudiante en ingeniería, se me acerca: “Pancho, el techo se está cayendo, está a punto de aplastarlas, ¡tenemos que hacer algo!”

Unos 20 muchachos están alrededor de la casa, esperando, no saben bien qué hacer. Se miran las manos, las bolsas vacías, sin un centavo, sin una herramienta.





“Hacer algo?”, le contesto, “yo no voy a hacer nada! ¡Yo tengo que ir a celebrar misa! No tengo tiempo ni medios para ayudarles, ¡sorry! Vénganse todos, ya es hora, ya es hora de misa, ¡vamos a rezar!”

Me doy media vuelta y empiezo a bajar hacia la capilla. Todos se me quedan viendo: ¿Qué le pasa? en serio se va a ir sin hacer nada? no saben cómo reaccionar. Afortunadamente, "camino lento" ( adrede, por supuesto) y G. me alcanza y me detiene: «no, Pancho, ¡espera! hay que hacer algo! no podemos dejarlos así! ¡Ese techo es un peligro!”

Los chicos me rodean, esperando. quieren que yo tome la iniciativa, quieren que yo haga algo.

“Quieren que yo haga algo? ¡Yo no voy a hacer nada! ¡Ustedes son los jóvenes, ustedes son los fuertes! ¿Qué? ¿No han dicho mil veces « los curas a la sacristía»? Pues yo me voy a misa, ese es mi trabajo, no soy arquitecto, ¡no me toca reconstruir casas!”

Me les quedo mirando, como retándolos con la mirada. Se ponen como locos: “Es injusto! ¿Cómo puedes? ¡Hay que ayudarles!” (No todos gritan, algunos se quedan callados, sin saber qué hacer) Bueno, creo que ya entendieron. Junto a todo el grupo nuevamente:

“A ver, muchachos, hagamos lo siguiente. Vamos a repartirnos la chamba, cada quien hace su parte. ¿Les parece? Ustedes, pónganse a limpiar esa casa y quitan ese techo, tú, el ingeniero, hazme rápido unos planes, a ver qué hay que hacer, tú y tú, vengan conmigo, vamos a buscar dinero o material para repararlo, ¿de acuerdo? ¡Cada quien en lo suyo! ¡Y no, no voy a misa! ¡Hoy la “misa” es en esta casa!”

Regresamos rápidamente a la parroquia... ¡y no sé qué voy a hacer! Bueno, hablo con el padre Vicente, hacemos un par de llamadas, rasco unos cajones, ¡y al poco tiempo una camioneta entrega unas vigas y unas láminas nuevecitas! Todo se organiza: subimos el material hasta la casa donde todos están trabajando. La suciedad es increíble, pero nadie se raja.

“Pancho, ¿qué hacemos con todo esto?” Trapos, platos sucios, comida podrida... “Tíralo todo, yo voy a hablar con la señora y su nieta”. Con mucho tacto les explico lo que estamos haciendo. Medio entienden, pero tienen miedo.

¡Las vigas son demasiado cortas! ¿Quién es el burro? No podremos terminar el techo antes de esta noche. Unos vecinos aceptan acoger a la familia. Los chicos regresarán al día siguiente para terminar la casa. De una manera especial, los misioneros están construyendo la Iglesia de Dios. Pero la “misa” aún no ha terminado...

## SEGUNDA PARTE

En pleno trabajo, llega J., una joven de otro grupo de misioneros. Me cae mal. Es presumida, altanera, se cree soñada, es "consagrada" de no sé qué congregación, nos ha contado hasta el cansancio como lleva años de misionera y pronto viajará a Perú para consagrarse durante 2 años. ¡Ella sí sabe lo que son misiones! Se cree lo máximo, ¡no la soporto! Su actitud humilla a los demás, y eso no está bien.

Se acerca mirando con asco el trabajo de limpieza que están haciendo, pero me ve ahí, y se siente obligada (según yo, aclaro) a ofrecer su ayuda: "Padre, ¿en qué puedo ayudar?" pero le falta entusiasmo.

y pienso para mí mismo: ¡ahora sí le voy a dar una lección!

“Quieres ayudar? ¿Ves esos platos sucios? (¡No estaban sucios, estaban asquerosos! yo le había dicho a G. que tirara a todo) Pues hay que lavarlos. ¡Te pido por favor que laves todo eso!”

J. me mira con ojos de horror, ve los platos ahí tirados y no puede creer que le esté yo pidiendo eso! Espero con una sonrisa su reacción de enojo o humillación... y J. dice las palabras que nunca olvidaré: "Sí, padre", y se pone a lavar los platos...

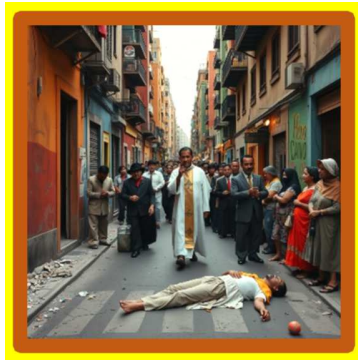


¡Boinas! así que si era cierto! Sí ama a Cristo, sí está dispuesta a ayudar, sí está dispuesta a obedecer y hacer las tareas más asquerosas. ¡No es ella la que ha aprendido una lección este día!

Me acerco a ella, le quito el plato de las manos, la miro a los ojos y le digo: " déjalo así, ya cumpliste. y gracias, me has dado una lección inolvidable."

Los chicos terminaron el techo al día siguiente. La casa quedó limpia. Algo cambio ese día en el Cerro del Chiquihuite, cuando la "misa" la celebraron unos muchachos misioneros con martillos y clavos, con energía y entrega, con jabón y humildad, todos juntos, no solo el padrecito, comulgamos todos de un mismo trabajo y un mismo amor. "Podemos ir en paz, la misa continua."





*“¡Rece por mí, Padrecito!”*

## **VÍA CRUCIS EN EL CHIQUIHUIE DONDE EL DOLOR SE HACE ORACIÓN**

Semana Santa de 1994. Estoy al pie del Cerro del Chiquihuite, un laberinto infame de calles empinadas y casas de hormigón, que se transformó aquel Viernes Santo en un Calvario improvisado. Es mi primera Semana Santa en la parroquia de la Asunción de Ticomán. Una parroquia con una iglesia principal y 8 capillas que atender cada domingo. Esta mañana, los 4 padrecitos encabezamos esta procesión del Vía Crucis, una columna humana que asciende este cerro. No será un viaje común. Será descubrir un mundo que solamente he visto de lejos. Un mundo de dolor, de violencia, de pecado, de sufrimiento humano.

La primera estación, al pie del cerro, marca el inicio de un recorrido que duraría más de tres horas. Hay poca gente. La estudiantina llega tarde. A medida que avanzábamos, la multitud crecía, sumando rostros curtidos por el sol, cuerpos cansados por la vida. Cada estación era un escenario de dolor y esperanza. Un borracho tirado en el suelo, con la mirada perdida, me suplicaba: "Rece por mí, padrecito". Sus palabras, un eco del abandono de Cristo, resonaron en mi alma. ¿Cómo podía juzgarlo, cuando el sufrimiento lo había postrado? Pero sobre todo la pregunta: ¿Qué puedo hacer por él?

Las casas, a los lados del camino, eran testigos silenciosos. Algunos observaban desde las ventanas, otros se unían a la procesión, cargando cruces improvisadas o sosteniendo imágenes religiosas. Las viejitas, con pasos lentos y bastones, avanzaban con dificultad, pero con una fe inquebrantable.



Los vendedores de paletas, chicharrones y dulces rompían la solemnidad con sus pregones, recordándonos que la vida, a pesar del dolor, seguía su curso. Los niños, ajenos a la tragedia que se representaba, corrían y empujaban, llenando el aire con sus risas y gritos.

Un encuentro me marcó profundamente. Una mujer, con el rostro surcado por arrugas y la mirada llena de dolor, se acercó a mí. "Padrecito", me dijo, "mi hijo está enfermo, ¿puede rezar por él?". Sus palabras, un eco del clamor de las madres que sufren, me recordaron que el dolor no conoce fronteras. Sí, sí puedo rezar por él. Pero no sé si puedo hacer algo más...

A medida que ascendíamos, el paisaje se transformaba. Las casas se hacían más precarias, las calles más empinadas, el sufrimiento más palpable. El Vía Crucis se convertía en un espejo de la realidad, un reflejo de la injusticia y la marginación que azotan a los más vulnerables.

En la cima del cerro, las últimas estaciones, la crucifixión y el sepulcro, nos enfrentaron a la crudeza de la muerte. Pero en medio del dolor, la esperanza brillaba con fuerza. La resurrección, aunque lejana, se vislumbraba como una promesa de salvación, de redención, como una puerta de salida de emergencia.



Dije anteriormente que el Cerro del Chiquihuite se transformó aquel Viernes Santo en un Calvario improvisado. Quizás no fue así. Quizás siempre ha sido un Calvario, con pandillas, violencia, drogas, violaciones. Quizás es un Purgatorio (o un infierno) disfrazado de ciudad. Quizás vi por primera vez lo que nuestro pueblo vive a diario. Y por eso vienen a misa, o a hablar con el padrecito, no a buscar un regaño o un sermón, sino un poco de caridad, de luz en una ciudad verdaderamente “perdida”.

Aquel Vía Crucis en el Chiquihuite me presentó con un reto inesperado: ¿Ahora que has visto todo eso, quizás por primera vez, puedes abrazarlo? ¿Puedes asumir ese sufrimiento humano, esta Cruz que tú solamente cargas por unos momentos el viernes Santo, pero que esa gente carga cada día de su vida? ¿Puedes cambiar esa realidad sin aceptarla, sin hacerla tuya, o lo harás como Cristo lo hizo, con su propia vida? Aceptarla no significa justificarla, resignarse. Significa cambiarla desde dentro, compartir el dolor antes de transformarlo.

La procesión ha terminado. La gente se dispersa, regresa a sus hogares. Regresan a su Cruz de cada día. Regreso a casa con el alma herida, sintiendo que he participado en un ritual sagrado, un encuentro con el dolor y la esperanza que habitan en el corazón humano. Y me pregunté: ¿cómo puedo llevar esta experiencia a mi vida cotidiana, ¿cómo puedo convertir mi fe en acción, en compromiso con los más necesitados?

Me atraviesa una tentación: debí haber sido doctor, o ingeniero, o trabajador social. Mi vida sería más útil si yo fuera dentista o cancerólogo o empresario. Si tuviera más dinero, o más poder, podría realmente hacer algo por los demás. En vez de rezar palabras vacías, o rociar de agua bendita esos hogares destrozados, ¡podría realmente hacer algo por los demás! ¡Qué inútiles son mis manos!



Por un instante vuelvo a ver a Cristo crucificado. Sus Manos clavadas en la Cruz son realmente inútiles, incapaces de moverse, incapaz de salvarse a Sí mismo, mucho menos a los demás... Y sin embargo, dio Su vida por nosotros, y todo cambió... Desde adentro... desde el interior del hombre. Solo así cambiará la humanidad: cuando su corazón cambie, porque se siente amado y capaz de amar.

Vendrán muchos otros “Vía Crucis”: el Vía Crucis de enfermos, donde nadie cargó la Cruz porque ya la cargan a diario, al cargar con su silla de ruedas, con sus muletas, con su tubo de

oxígeno o su aparato de diálisis... El Vía Crucis por las calles de París... en la sierra Norte de Puebla, de un pueblo a otro... El Vía Crucis por la “Vía Dolorosa” de Jerusalén.... Y los que faltan: el Vía Crucis de Ucrania... el de las víctimas del narcotráfico y de las pandillas... el de las madres de los desaparecidos y los levantados... Y así será hasta el fin del mundo, hasta que Cristo vuelva, hasta que nuestro Amor sea más grande que la Cruz...





*Un día te vas a morir...*

## **MISIÓN DE SEMANA SANTA DE 1995**

En esta ocasión han venido un grupo de jóvenes misioneros, miembros de la escuela de jornadas Shadday. Como son muy numerosos, nos hemos dividido en dos grupos, uno en Tepetzintla y el otro en Tlamanca. Estos pueblos están distantes de unos 5 km.

Los primeros días están dedicados al visiteo, y el miércoles de la Semana Santa hemos decidido hacer una convivencia de todos los misioneros en Tlamanca. El grupo de Tepetzintla sale temprano y recorremos con facilidad los 5 km. Pasamos el día cantando, jugando con los niños, limpiando un poco la iglesia, y comemos juntos las tortas que hemos traído.

El tiempo pasa rápidamente, y como todo mundo se está divirtiendo, nadie piensa en el regreso. Excepto yo. Veo el sol que se va poniendo rápidamente, y piensa en el recorrido que nos queda por hacer.

- a ver, chicos y chicas, es hora de irnos!

- sí, sí ahorita, ¿cuál es la prisa?

- intento explicarles a los coordinadores que la prisa es que ahorita todavía podemos ver el camino, pero que dentro de una hora todo estará a oscuras, y el último trecho será difícil, si no es que peligroso.

- sí, sí ahorita, no des lata!

Finalmente me enojo. Los junto a todos y les digo: "O nos vamos ahorita o nos quedamos a dormir aquí, no hay de otra."

A regañadientes se despiden, se separan, me miran feo al pasar (¿a quién se le ocurre traer a ese cura?) pero finalmente ya estamos en camino.

Y dicho y hecho. Y es prácticamente de noche, y no hemos aún llegado a Tepetzintla. El grupo camina más lento, se oyen los quejidos y las quejas. Alicia se tropieza y se lastima la rodilla. Ni modo, hay que seguir caminando.

De pronto, Roberto se pone a cantar. Los demás lo miran incrédulos, pero enseguida comprenden. Y todos cantan: " al caminar se hace oración, se hace camino..." todos se olvidan del cansancio, pero se dan cuenta que hay que echarle ganas en este último trecho.



Solamente Liz no canta. Va a refunfuñando, se queja en voz alta, le duele todo, ¿qué hago aquí? ¿A quién se le ocurre? Y quejas por el estilo. Camina sola, separada del grupo.

Y me le acerco... La tomo del brazo y le digo:

- Un día te vas a morir...



Liz se me quedó viendo con ojos incrédulos: “¿En serio, Padre? En este momento de cansancio, de miedo, de tensión, caminando por un camino de tierra sin luz, ya casi de noche, sin ver a dónde voy ni saber cuánto voy a tardar, ¿y lo único que se te ocurre es decirme ... que me voy a morir?”

- Así es, Liz, Un día te vas a morir... “Un día vas a estar en tu cuarto, o en un cuarto de hospital, rodeada de tus seres queridos, después de una larga vida feliz, y poco a poco tus ojos se van a ir cerrando, tu respiración será más lenta, y tu corazón tan grande, que tanto ha sabido amar, se va a detener lentamente...



Y vas a volver a abrir los ojos, y vas a estar caminando en un camino de tierra muy semejante a este... Vas a caminar cuesta arriba, vas a ver ante ti el sol que se va poniendo, y vas a caminar lentamente, hacia el horizonte... Y de pronto vas a escuchar unas risas, y unos ladridos, y vas a ver venir hacia ti a todos estos niños de Tepezintla, vas a ver a esos perritos que nos han acompañado, y se te acercarán felices de verte. Y los niños se van a correr hacia ti, con grandes sonrisas, con felicidad en sus rostros, y te van a tomar por la mano y con cariño te van a decir: " hace muchos años, tú viniste a vernos, viniste a visitarnos, pasamos días hermosos junto a ti, tomados de tu mano. Cantaste con nosotros, junto a ti fuimos felices porque viniste a vernos. Ahora nos toca a nosotros tomarte de la mano y cantar contigo, y reír contigo. Hoy nos toca llevarte a casa.

- Ves, Liz, el cielo, la vida eterna, no es otra cosa que lo que estamos viviendo aquí, en estos días de misión. Es exactamente lo mismo, bueno, sin tanto frío, y sin rodillas que nos duelan, y multiplicado por un millón de millones- ¡Así que, bienvenida a casa! “



Liz se me queda viendo con ojos grandes e incrédulos: "Nunca lo había visto así... Siempre pensé que venía a ayudarlos porque quiero ser buena católica. Pero tienes razón, Pancho, estoy en casa." La tomo de la mano y le doy el saludo tradicional entre nuestros hermanos indígenas, y comprendo que yo también estoy en casa.

El grupo regresa durante las vacaciones de Navidad, para seguir misionando. No pasarán Navidad con sus familias. Han decidido quedarse aquí, en Tepezintla y Tlamanca, para vivir la Navidad con sus hermanos indígenas, con sus amigos, con sus niños. En casa.





*“Mi hija les va a hacer unas tortillas”*  
**MISIÓN DE SEMANA SANTA DE 1996**

Ha iniciado una nueva misión de Semana Santa, con unos treinta misioneros. La mayoría de los chicos son de escuelas de jornadas de Vida Cristiana, y están muy comprometidos en el apostolado. Pero para muchos de ellos esta es una nueva experiencia, con mil cosas por descubrir. También para mí.

El lunes ha comenzado el visiteo. Los misioneros van de dos en dos, visitando todas las casas de la parroquia, avisando a todo mundo que hay una misión esta semana santa. Parte de su trabajo es también ver dónde hay enfermos que quieran confesarse, platicar con un sacerdote, recibir la sagrada comunión. Después de los dos primeros días de visiteo, me tocará a mí ir a visitar aquellos enfermos que ellos hayan encontrado,

- ¿Oye Pancho, hay un señor que quiere confesarse, pero está un poco lejos, no importa?

No, claro que no, es parte de mi chamba. Cada uno de nosotros tiene un papel en esta misión.

Al día siguiente salimos temprano para una caminata de un par de horas. Por fin llegamos a una pequeña casa, rodeada por campos de cafetales. Los arbustos no tienen ya hojas, son solo unos palos resecos, pero están cubiertos con las cerezas, listas para la cosecha. Pero no habrá cosecha. Los muchachos me explican que nadie está cosechando, porque los precios del café se derrumbaron, y sale más caro cosechar el café que dejarlo ahí. Docenas de familias pierden su ingreso, ya que sencillamente no hay nada que vender,



Al entrar a la casa, como se hace de costumbre, saludamos a los santitos que están sobre el altar, y hacemos nuestra oración. Toda la familia se ha reunido para recibir al padrecito. Los dos misioneros que me acompañan y yo saludamos a todo mundo, y enseguida paso a ver al señor enfermo en su habitación. Es un señor de unos 60 años de edad, se ha lastimado un pie y no puede caminar y tampoco trabajar. Platicamos muy a gusto durante un rato. Acepta con gusto confesarse y comulgar. Para la comunión, invita a toda la familia que pase y así tenemos un momento de oración todos juntos. La madre y las dos nietas que viven ahí con él están muy agradecidas. Al momento de despedirnos, el Señor me dice:

- Espere, padrecito, mi hija le va a preparar unas tortillas.

Le agradezco con mucho gusto. Ya he aprendido que nunca hay que rechazar un regalo de estas personas. Me volteo hacia las dos nietas, unas chamacas de 12 o 13 años, y les agradezco con una sonrisa. Pero no se mueven. Se quedan ahí de pie, esperando. Es entonces que entra la otra hija. Había permanecido escondida hasta entonces. Tendrá unos 40 años, y aún vive con sus papás, y siempre vivirá con sus papás, ese es su destino. Se acerca al fogón, y con dificultad toma un poco de masa de una canasta. Y se pone a hacer unas tortillas. Las hace con muchísimo trabajo, con muchísima dificultad. No logra formarlas bien, se le caen, quedan todas chuecas. Esta hija, cuyo nombre nunca me aprendí, no es como las demás hijas y nietas. Bueno, sí es igual, solo que padece de parálisis cerebral...

¡Su rostro dibuja una enorme sonrisa! Me mira con admiración, con cariño. El padrecito ha venido hasta aquí, hasta mi casa, ¡y yo le preparo algo de comer! Y esta tarea sencilla, tan sencilla para otras personas, es para ella una tarea titanésca, casi imposible, ¡y sin embargo tan importante! La miro sin saber qué decir. Siento pena, vergüenza quizás, me siento indigno del regalo que me prepara. Cuantas veces comido sin siquiera dar gracias, sin pensar en la persona que ha cocinado para mí...



Poco a poco se ha llenado la canastita de mimbre, y la hija me la entrega con tanto cariño, con una sonrisa que su condición física distorsiona, pero que refleja todo el cariño que ha puesto en hacer unas tortillas para el tata y sus misioneros.



Tomo de sus manos la canasta y las aprieto a ambas contra mi pecho, a la hija enferma que me regalado algo de su vida, y esas tortillas que recibo como tantas veces he recibido el copón o la píxide donde coloco la Eucaristía que llevo a los enfermos. Precisamente en ese momento comprendo algo de la Eucaristía: En el ofertorio de cada misa agradezco a Dios el don de este pan, " fruto de la Tierra y del trabajo del hombre". Comprendo que, al igual que estas tortillas, el pan de la Eucaristía es a

menudo fruto de unos hombres, de unas mujeres que sufren, enfermos, cansados, que dan de lo poco que tienen, que dan un pan que es imperfecto, con unas oraciones imperfectas, con un corazón imperfecto, incluso con un amor imperfecto, sin embargo tan valioso, tan hermoso, porque viene de unas manos heridas y lastimadas, pero dispuestas a amar, a ofrecer lo poco que tienen, sabiendo que muy probablemente, este año, no habrá cosecha, no habrá dinero suficiente, pero siempre habrá unas tortillas ofrecidas con amor.

El regreso al a parroquia es largo, mucho más largo que a la ida. Llevo un peso enorme en las manos y en el alma. Llevo el peso de una familia, de una mujer enferma que nunca, nunca sanará, llevo la limosna que me ofreció una familia que este año difícilmente comerá. Pero se lo llevo a Dios, un Dios que seguramente está más cercano a ellos que a mí, pues Él finalmente no ve los rostros, sino los corazones.





*“Lo siento, pero hoy no hay misa”*

## MISIÓN EN SANTA RITA DE LA CUESTA

Verano de 1987. A duras penas he convencido al grupo misionero del CPP, Pedro Sembrador, de que es necesario cambiar de lugar de misiones. Este año empezamos nuestras misiones en Santa Rita de la Cuesta, en el Estado de México, no muy lejos de nuestra casa Marista de la Jornada.

Este fin de semana unos 20 chicos se han ido de misiones, y quedamos en que yo los alcanzo el domingo para celebrar la misa, y voy con la combi para facilitar el regreso de algunos de ellos.

Un camino de brecha bastante practicable me lleva hasta el pueblito. Es un lugar hermoso, con la iglesia al fondo de un valle, y un pequeño riachuelo. A lo lejos, sobre una pequeña colina rodeada de bosques, se alcanza a ver la bomba que surte de agua a todo el pueblo. Me alegro de encontrar a los chicos. Han hecho un buen trabajo. Platican con la gente enfrente de la iglesia y preparan los cantos.

" vamos, muchachos, vamos a misa"

“Una pregunta”, les digo, “¿Tendrán un poco de agua para lavarme las manos?”

- qué cree padre, no hay agua en el pueblo, así es esto.

Los miro un poco extrañado. Desde donde estamos se alcanza a ver la bomba sobre la colina cercana.



- cómo que no hay agua? ¡Si estoy viendo la bomba!

- pues qué cree, padre? No funciona. ¡Ni modo, vamos a misa!

- a ver, un momento, les digo. ¿Cómo que no funciona? Yo sé que la instalaron hace poco.

- ¡Pues no funciona, Padre! ¿Qué quiere que le hagamos?

- Qué quiero? ¡Pues que vayan a ver por qué no funciona, caray!

¿Ustedes son estudiantes del politécnico y no les interesa saber porque una bomba que surte a todo un pueblo no funciona?

- pues es que venimos de misiones, padre, no somos trabajadores sociales, además quién sabe cuánto cuesta repararla.

- pues precisamente por eso estamos aquí, para que el Evangelio cambie la vida de estos hermanos nuestros, y si podemos hacer algo por ellos, ese es nuestro deber. Y si no sabemos cuánto cuesta repararla, pues vamos a echar un vistazo, ¿no creen ustedes?

- y la misa, padre?

- la misa puede esperar. Esto es importante. A ver, los ingenieros, vayan a echar un vistazo ahí arriba.

A poco tiempo regresan con una pieza electrónica en la mano: Pues esto es lo que no funciona, hay que cambiar esta pieza.

- muy bien, les digo, que sigue?

- pues la podríamos cambiar, pero habría que conseguirla allá en la Ciudad de México, y quién sabe cuánto cueste.

- pues vamos repartiéndonos la chamba. Están seguros que la pueden reemplazar?

- sí padre, no es nada complicado, pero no tenemos la...

- sí, lo entiendo, déjenme ver qué puedo hacer...

- A ver, déjame ver, me dice uno de los chicos, creo que yo la puedo conseguir...

De regreso a la Ciudad de México, los chicos se ponen a trabajar, yo contacto algunos bienhechores del cpp. Con gusto dan del dinero necesario para comprar la pieza. Como las misiones son cada 15 días, pasan dos semanas antes de que los chicos regresen con la pieza necesaria.

- no se preocupe, padre, nosotros le instalamos. Cuando usted llegue el domingo, ¡ya todo estará funcionando!

Llega el domingo y nuevamente me dirijo a Santa Rita de la Cuesta.

- ya llegó el padre, vamos a misa todos!

- ya repararon la bomba?

- pues sí, Padre, pero ¿qué cree?

- déjame adivinar: No hay agua.

- así es, Padre, tenemos otro problema. Aquí Don Julián le va a explicar.

Don Julián es un señor muy amable, una de las autoridades del pueblo que con paciencia me explica que el encargado de la bomba es una persona muy mala, sí, muy mala.

- sí padre, este señor, Roberto se llama, una vez por semana, el sábado temprano, toca las campanas para avisarnos que va a echar a andar la bomba, bueno cuando funcionaba, pero solo la prende 15 minutos y después la apaga. La gente apenas tiene tiempo de poner sus cubetas que ya les cortó el agua. Hasta la siguiente semana. ¡Así no se puede! Me empiezo a enojar. Esta persona, Roberto, debe ser muy mala. Decidimos ir a hablar con él.

- no padre, no le contaron bien las cosas, lo que sucede es que la gente no tiene llaves en sus casas, solamente tienen una tubería, y cuando echo a andar la bomba, ponen sus cubetas, pero en 15 minutos ya están llenas, y después el agua se desperdicia, así que corto el agua y listo.

- bueno padre, me dice uno de los muchachos, vamos a misa?

- me le quedó viendo. ¿En serio? ¿Quieren ir a misa cuando hay un problema en la comunidad? ¿No creen que podemos hacer algo?



Junto a todos los misioneros y los invito a reflexionar sobre esta situación antes de ir a misa. Porque no creo que una misa sea aceptable a Dios si tu hermano está necesitado y tú puedes ayudarlo y no haces nada. Creo que no se vale.

- pues no sé qué podamos hacer, Padre! ¿Qué sugieres?



. No, no se trata de lo que yo sugiero, se trata de que ustedes vean una situación y reflexionen qué podemos hacer.

- pues... Supongo que nosotros podríamos instalar las llaves en cada casa, pero no tenemos...

- sí, ya sé, no tenemos dinero, como tampoco teníamos dinero para componer la bomba, verdad?

- cree que sus amigos nos pueden ayudar de nuevo, padre?

- no, no lo creo, y no pienso pedirles dinero nuevamente, porque creo

que ustedes pueden encontrar una mejor solución.

Un largo silencio. Por fin alguien Levanta la mano

- pues no, padre, no sé qué hacer

- de acuerdo, y qué hacemos cuando no sabemos algo?

- ¡Preguntamos!

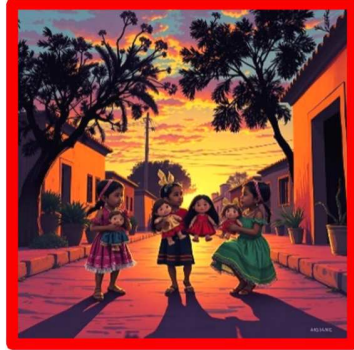
- exacto! ¿Por qué no le preguntamos a la gente del pueblo?

Después de misa junto a todos los jefes de familia. Sé que esta reunión va a durar bastante tiempo, pero poco a poco se va logrando el objetivo. Al final todo mundo está de acuerdo en dar \$50, y los chicos se comprometen a instalar las llaves a partir de la próxima misión.

Por tercera vez regreso a Santa Rita de la Cuesta.

- Qué cree, Padre? ¡Ahora sí hay agua!





*“Las muñecas”*  
**MISIÓN JUVENIL EN PUEBLA**

- ¿Tienes un minuto?
- Claro, Mamá, ¿qué sucede?
- He estado viendo las fotos que trajiste de misiones...
- Sí, te las dejé ahí en tu cuarto, ¿qué te parecen?
- Están todas muy bonitas, te felicito, se ve que tus chicos y tú están muy contentos cuando van. Pero hay algo que me llamó la atención...
- Sí, dime
- Pues me fijé sobre todo en las fotos de los niñitos y las niñitas, y tengo la impresión de que no tienen muchos juguetes...

Me quedo pensando un momento. Nunca me había fijado en eso.

- pues no sé qué decirte. Recuerda que los niños tenían algunos juguetes.

- pues me gustaría hacer algo, me dice mi mamá. ¿Qué te parece si les compramos unas muñecas a las niñas?

Nuevamente no sé qué decir. No se me había ocurrido nada parecido.

Me doy cuenta que hay toda un área de la labor misional que ni siquiera he visto.

- mira, aquí hay un poco de dinero. ¿Por qué no les compramos unas muñecas a las niñas? Sería un bonito regalo de Navidad.

- me parece excelente idea, Mamá, muchísimas gracias!



Y por supuesto, se me olvidó. Fue solamente llegando a Tepezintla, una semana antes de Navidad, que me acuerdo del regalo. ¡Bravo, pancho! ¡Otro éxito enorme! Obviamente la única tienda del pueblo no tiene muñecas, y mi forma de regresar a Zacatlán a comprar algo. No sé ni dónde meterme, y me pongo a buscar algún tipo de solución.



Una semana más tarde, hemos regresado a Zacatlán. Bueno, no todos. Algunos de los jóvenes Misioneros han decidido pasar Navidad, no con sus familias, sino con su familia, aquí en la sierra. Festejar el nacimiento

de Jesús entre esta gente sencilla que les ha abierto el corazón. Yo solo me quedo mirando con las manos vacías...

¡De pronto se me prende el foco! Me acerco al señor R, que se ha venido de Tepezintla con nosotros:

Oiga Don Roberto, necesito pedirle un favor.

¿Dígame, Padrecito, ¿en qué le puedo ayudar?

Le explico la situación, el regalo de mi mamá, me olvido, la Navidad ya cercana...

- Pos usted no se preocupe, Padrecito, todo tiene una solución. Vamos a ver, yo sé de un señor que va seguido a México, va a la Merced a traer cosas, igual le puedo pedir que nos ayude.

¡Qué gran idea! Todo se soluciona en dos patadas, « unas 50 muñecas, de esas de trapo, ¿cómo la ve? ¿Cree que se pueda?

- claro que sí, Padrecito, usted deme los centavitos y yo me encargo de todo...

Le entrego casi todo lo que tengo. Estoy feliz de la vida. Esta será una Navidad especial. Solo siento no poder llevarle fotos a mi mamá. Me regreso a la Ciudad de México muy contento, quizás hasta orgulloso de haber reparado mi olvido y haber cumplido mi misión. Tengo planeado regresar a finales de febrero para preparar la siguiente misión de Semana Santa, ¡así que ahí podré tomar todas las fotos que quiera! ¡Misión cumplida!



Las muñecas nunca llegaron...

Llego a Tepezintla y pregunto por Don R. Nadie lo ha visto. No ha regresado de la Ciudad de México. Nadie sabe nada de él, ni de unas muñecas, no hubo regalos de Navidad para las niñas. Porque soy un ... y me vieron la cara...

Mucho tiempo después, no sé exactamente cuánto, solo recuerdo que mi mamá ya había fallecido, me fui a la Merced, y compré 50 muñecas de trapo, de esas sencillitas, muy bonitas, aunque no duran mucho. Las llevo a otro pueblo, con otro grupo de misioneros, para otras niñas, para otra Navidad. Y aunque veo la alegría en sus rostros, no puedo dejar de pensar que desperdiicé una oportunidad, que pude hacer el bien cuando pasé por Tepezintla, y no lo hice. No sé si Dios cuenta esas oportunidades que Sus hijos desaprovechamos. Solo sé que no tenemos derecho a tener la oportunidad de ser felices a los demás, y no aprovecharla.

Hubo muchas misiones más. Cada una con su historia, sus niñas, sus dramas, sus misas, cada una distinta, cada una un tesoro. He intentado escribir el relato de algunas de ellas. Las demás están escritas en un gran libro en el cielo y en el corazón de tantos chicos y chicas que juntos intentamos ser Misioneros.





*¿Quiere mi bendición, joven?*

### **MERCADO DE OAXACA, 1994**



He venido a dar una vuelta al mercado de Oaxaca. Me fascina este lugar. Hunde sus raíces en las tradiciones seculares de nuestro pueblo. Es un mar agitado de ruidos, colores, comida, verduras, animales, un caleidoscopio de colores y alegría, un ir y venir de cuerpos y almas en un lugar maravilloso cubierto por altas bóvedas, un universo cerrado que parece llorar sus alegrías y cantar sus penas en un tohu-bohu que ya no busca y tampoco encuentra orden aparente alguno.

Gozo de cada momento en este mundo maravilloso y busco llenarme de los ruidos y colores que me rodean, miro con atención a cada persona, a cada alma que busca su camino y que parecen sumergirse y habitar un mundo Más Allá del mundo visible.

- ¿No tendrá unos centavitos que me regale, joven?

Una pobre ancianita se me ha acercado tendiendo la mano. Se lee en su rostro una sed, un hambre. Lleva así siglos, generaciones, mendigando, suplicando, arrancándole a la vida un poco de alimento y de calor.

- Claro que sí, nanita, ¡no faltaba más!

Hoy me siento generoso. Encuentro en mi bolsillo una moneda de 10 pesos (esto fue hace ya algunos años, así que 10 pesos era una cantidad apreciable para una limosna) y se los entrego con cariño y discreción.



La ancianita mira la moneda con sorpresa. No esperaba tanto, quizás hace mucho que no ve una moneda de esas.

- muchas gracias, joven, Dios se lo pague!

Se empieza a alejar, pero la llamo antes de que se vaya.

- espere, espere, se le está olvidando algo.

se detiene sorprendida.

- ¿qué pasa, joven?

(¡Me fascina que me digan “joven”!)

- Espere, señora, ¡ahora le toca a usted!



Me mira aún más sorprendida.

- cómo? No le entiendo, joven.

- sí, ahora le toca a usted darme algo, yo le di 10 pesos, ahora le toca a usted.

La pobrecita no entiende.

- pero joven, quiere que le devuelva...

- No, no señora, quiero que me dé otra cosa. Usted tiene algo muy importante que yo necesito.

- pero, joven, ¿qué tengo yo, ¿qué le puedo dar?

- sí, señora, usted tiene algo muy importante, quiero que usted me dé... ¡su bendición!

Sus ojos se llenan de lágrimas. Me mira con un cariño especial. Quiero pensar que nunca nadie le había pedido su bendición. Me toma la mano con afecto.

- Usted... ¿Usted quiere mi bendición, joven?

- sí, nanita, écheme su bendición!

Y me inclino ante ella.

. Bueno, joven, si me da otros 10 pesos, ¡le doy mi bendición!

Suelto una carcajada que resuena por todo el mercado. La gente se voltea a ver qué está pasando. Me alejo, entre muerto de risa y enojado: esta quiso aprovecharse de mí... Solamente más tarde, demasiado tarde, entenderé que esa es su vida: pedir “una caridad”. Ella sale a pedir limosna todos los días. Se humilla ante cada persona. Se enfrenta al desprecio y al rechazo. Yo no. Yo tengo mi casa, mi coche, mi confort, mi sueldo, mi seguridad. Ella vive de la caridad de los demás. Yo también, pero se me olvida. Yo nunca tendré el hambre y la inseguridad que ella (y millones como ella) viven a diario...

Cómo me hace falta esa bendición...





*Ah bueno, en ese caso, padrecito...*

### **MISIÓN DE SEMANA SANTA DE 1993**

Creo que la primera misión nunca se olvida. Esa Semana Santa en Tepezintla fue algo realmente maravilloso que marcó mi vida como sacerdote como mexicano. Fue sobre todo un aprendizaje, lecciones de vida que me acompañarán durante muchos años pero que a veces parezco olvidar y necesito reaprender.

Viernes Santo por la mañana. Hoy he podido levantarme un poco más tarde y disfrutar de un rico "cafetzin" en una mañana soleada. No hay mayores actividades hasta la liturgia de esta tarde, por lo que disfruto de un merecido descanso.

- Padrecito, ahí lo buscan...

¿Ya ven? Sabía que no duraría. Pero si la gente busca al padrecito, es por algo importante, así que no tengo inconveniente en salir al patio.

Me está esperando una pareja de ancianos, un matrimonio de muchos años que quieren hablar con el padrecito.

- siéntense, descansen un momento, chimosewi, chimosewi...

- Tlazocamate ,Tata.

.- Amotleno!

Me siento realizado con las pocas palabras en Náhuatl que he logrado aprender, caray, ¡toda una conversación! ¡La verdad, me siento bastante orgulloso de lo que he logrado en esta semana!

- pues verá usted, padrecito, hemos venido a pedirle unas misitas.

- con todo gusto, pero las tendré que celebrar en México, porque el lunes ya me voy.

Sí padrecito, no hay ningún problema.

¿Díganme, de dónde vienen ustedes? Se pueden quedar a la misita de hoy.



Pues verá usted, padre venimos de Xochitlasco, y nos enteramos que usted andaba por aquí, así que hemos venido a pedirle que celebre unas misas.

¡Desde Xochitlasco, caray! Eso está a más de 3 horas de caminata, y apenas son las 9. Es entonces que no todo que viene en sudorosos y cansados. Además, ¿cómo se enteraron?

Me da pena pensar que yo solo tengo que caerme de la cama para entrar a la iglesia, y ellos han caminado tres horas solamente para dejarme su papelito y pedirme unas misas. Y además me las van a pagar, las misas, digo.

Debo explicar aquí que me explicaron que no puedo cobrar menos que el padrecito que vive aquí, porque sería sabotearle su única fuente de ingresos. Tengo que cobrar los mismos \$5 que él pide por cada misa. Pero bueno, si nadie se entera...

- sí padrecito, vamos a querer 10 misas, queremos que pida por nuestros difuntitos, y nuestros animalitos, y la cosecha, y nuestro hijo que está lejos...¿cuánto va a ser?

Algún cálculo rápido, y le digo: De las 10 misas son \$25.

Me miro un poco extrañado, mientras hace cuentas en su cabeza.

¿Seguro, padrecito? ¿No le debo más?

- no, no, 25 pesos está perfecto.

. A ver padrecito, aquí tiene.

Y me entrega un billete de \$50.

-Cómo no, déjame ir a conseguir su cambio.

Regreso a la casa parroquial, muy contento de mí mismo: Caray, ¡qué lindo soy, ¡qué generoso! Cómo les voy a quitar su dinero, no, no, además ellos lo necesitan más que yo, es una manera discreta de ayudarlos. ¡Es obvio que ellos no valoran el dinero, pero yo les voy a ayudar! Después de todo, yo vengo de la ciudad, he estudiado, es mi deber ayudarles, ¡que ahorren su dinero! ¡Total, a mí no me hace falta y a ellos sí! No hay duda que soy una persona muy linda y muy generosa! Soy una luz en la oscuridad, un bienhechor entre los desposeídos...

Regreso poco después con \$25, que le devuelvo con una sonrisa y una satisfacción conmigo mismo que espero no se note,

Él se queda mirando las monedas que le he entregado con un aire bastante extrañado, se volteas a su esposa y platican un poco en Náhuatl. ¡Seguramente están pensando en cómo darme las gracias!

- estás seguro, padrecito? ¿De las 10 misas son \$25?

Sí, sí, así es, no se preocupe. De las 10 misas son \$25.



Por un momento me entra la duda de si él sabe contar o no (sí, así soy de clasista)

-Ah bueno, en ese caso, padrecito, ¡quiero otras 10!

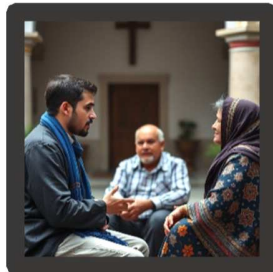
¡Gol! ¡Para que se me quite!

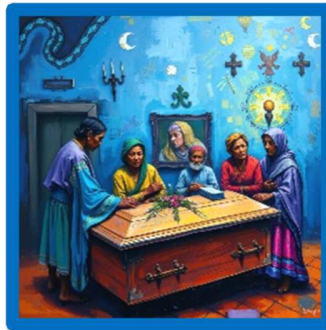
La generosidad no es dar lo que sobra, sino compartir lo que se tiene. Y la caridad, esa palabra tan manoseada, no es más que respeto y reconocimiento del otro.

Eso me pasa por querer decirle a la gente qué decisiones debe tomar Y cómo debe gastar su dinero. Comprendí que *La humildad no se regala, se aprende*, que la caridad empieza por el respeto y reconocimiento del otro, que la verdadera generosidad no es dar de lo que sobra, o de lo que no necesito, no es sentirse superior, sino compartir lo que se es y lo que se tiene. No es rebajar el valor de las cosas, del dinero, de las personas, sino reconocer y honrar lo que cada persona, su trabajo, su corazón, su amor valen realmente. Hay que amar desde dentro...

Aquel día, me creía maestro, y me descubrí alumno. Aquel día, comprendí que mi caridad era solamente una forma de vanidad. Desde aquel día, he intentado mirar el mundo con otros ojos, descubrir la sabiduría en la humildad y la riqueza en la pobreza. Ese día comprendí que Dios está en los corazones, y que cada persona expresa lo que lleva dentro, la verdadera magia que reside en el corazón, en gestos sencillos y humildes, pero cargados de sentido, que expresan el amor por los difuntos, por los animalitos, por la cosecha, por el hijo que está lejos, expresan toda su capacidad para amar. Y eso es más importante y más valioso que diez pinches pesos...

¡No sé si ya he aprendido la lección, pero tuve a los mejores profesores!





*“No, Padrecito, solo queremos una bendición...”*

### **EN LA FUNERARIA DEL ISSSTE, 1993**

Son casi las 9 de la noche. Y Como tantas otras veces, ya listo para irme a casa, suena el teléfono. "Andamos buscando un padre, y en la parroquia nos dieron este número, fijese que falleció mi hermano anoche. ¿Podría usted hacernos el favor de venir a celebrar una misa aquí a las capillas del IMSS? Podemos ir por usted."

Y Como tantas otras veces, como tantos otros sacerdotes, me dirijo hacia la funeraria con la pequeña maleta de Dios, la maletita que trae todo lo necesario: pan, vino y el poder de Jesús. Al llegar, buscan el tablero el nombre del difunto. Me dirijo a la pequeña capilla donde toda una familia me espera. Desconocidos todos, y sin embargo son mis hermanos, son ya mi familia. Es fácil leer en sus rostros el dolor que los habita. Una misa sencilla, corta, donde intento no solamente repetir palabras ya dichas tantas veces, sino hablarle a esta familia que ha perdido a este ser querido.



Voy saliendo cerca de las 11. Me dirijo hacia la salida: "¿Disculpe, es usted padrecito? ¿Nos podría celebrar una misa por mi mamá que murió?". Siento las rodillas que se me doblan levemente. Me volteo hacia estas personas, no sin sonreírles con un poco de esfuerzo. ¿Cuál cansancio? ¡Me digo para mí mismo, vamos de nuevo!

Ninguna misa es como las otras. Cada una es única. Pero a estas horas de la noche no es fácil encontrar palabras nuevas, significativas, que consuelen de verdad. Intento dejar que el espíritu hable por mí.

Ya dieron las 12. Recojo mis cosas y nuevamente me dirijo hacia la salida. Lo hago sin hacer ruido, tratando casi de ser invisible. "Disculpe padrecito..."

Siento que una espada me parte en dos. Sencillamente no puedo más. Siento las rodillas que se me doblan y un dolor en el estómago. Voy a tener que decir que no, lo siento mucho, sencillamente no tengo fuerzas.

"Disculpe, padrecito, le queríamos pedir, a ver si se puede..."



Me volteo buscando las palabras que les voy a decir, y veo dos rostros, dos rostros que nunca olvidaré, dos hermanas, ya mayores, vestidas pobrementemente, con esa mirada, esos ademanes que más que timidez expresan miedo, miedo de molestar, miedo de ser inoportunas, como sabiendo que no merecen nada porque nunca han tenido nada, porque no tienen dinero para pagar la misa, miedo porque un día alguien les dijo que eran inferiores, que no valían gran cosa, por ser mujeres, por ser

pobres, por ser ignorantes, porque tantas veces les han dicho “NO”, tantas veces las han rechazado y humillado, pero murió su hermano, así que tienen que preguntar: "Disculpe, padrecito,...

- Señora, no sé qué decirle, mire la hora que es..." las palabras se me atorán en la garganta, no quieren salir, no sé ni lo que estoy diciendo.

" Disculpe, Padrecito, lo vimos llegar, y pues queríamos pedirle...

" Señora, disculpe, es que celebrar otra misa...

" No, Padrecito, no le queremos pedir una misa, sabemos que está muy cansado, solamente queremos una bendición... Verá usted, hemos venido de lejos, aquí está toda la familia, ya llegaron del pueblo, mañana nos lo llevamos porque aquí todo está muy caro, y pues mi hermano murió sin confesarse, entonces de favor, Padrecito...

Claro que sí, señora, solamente una bendición, por favor pase usted, yo la sigo-

Ya ahí está toda la familia, alrededor de un féretro que parece ocupar toda la capilla. Ahí están la esposa, los hijos, los parientes venidos de lejos, todos con sueño, todos cansados, todos dolidos porque el hermano, padre, amigo se ha ido, ha dejado un hueco enorme que solamente puedo intentar llenar con " solamente una bendición,"

Me pongo una estola y saco mi libro de oraciones. Siento las miradas sedientas que se vuelven hacia mí, las lágrimas de todos que quiero recoger. Y les hablo. Les hablo de Dios, de parte de Dios, en nombre de Dios. Trato con ellos de comprender el significado de este desastre llamado muerte, de este dolor llamado separación, de este vacío llamado ausencia. Intento llenarlo, aunque sea en parte, “con una bendición”.



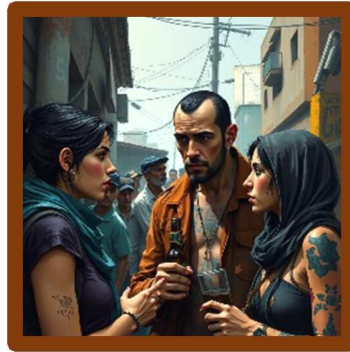
"Solamente queremos una bendición..." La pobreza también es eso, es no encontrar a un padrecito, no poder conseguir que venga, y si conseguimos que venga, no poder pagarle o darle una limosnita.

Me quedo una hora con la familia. Me cuentan todo. No esperan una respuesta, una explicación. Solo quieren que alguien los escuche. Algunos se van sentando, otros se duermen. Me ofrecen un cafecito. Mañana temprano saldrán al pueblo, allá donde nació, a enterrar a su ser querido. Allá tampoco tendrán el consuelo de una misa o de una bendición porque no hay sacerdote en el pueblo, y la parroquia queda muy lejos, y pues, no tenemos los centavitos.

Y así termina otra vida, la de un hermano mío que yo no conocí. En la pobreza de tener “solamente una bendición.”

Nunca los volví a ver... Sin embargo, siguen presentes en mi vida. Estoy endeudado con ellos. Les debo una misita.





*"Sé que vienes de parte de Dios..."*

## MISIÓN JUVENIL EN LA COLONIA ACUEDUCTO, 1995

Enero de 1995. Como cada año, estamos preparando una misión de Semana Santa. Pero este año será distinta. No iremos a la Sierra Norte de Puebla. La haremos aquí mismo, en nuestra parroquia de la Ciudad de México, y será una misión juvenil.

Se han juntado unos 50 chicos y chicas de la parroquia. Están todos muy entusiasmados. Han sido varias reuniones de preparación, sobre todo para hacer bien el visiteo. A diferencia de las misiones en Puebla, no iremos a las casas, sino que vamos a recorrer todo el barrio, de dos en dos, buscando a los jóvenes, invitándolos a conocer a Cristo, abrir sus corazones a su amor, y a cambiar sus vidas. Es el famoso "Kerygma" o primer anuncio del Amor incondicional de Dios manifestado en Cristo Jesús.

La misión empieza el domingo de Ramos, después de la misa en la que los misioneros uniformados han recibido su cruz misionera y salen de dos en dos por las calles. Nos volveremos a encontrar esta tarde en la parroquia.

Son ya más de las 7 cuando regresan los últimos Misioneros. Se siente el cansancio, pero también la alegría, el entusiasmo, el gozo de conocer a Cristo y darlo a conocer. Llegan también Mónica y Azucena, que fueron juntas a dar el primer anuncio. Mónica está temblando, a punto de llorar, está temblando. Azucena, por el contrario, tiene una mezcla de alegría y de fervor en su rostro. Algo sucedió.

Me les acerco: " cómo les fue?"

"Ay, padre, ¡si supiera!"

"Pues cuéntenme!"

Azucena me lo cuenta todo: Pues mire, íbamos muy contentas por la calle buscando a los jóvenes, y al doblar una esquina nos encontramos de tope con un grupo de chicos drogándose, tomando, haciendo escándalo allá por el viaducto, usted sabe, donde se juntan todos los chicos malos.

¡Y que los vemos! y que nos ven! y se nos quedan viendo! Creíamos que nos íbamos a morir.

Mónica me agarró del brazo y me jaló: ¡Vámonos, aquí está súper peligroso!





Pues no, le digo, el padre Pancho dijo que había que ir a todos, buscar a todos los jóvenes, incluso a estos.”

Y Azucena se acercó al que parecía ser el líder, un grandulón con tatuajes y la mirada perdida, con la cerveza en una mano y el churro de mota en la otra. Se le plantó enfrente y mirándole a los ojos le dijo:

- Sabes qué? ¡Dios te ama!

- ¿Pe, perdón? ¿Cómo?

- Sí, mi chavo, Dios te ama, Dios es tu Padre que te ama con un amor infinito y misericordioso, y envió a su hijo Jesucristo para salvarte, para darte vida nueva, para liberarte del pecado.



- Es en serio?

- Y tienes que abandonar el pecado, todo lo que ensucia tu vida, ese alcohol, esa mota, son pecado, eso no es lo que Dios quiere para ti, tienes que aceptar a Cristo que murió y resucitó por ti. y por todos ustedes, mis chavos!

Silencio. Miradas incrédulas. Se siente una tensión enorme.

- a ver, mi morra, espérame tantito.

El grandulón se dirige hacia sus chavos, y estuvieron platicando un rato, con risas, groserías, miradas amenazantes o de lujuria.

Al poco rato regresa:

- ¿Sabes algo, mi chava? *Sé que vienes de parte de Dios.* Porque normalmente, dos chavas así solas en la calle, en nuestro barrio, ya las hubiéramos golpeado, violado, y tirado por ahí. Pero no, ustedes vienen de parte de Dios, así que vengan, siéntense aquí, y díganme más”.

"Sé que vienes de parte de Dios." desde aquel día esas palabras me habitan, más como una pregunta que una afirmación. Son la pregunta que me planteo cada día, que me cuestionan, que me hacen enderezar el rumbo. Son la pregunta que a veces busco evitar. Pero no hay salida. Porque cualquiera que sea mi camino, siempre, por todos los caminos de mi vida, me dé cuenta o no me dé cuenta, vengo de Dios y estoy caminando hacia Dios.

Azu y Mónica se echan a llorar. Lágrimas de alegría, de tensión, de alivio, de agradecimiento. El grupo ha escuchado incrédulo su relato. Las rodeamos de nuestro afecto y nuestra presencia. Hoy Cristo ha sido proclamado con valentía y amor.





*¿Seguro que no te debo nada?*

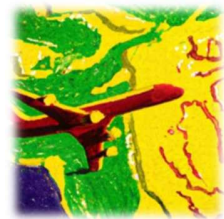
## **PRIMERA JORNADA DE VIDA CRISTIANA EN ECUADOR**

CDMX, México y Latacunga, Ecuador, marzo de 2009.

- Sí, ¿bueno?
- Mi estimado Edgar, ¿cómo estás? ¡Habla Chauvet!
- Padre, ¡Qué gusto! ¿Bien, gracias y usted? ¿En qué puedo servirle?
- ¿Qué vas a hacer la penúltima semana de Marzo?
- Por el momento no tengo planes...
- ¡Pues ya los tienes! ¡Necesito tu ayuda, mi buen! ¡Nos vamos de Jornada!

(Irse de Jornada, para los que no lo saben, es ir a dar una Jornada de Vida Cristiana, un retiro muy dinámico para jóvenes).

- Claro que sí, Padre, ¡con todo gusto!
- Qué bueno que ya aceptaste, porque... ¡nos vamos a Ecuador!
- No juegues, ¡Qué padre! ¡Me apunto! ¿Quién más está en el equipo?
- Pues... De eso precisamente te quería hablar...



Y nos fuimos a Ecuador. Edgar y yo. Solamente Edgar y yo. Solos Edgar y yo. La comunidad del Foyer de Charité de Latacunga me había invitado a predicar su retiro de Semana Santa, y quedamos de acuerdo que sería bueno aprovechar la oportunidad para hacer un retiro para jóvenes, y ¿qué mejor que una jornada de Vida Cristiana?

El problema, claro, era juntar un equipo y llevarlos hasta allá. Y por supuesto no había presupuesto, así que se me ocurrió invitar a Edgar. Fue hasta divertido (bueno, un poco penoso también) explicarle que él sería el único miembro del equipo, y que le tocaría dar cinco o seis pláticas, las meditaciones, cubrir todos los cargos (liturgia, horario, material).

También tendría que dirigir un corrillo y no sé cuántas cosas más. Pero yo conocía de antemano su respuesta: "¿cuándo salimos?"

A 16 años de distancia, el recuerdo sigue vivo. Los detalles, quizás los nombres se han ido borrando. Pero dos cosas son inolvidables: La respuesta, mejor dicho, la entrega de los chicos que oían hablar de Cristo y de la Gracia como nunca antes (¡Gracias, Hermanos Maristas, ¡por inventar las Jornadas de Vida Cristiana!). Uno de ellos comentó: "¿Vivir en Gracia de Dios y ser Santo? ¡Esto nunca me lo habían dicho!" Y la segunda: ¡la entrega y generosidad de Edgar durante esos cuatro días! ¡Lo hizo todo! Aprendí que se puede ser generoso y entregado, darlo todo sin mirar atrás.

Después de la Jornada acompañé a Edgar a la estación de autobús de Latacunga para que él emprenda solo el viaje de regreso. Yo me quedo una semana más para predicar el retiro de Semana Santa a los adultos. Edgar hubiera querido quedarse, pero tiene que regresar a México por cuestiones de su familia y del trabajo,



- lo tienes todo? ¿No olvidas nada?

- No, Padre, aquí viene todo, pasaporte, boleto... ¡Lo bueno es que pude conseguir un boleto barato! ¡No te preocupes por nada!

¡Se me olvidó comentar que Edgar pagó su propio boleto, cubrió él mismo todos sus gastos! Nos despedimos con un abrazo. Antes de subirse al autobús, me pregunta: "oye, Padre, ¿seguro que no te debo nada?"

Wow...

Le cedo la palabra a Edgar:

*"Cuando me preguntaron por primera vez si quería ir a Ecuador a realizar una jornada dije que sí casi de inmediato, movido por la necesidad de seguir dando a los demás la palabra de Dios, me aventuré y encontré a otro Cristo en cada joven, alegre, con ganas de vivir, con muchas inquietudes. Me di cuenta que tenemos ganas de vivir plenamente, que tenemos muchos sueños en común y eso es oro molido para mí.*

*Completos desconocidos para mí se fueron convirtiendo en personas que llevaré toda mi vida en el corazón, la jornada apenas es una probadita muy pequeñita de lo que es el vivir en Gracia de Dios. La alegría, propia de los ecuatorianos, su chispa, su manera de tratar a las personas, me dicen que se puede seguir adelante. Incluso les escribí una carta después de la Jornada: "Esa es la gran prueba en tu vida, no te dejes abatir por lo que diga la gente, tú sabes que tienes un Amigo que es Cristo Jesús, que te ama tal como eres, ni más ni menos, Dios te tiene tatuado en la palma de su mano desde antes que nacieras y quiere que seas feliz, no te detengas en ese anhelo y contagia a los que te rodean, puede ser que tu manera de vivir sea el único evangelio que tengan la gente que ésta a tu alrededor, vive de tal manera que se antoje vivir al Estilo de Jesús Resucitado."*

*Uno de los muchachos me dijo durante la fogata: “mi corazón está ardiendo por dentro después de lo vivido en estos tres días!”, y es una frase que llevo en el corazón desde entonces. Gracias Ecuador, gracias Mi Señor Jesús por permitirme llevar tu palabra a mis hermanos.*





*“Esto no sirve de nada”*

## **SIERRA NORTE DE PUEBLA, SEMANA SANTA DE 1995**

- “Esto no sirve de nada”

Sus palabras caen como una loza sobre el grupo: "Esto no sirve de nada!!"

Cansados de todo un día, de toda una semana de trabajo, días de visiteo, catecismo, de visitar enfermos... Sus palabras caen como un juicio sobre lo poco o mucho que estamos haciendo.

Quizás no debería yo decirlo así, seguramente es falta de caridad de mi parte, pero nunca me cayó bien. Es más, me cae mal. Sí, lo sé, lo siento, pero hay gente así...

Llegó de sorpresa, enviado por el padre decano, "para que viviera una experiencia pastoral aquí en la sierra". Ha llegado así, de improviso, un seminarista de la arquidiócesis, y a todo un " teólogo", como el mismo lo dice, y viene a ver "qué estamos haciendo". Todo lo aleja del grupo: su ropa elegante (sotana negra), su mirada, sus actitudes, su sonrisa... o falta de.



Nos ha acompañado toda la semana, sobre todas las liturgias, y este Viernes Santo, en la junta de evaluación, sus palabras sacuden el corazón y el ánimo de todos los jóvenes.

- Esto no sirve de nada

- perdón, le digo, a qué te refieres?

- pues a todo, a esta misión, a todo lo que hacen, no veo que le sirva realmente a nadie, no veo que nada cambie, estamos simplemente perdiendo el tiempo.

Todos voltean a verme, esperando que yo diga o haga algo. Los que mejor me conocen agachan la cabeza, esperando un encontronazo, una discusión.

Trato de conservar la calma:

- puede ser que tengas razón, le digo, pero la verdad no lo sé. Creo que esa pregunta no es para nosotros, pienso que habría que preguntarles a nuestros hermanos del pueblo.



Al día siguiente llamo a los fiscales y mayordomos que nos han estado acompañando. Nos saludamos todos muy amablemente, y finalmente les pregunto:

- Disculpen la molestia, disculpen la pregunta, pero los muchachos y yo quisiéramos saber si están ustedes contentos con nuestra presencia, con nuestro trabajo. No sabemos bien si les está sirviendo, si ustedes están a gusto, se han entendido todo lo que les hemos dicho en las pláticas y en las misas. Perdonen la molestia, pero esto es importante para nosotros, queremos saber si nuestra presencia les ha servido de algo.

El pequeño grupo de personas me mira atónito. No pueden creer lo que acaban de escuchar. Se miran unos a otros sin saber qué responder. Sus miradas recorren todo el grupo de Misioneros, nos miran a mí y al seminarista, sin saber realmente qué pensar o decir.

- permítanos usted hace un momento, padrecito.

- Claro que sí, adelante.

Se alejan un poco y hablan entre sí. Se entremezclan en una discusión que no entiendo, que apenas alcanzo a escuchar, pero es clara su pasión, su malestar, su preocupación. Se expresan en un idioma que no conozco, su Náhuatl es como un canto, o mejor dicho como un vertiginoso baile de emociones y sentimientos.

Finalmente, el mayordomo se acerca a nosotros. Sus manos agarran su sombrero, pero sin saber realmente qué hacer con él. Su tono es 0, su cabeza levemente agachada, se ve que esto le está costando mucho trabajo.

- Pues mire usted, Padrecito, yo le quiero decir... Usted nos pregunta si hemos entendido algo de lo que ustedes nos han dicho, de las reuniones y de las pláticas, y si estamos contentos que ustedes vengan... Pues mire, Padrecito, de lo primero, de si hemos entendido, de todo lo que ustedes nos han dicho, la verdad, Padrecito, es que no hemos entendido nada... Usted perdone, Padrecito, para nosotros, pues es muy difícil, no entendemos muchas palabras, no, no entendemos mucho... Pero sabe usted, Padrecito, de lo otro, de si estamos contentos que ustedes vengan, quiero decirle que... Pues es que aquí, nadie viene... Nadie viene a vernos. No somos importantes. A veces vienen el alcalde o el juez de paz, cada 6 años vienen los de los votos, y nos dan unos papeles y tenemos que firmar y ya nunca regresan, hasta otros 6 años. Los del gobierno, los de la escuela, tampoco vienen, nadie viene Padrecito, los únicos que han venido a vernos, los únicos que han pasado los días con nosotros, han sido ustedes Padrecito... Entonces, Padrecito, la respuesta es, sí Padrecito, estamos muy contentos de que ustedes vengan, porque son los únicos, nadie más viene, y sabe usted Padrecito, desde que ustedes vienen, pues como que algo ha cambiado aquí en el pueblo, como que nos queremos más...



Nos abrazamos llorando. Sus brazos me sostienen y me siento acogido, aceptado, amado por estos hermanos míos que yo no conocía, que ignoré durante tantos años.

Días más tarde, ya de camino a casa, la pregunta no me ha dejado: ¿Ha servido de algo? ¿Ha cambiado algo? Hubo confesiones, primeras comuniones, repartimos unos juguetes, unos cobertores... La verdad no sé qué tanto cambiaron las cosas allá en la sierra. Pero aquí adentro sí que cambiaron.





*¿Pos dónde más quiere usted que yo esté, Padrecito?*

## **HOSPITAL DE TRAUMATOLOGÍA, MAGDALENA DE LAS SALINAS, MÉXICO**

El padre Pedro Herrasti, director del centro Politécnico de Proyección, ha fundado un nuevo grupo. Un día fue llamado a visitar a un enfermo en el Hospital Nacional de Traumatología, no muy lejos del CPP, y ahí ha descubierto la inmensa necesidad espiritual que tienen tanto los enfermos como sus familiares, por no hablar del personal mismo del hospital.

Así van a hacer el grupo "Siervos de Jesús Enfermo", al que se apuntan los jóvenes politécnicos para acompañar a un sacerdote a visitar a los enfermos. Pero no son simples acompañantes: Son enviados en misión al hospital de traumatología a visitar a los enfermos, rezar con ellos, y hacer la lista de los que quieren hablar con un sacerdote.

Para mí la visita a los enfermos será siempre de uno de los apostolados más difíciles. Enfrentar el sufrimiento humano me cuesta muchísimo trabajo. Con dificultad encuentro palabras de consuelo y de apoyo a los enfermos. Pero hay que estar ahí. Y la presencia de algún chico o chica del CPP en esas visitas es una fuente de apoyo y de fuerza para este apostolado tan difícil.



Me toca ir los jueves por la tarde, y aquel día me acompaña Enrique. Él me va guiando y recorremos varios cuartos del hospital. Finalmente llegamos a un cuarto donde la puerta entreabierta parece invitarnos a entrar. Y ahí, tendido sobre la cama, a mitad cubierto por una sábana, un joven yace inconsciente, con los brazos abiertos, extendidos, formando todo su cuerpo una Cruz. Su cabeza está rapada y está cubierta por una enorme cicatriz. Parece estar dormido.

" mira, Enrique", le digo, "ahí está Jesús, tendido sobre su cruz"

" sí, padre", me dice Enrique, "y ahí está la Virgencita".



En efecto, sentada cerca de la cama, está una señora, una de esas madrecitas mexicanas, una de esas señoras humildes y sencillas que atienden día tras día sus familias, cocinando, lavando, educando, siempre presentes en su hogar, siempre acompañando a sus hijos, incluso en el hospital. Tantas veces invisibles, sin hacerse notar, pero siempre están ahí.

Me avergüenza no haberla visto al entrar en el cuarto. Me le acerco y la saludo, platicamos un poco, juntos hacemos oración por su hijo mientras le doy el Sacramento de los Enfermos. Ella me toma de la mano agradecida, y las palabras se me atorran en la garganta, pero como siempre, ¡alcanzo a decir una tontería!

" Mire, Señora, ya es tarde, ¿cuánto tiempo lleva usted aquí con su hijo? "

" pues desde que lo trajeron padrecito, hace una semana... "

wow ...

" Pues mire Señora, ya le toca a Usted descansar, su hijo está bien aquí, lo están atendiendo, va a ver cómo se repone. ¿No cree que sería bueno que se fuera usted a casa, a descansar un poco? Su hijo va a estar bien..."

La señora levanta la mirada, y me mira con unos ojos grandes y tristes, que sin embargo reflejan una gran fortaleza.

"Ay, padrecito, pos dónde más quiere usted que yo esté, ¿si no es aquí junto a mi hijo? "

Se me cae la cara de vergüenza. Años más tarde, el Papa Francisco dirá que los sacerdotes somos a menudo unos burócratas, unos empresarios, interesados en la eficiencia y no en las personas. ¡Vaya que tenía razón en lo que me toca!



Comprendí que el pasaje del Evangelio (Juan 19,25-27) que nos dice que María estaba al pie de la Cruz con las otras mujeres. Pues ¿dónde más va a estar una madre, si no es junto a su hijo, que está enfermo, que está sufriendo, que está muriendo, junto al hijo alcohólico o drogadicto, junto al hijo violento o necesitado, con síndrome de Down o parálisis cerebral?

¿Dónde más quiero que esté, señora? Que gran lección me ha dado. Usted está justo donde debe estar, sufriendo juntos a su hijo, como María en el Gólgota, como tantas mamás en el mundo entero. Quiero que esté usted justo aquí, junto a su hijo, aunque esté inconsciente, o dormido... Quédense junto a su hijo, como María. Hoy es Viernes Santo, ya vendrá la Resurrección.

Quizás lo único que yo quisiera, Señora, es que su esposo también estuviera aquí. No sé por qué no está, quizás está trabajando, ocupándose de los demás hijos, quizás está sufriendo por no poder estar aquí... Quizás no hay papá, y usted, Señora, tiene que cargar con todo. Pero cómo quisiera que cada esposo, cada padre de familia, también estuviera aquí, junto a su hijo, y no en la oficina, o en la cantina, o dando el gasto y diciendo "ya cumplí", "eso es cosa de

mujeres” .... Quisiera que cada hermano, cada tío o sobrino, cada amigo estuviera aquí, junto al que sufre... aunque esté dormido, aunque esté inconsciente, aunque esté muerto.

El “padre Pancho” que salió ese día del hospital no es el mismo que entró unas horas antes. Puedo vislumbrar lo que Dios espera de mí con un poco más de claridad. Comprendo también u poco más una dimensión escondida del sufrimiento humano: ¡Dios necesita que estés ahí!





*Si quieres nosotros vamos...*

### **SIERRA NORTE DE PUEBLA, VERANO DEL 1997**

Este año han venido varios grupos de Jornadas de Vida Cristiana hacer misiones aquí en la Sierra Norte de Puebla. Más de 10 grupos se han apuntado, y estaremos haciendo misiones escalonadas a lo largo del mes de agosto. Esperamos cubrir todas las comunidades de la parroquia de Tepezintla. En total vendrán casi 100 misioneros.

De hecho, en estas misiones, la actividad principal no son las liturgias ni el catecismo, sino el visiteo. Como marca el Evangelio, los jóvenes misioneros van de dos en dos a visitar a todas las familias de la parroquia y a compartir con ellas el Primer Anuncio, la Buena Nueva de la salvación en Cristo Jesús. Son experiencias hermosas, y los chicos le entran con ganas y por supuesto, ¡el padre Pancho también tiene que entrarle!

Ya llevamos dos semanas aquí. Los grupos de la Ciudad de México se han ido turnando y cada vez visitamos más casas, más familias. En estos primeros días de la Misión, mi trabajo es sobre todo visitar a los enfermos, pero para eso es indispensable en el apoyo de los jóvenes. Y esta mañana, con un pequeño grupo de misioneros, me dirijo al pueblo más alejado, hasta Omitlán, a más de dos horas de distancia de Tepezintla, una subida muy cansada, y es solo el inicio...



Son casi las 11 Cuando llegamos a la iglesia de Omitlán. Empezamos el visiteo, que va a durar más 5 horas. No podemos quedarnos más. Tenemos que bajar a Tepezintla antes de que oscurezca. ¡Cada quien comerá ahí donde lo inviten, y pues nunca faltan las tortillas y los frijoles!

Son más de las 5 de la tarde cuando nos juntamos nuevamente en la pequeña iglesia. Algunas personas del pueblo vienen a despedirnos. Ha sido una hermosa experiencia. Estaremos de regreso el sábado para la misa y las confesiones. Gustavo, el coordinador, da la señal, y emprendemos el camino de regreso.

¡Pero no llegamos muy lejos! Apenas hemos salido del pueblo cuando se nos acerca un grupo de hermanos nuestros indígenas. En sus rostros se nota el cansancio, es obvio que han caminado bastante. Nos saludan con el respeto típico de esta región.

- Tzinu, Tata, ¿cómo está usted?

- Cualli, cualli, tlazocamate, huan Tewatzin?

- Cualli, gracias, Tata... Disculpe usted, Tata, perdone... ¿No van a venir a visitarnos?

¡Ah caray! ¡Pensé que ya habíamos visitado todo el pueblo! Gustavo se me acerca: " no entiendo, pancho, pensé que ya habíamos acabado!"

- " dígame usted, de dónde vienen?"

- Venimos de... , trabajamos medio día y vinimos para acá porque nos hemos enterado de que usted y los santos Misioneros están visitando todas las casas y queremos pedirles que vengan a vernos, sé que estamos lejos, y somos pobres, pero...



¡Vaya problema! Miro mi reloj y el sol que se va ocultando. No podemos quedarnos aquí más tiempo, tenemos que iniciar el regreso antes de que nos agarre la noche, ya me ha sucedido y es incluso peligroso. ¡Todo mundo voltea a mirarme, a ver qué decido!

- Usted nos va a disculpar, los muchachos y yo ya estamos cansados, y tenemos que regresar a Tepezintla antes que se

nos haga de noche, no sé si...

- "Somos mucha gente allá, padrecito, la gente ya sabe que ustedes están aquí, los están esperando..."

¡El corazón se me hace chicle! Estoy entre la espada y la pared: No podemos ir, y nos tenemos que regresar, hay que ser prudentes... ¿Como Les explico sin ofenderlos?

- "Estamos solo a dos horas padrecito, no está lejos..."

- " Lo siento mucho, no es posible..."

Y de pronto, como un rayo, me caen encima estas palabras:

- " ¡Pancho, si quieres nosotros vamos!"

- " sí, Pancho no hay bronca!"

Wow!

Los chavos del grupo quieren opinar, quieren decidir ellos también. ¡Nosotros vamos!

- " pero no van a alcanzar a regresar, no van a llegar a Tepezintla!"

- No hay problema, vamos con estos hermanos nuestros, allá dormimos, ¡y mañana hacemos el visiteo! Estaremos de regreso mañana por la tarde."

- " Nosotros les podemos dar posada, padrecito, los podemos recibir."

Me le quedo viendo a los muchachos (lo siento, no recuerdo sus nombres, ni siquiera sus rostros). Están pidiendo que les tenga confianza, que le suelte la rienda, que los envíe en misión sin controlarlos, sin vigilarlos, sin estar encima de ellos todo el tiempo. Siento que me están pidiendo demasiado.

Ellos, al contrario, sienten que están ofreciendo lo que la gente espera de ellos, lo que Dios espera de ellos.

- " Está bien, chicos, ¡láncense! ¡Nos vemos mañana!"

De pronto comprendo que no esperaba yo menos de ellos, sin haberme dado cuenta.

- "Claro que sí, Pancho, ¡nos vemos mañana! ¡Échanos la bendición!"

Los veo alejarse rápidamente, llenos de energía. Me quedo pensando un momento. Tengo que aprender a confiar.



Y "mañana" no nos vimos. Los esperé, los esperamos y no llegaron. Me quería morir. Pero me sirvió de lección. Comprendí lo que sus papás, sus mamás sienten cuando les dicen." me voy de misiones con el padre Pancho". Me tuve que hacer, como ellos, el nudo en el estómago y repetir mil veces: " están bien, van a llegar en cualquier momento".

¡Por fin llegan, con un día de retraso... y de alegría!

- "Estuvo padrísimo, Pancho, ¡hubieras venido con nosotros! ¡Había mil casas que visitar! ¡Pues no podíamos avisarte, así que tuvimos que quedarnos un día más!"

No sé si matarlos o abrazarlos. Gracias a Dios todo salió bien. Y aprendí mi lección: Hay que confiar en ellos, como Cristo mismo Confía en todos nosotros:

## **Segunda parte**

Pero no todo sale bien...

- " Pancho, hola, ¡soy Gadafi!"

Aunque se llamaba Fernando, le decíamos "Gadafi", era idéntico al dictador libio.

- " Qué crees, Pancho, este año no puedo ir contigo de misiones, mi párroco me ha pedido ayuda y voy a dirigir un grupo de misioneros, vamos a ir a...., así que lo siento, pero no cuentas conmigo!"

Me da coraje y alegría al mismo tiempo. La ayuda de Gadafi es valiosa, pero esto será para él un crecimiento, una manera de abrir sus alas.

- " Pues buena suerte, mi buen, ¡nos hablamos el lunes de Pascua!"

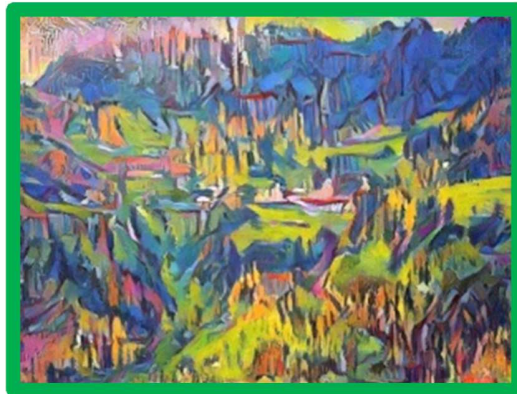
Nunca lo volví a ver. La llamada no llegó. Pero no me preocupé, total, no había prisa. Ya se comunicará.

Llegó otra llamada: " padre, ya supiste? ¡Se nos murió Gadafi!"

¡No lo puedo creer! Tenía 28 años. Al parecer, en esa misión de su parroquia, él lo hizo todo: Organizó, dirigió, caminó, cantó, predicó... Lo dio todo, como sólo él sabía hacerlo, como lo había yo visto tantas veces. Y llegó a casa el Domingo de Resurrección, ya noche, cansado, agotado: " Papá Mamá, mañana les platico, estuvo padrísimo, pero estoy agotado, mañana les cuento, me voy a dormir, los quiero mucho."

Y nunca despertó... Su corazón Le falló, le dio un infarto, quizás fue demasiado esfuerzo, demasiada generosidad, y ahí quedaron todos sus proyectos, sus sueños, su vida.

Sé que todo esto tiene sentido dentro del plan maravilloso e inescrutable de Dios. Gadafi cayó en las manos desconcertantes de un Dios de amor. Pero no cayó ahí el día de su fallecimiento. Cayó en manos de Dios el día que fue a Jornada, que dijo Sí, Señor, te amo, ¡vive en mí!" Cayó en los brazos de Jesús el día que se dejó abrazar por Él. Y lo dio todo. Porque Dios no pide mucho, lo pide todo. A veces de golpe, a veces a lo largo de todo en la vida, pero siempre será desconcertante. Habrá a menudo la tentación de decir " no puedo más", " ya lo di todo", pero el Espíritu inagotable de Dios siempre nos guiará hacia un mayor amor y hacia una mayor entrega, hasta el día en que ese amor y esa entrega sean infinito infinitos en su Reino Celestial.





*La Cueva*

## **SEMANA SANTA, 1997 SIERRA NORTE DE PUEBLA**

El grupo de misiones "Telpocatzin Totatzin" de la parroquia de Ticomán nuevamente ha venido de misiones a este rincón de México que tanto queremos. El padre Eleazar nos ha pedido que trabajemos en la cabecera del municipio, que es también la parroquia principal, Tepezintla.

En grupo ya tiene experiencia y las cosas van muy bien. Hemos desarrollado las actividades de siempre: Visiteo a las familias, catecismo para los niños, visitas a los enfermos y también un gran bazar de ropa y juguetes que la gente de la parroquia de la Asunción de Ticomán nos ha regalado. Es impresionante la manera en que los habitantes de Ticomán, una de las zonas más pobres de la Ciudad de México, son extremadamente generosos con sus hermanos de la Sierra.

Hoy es Viernes Santo, ya hemos terminado la ceremonia de adoración de la Cruz. Es aún temprano, pero todos estamos cansados. Afortunadamente mañana es sábado de gloria y tenemos toda la mañana libre. Por lo menos eso creemos...

" padrecito, usted disculpe, a ver si se puede, los queríamos invitar..."

Saliendo de la iglesia me ha detenido un grupo de ancianos del pueblo. Están contentos con todo lo que se ha hecho. Nos han recibido con los brazos abiertos, y todos estamos viviendo una Semana Santa muy especial. En las cosas están a punto de mejorar de una manera maravillosa.



" queríamos invitarlos, padrecito, queremos pedirles que nos acompañen a la cueva!"

No soy desconfiado, pero hay muchas cosas que aún no conozco bien del modo de vida y de la religiosidad de mis hermanos indígenas. En estos momentos recuerdo aquella vez, en otra misión, cuando los ancianos de pueblo vinieron a decirnos que mañana no vendrían a misa porque todo el pueblo iba a ir " a rezarle al señor del monte"... ¡y... yo no estaba invitado! Al

inocentemente me ofrecía acompañarlos, con mucha pena me explicaron que, bueno, padrecito, esta vez nos toca ir solos, usted comprenderá..."

" nos dará mucho gusto, les contesto, déjenme solo ir a platicar con el grupo, regreso enseguida!"

Me precipito la cabina telefónica y llamo al padre Eleazar, él sabrá mejor que yo que hay que hacer en este caso.

- " Cómo? ¡Ya te invitaron a la cueva! ¡Yo tardé dos años en que me invitaran! Claro que sí, vayan, es una experiencia muy hermosa".

Quedamos en que saldremos mañana a las 7 de la mañana, todos puntuales, ¡perfecto!

Al día siguiente, poco antes de las 7, salgo de la casa parroquial como cada mañana, con un sabroso "cafetzin" de olla, bien cargado, porque sé que el día va a estar largo. Me dirijo a la tienda a ver si encuentro algo de comer. ¡Pero no logro cruzar la calle, porque una señora se precipita hacia mí ... y me quita el café!



- " No, padrecito, usted disculpe, pero... ¡Usted tiene que ir en ayunas!"

¡Ah caray! ¡Esa sí no me lo esperaba! Miro con tristeza mi taza de café.

- "Pero señora, los chicos no van a querer ir en ayunas"

- " ah no hay problema, ellos sí pueden comer algo, ¡solo usted padrecito!"

De acuerdo... Sé que tengo que respetar sus costumbres, así que al poco rato salimos todos hacia la cueva, los misioneros y mucha gente del pueblo.

Es más de una hora de caminata, vamos trepando por un camino que no habíamos tomado antes, cantando y felices de esta nueva aventura, y finalmente llegamos a la entrada de la Cueva.

Es una entrada pequeña, no mide más de 2 m de alto, y ahí nos espera un grupo de ancianos. Han decorado la entrada con un arco de madera cubierto de flores, y han traído copal y ofrendas, y están haciendo oración a la entrada de la Cueva.

- " vamos a esperar, padrecito..."

- " de acuerdo, usted me dice..."

Una hora más tarde, seguimos esperando. Los chicos del grupo me miran con impaciencia. Me acerco muy despacio a nuestro guía:

- " perdón, que estamos esperando?"

- " hay que esperar, padrecito, así es..."

- " sí, de acuerdo, pero, ¿qué estamos esperando?

- " están pidiendo permiso, padrecito, tenemos que esperar a que nos den permiso...

Estoy a punto de preguntar: "¿quién nos va a dar permiso?" pero me detengo a tiempo. Hay que esperar.

Pasa otra hora y finalmente viene nuestro guía:" ya podemos entrar, padrecito, ya nos dieron permiso"

- Perfecto! Me volteo hacia el grupo: " vénganse todos, chicos y chicas"

Nuestra guía me detiene: " qué cree padrecito, las chicas no pueden entrar a la cueva, solo los hombres, usted les dice"

Sí, ¡cómo no! Se me arma la revolución: " ah no!", " eso es sexista", " somos tan misioneras como los demás".

¡Vaya que estoy en un aprieto! Me acerco nuevamente a nuestro guía. ¿Es obvio que él es el intermediario entre nosotros y los ancianos, y le explico que bueno, es un problema, se podrá hacer algo?



- ahorita vengo padrecito...

Regresa 20 minutos más tarde: " está bien padrecito, todos los santos Misioneros pueden entrar."

Como esto es totalmente nuevo para mí y para todos, les pido que seamos prudentes: Nada de risas, gritos o empujones. Como en la primaria: " no corro, no grito, no empujo". Y entramos en la cueva...

La oscuridad es total, excepto por las pequeñas lámparas que llevamos. Es una cueva muy angosta, muy larga, alcanza a tocar las paredes de ambos lados. Todo va bien hasta que llegamos al agua.

Pero es mucho más que una cueva. Todos sentimos la magia, la trascendencia de este lugar. Entramos en un misterio, una especie de liturgia, de bautizo quizás. Alguien nos espera...

- síganme, padrecito, hay que meternos al agua.

Afortunadamente no es muy profunda, no llega solamente a las rodillas, vamos vadeando, y con la emoción no sentimos el frío. Podemos admirar las estalactitas que nos rodean, aunque muy pequeñas, reflejan de manera especial la luz de nuestras lámparas.

Por fin llegamos a la sala. Al final del túnel se abre un espacio bastante más grande, de varios metros de ancho y de alto. Ahí nos está esperando un grupo de ancianos que han traído flores, copal, las ceras que usan siempre, unas velas largas y amarillas.

- " ahora sí padrecito, vamos a rezar juntos, "

Los ancianos entonan un canto triste y melancólico en náhuatl. Es casi un llanto. Es una oración que surge de las entrañas de la montaña, que resuena al golpear las paredes. Las ceras producen unas sombras que parecen bailar.

- " ahora sí padrecito, les toca a ustedes, les toca bailar con nosotros el *tapachuwan!*

Junto a los misioneros y Les explico que vamos a rezar con ellos pero que nuestros rezos es un baile, un baile de siglos, un baile sagrado, que a menudo se usa en la misa en lugar del Gloria.

- y cómo se baila eso, Pancho?

- es muy sencillo! Son solamente dos pasitos, ustedes síganme.

Todos me miran con cara de horror, pero finalmente comprenden y se unen al baile, al principio con miedo, pero muy pronto comprenden que este baile es una manera de alabar a Dios con nuestras almas y con nuestros cuerpos. Y bailamos... como nunca.

Son las 4 de la tarde cuando finalmente salimos y emprendemos el camino de regreso. ¡Me estoy muriendo de hambre! ¡Esto de ayunar todo el día no es para mí! ¡Pero gracias a Dios por fin llegamos al pueblo y me precipito hacia la casa a encontrar algo de comer!

- " Padrecito toda la gente lo está esperando!"

¡En la torre! ¡La iglesia ya está llena de gente, ya han prendido el Fuego Nuevo y todos esperan que el padrecito empiece la Vigilia Pascual! La comida tendrá que esperar.

No sé cómo lo logré, pero dos horas más tarde por fin me puedo sentar a comer algo. Los misioneros también están muertos siempre, pero sus caras brillan de alegría, han vivido algo tan especial que seguramente, igual que yo, nunca olvidarán.

Porque no fue solamente una cueva. No fue solamente un rezo o una danza. Desde aquel día, miro aquella hermosa Sierra mexicana con ojos nuevos. Es una sierra, es un paisaje que tiene entrañas. Entrañas misteriosas que esconden el secreto de una religión antigua, secreto guardado por los ancianos, pero que ese día nos invitaron, nos dijeron: " bailen con nosotros, recen con nosotros, sean pobres como nosotros, comprendan que a Dios se le alaba no con oraciones complicadas y ritos misteriosos, comprendan que a Totatzin Dios le alegran los cantos, y las danzas, y las flores, y las ceras, y los corazones de aquellos jóvenes que vinieron a evangelizar y salieron evangelizados.





*Por cierto, no tienen Biblia ...*

### **SIERRA NORTE DE PUEBLA, SEMANA SANTA DE 1993**

Este es el año en que empecé a venir a la Sierra Norte de Puebla, invitado por la hermana Diana, a las comunidades de la parroquia de Tepezintla. Será una Semana Santa inolvidable, y el inicio de una gran etapa en mi vida sacerdotal.

Precisamente en este Viernes Santo, el padre Eleazar ha convocado a todos los agentes de pastoral a una reunión en Tepezintla. Se esperan unas 50 personas de las diferentes comunidades. Diana me explica que es una reunión muy importante, y que el padre espera motivar a todo mundo.

- "Precisamente te queríamos pedir, Padre, para mañana..."

- Sí, Diana, lo que tú digas

- Pues como va a haber mucha gente, sería bueno que escucharan una voz distinta, así que queríamos pedirte que les des una plática sobre la Biblia, la palabra de Dios.

- Claro que sí, con mucho gusto.

No puedo dejar de sentir un poquito de orgullo, o más bien de vanidad, ¡porque todos esos años de estudio van a servir para algo! ¡Caray, me toca dar una plática! ¡La tengo que preparar muy bien y decir cosas brillantes e interesantes! Ajá, claro...



Diana se despide, y añade con una sonrisa:

- Por cierto, se me olvidó decirte, las personas que vienen mañana no tienen Biblia.

No importa, me quedo pensando, puedo repartir hojas de papel y lápices para que trabajemos.

- Pero en realidad no importa, añade Diana, ¡porque tampoco saben leer!

Este... Eso sí podría ser un problema...

- Ah! ¡Y muchos no hablan español! ¡Pero te conseguimos un intérprete!

A ver, un momento... ¿Es en serio?

- Pero no te preocupes, Padre, ¡sé que lo vas a hacer muy bien! ¡Buenas noches!

Obviamente casi no duermo esta noche, y me despierto súper temprano, dándole vueltas en mi cabeza a la pregunta: ¿Cómo le voy a hacer? No tengo la menor idea. Bueno, quizás ponga algunos dibujos o esquemas en el pizarrón...

Se me olvidó decirlo: ¡Tampoco hay pizarrón! La plática es al aire libre, en un terreno muy bonito, donde vamos a convivir un rato. Después de las presentaciones y algunos cantos, diana les anuncia: "¡Ahora el padre Pancho nos va a dar una plática sobre la Biblia!"

Me quedo helado. Siendo 100 miradas sobre mí, rostros amables, abiertos, dispuestos a escucharme, ¡a escuchar al padrecito que viene de la ciudad y que seguramente nos va a enseñar algo muy importante!



No sé ni por dónde empezar. Saludo a todos amablemente y el intérprete traduce todo lo que digo.

- *y ahora les voy a hablar de la Biblia...*

- *por favor saquen sus Biblias y ábranlas a la página tal...*

- *vamos todos a copiar este texto...*

*¿Quién puede por favor leer el versículo tal...?*

Todas las frases que se me ocurren son ridículas, sin sentido, no le dicen nada a las personas que quieren escuchar. Afortunadamente no digo nada de eso y me quedo sencillamente callado. Los minutos pasan...

¡Y de pronto me cae el veinte! No sé ni cómo me llegó la idea, pero de pronto descubro algo que recordaré toda mi vida.

- Hermanos, vamos a jugar un juego, necesito que todos ustedes me ayuden. Es muy sencillo, se trata de lo siguiente: Yo voy a decir una frase, y ustedes la completan, ¿de acuerdo? Les repito, yo digo unas palabras, y ustedes, el que quiera, ¡me dice cuáles son las palabras que siguen! ¡Vamos a empezar!

Y me lanzo:

- En el nombre del padre, y del hijo, y...

¡Por supuesto, todo se persignan!

- No, no, ¡necesito que lo digan fuerte! Vamos a hacerlo de nuevo.

- En el nombre del padre, y del hijo, y...

Se oye en un par de voces: ¡Y del Espíritu Santo!

- Muy bien, hermanos, ¡muy bien! Vamos a decirlo todos juntos:

- En el nombre del padre, y del hijo, y del Espíritu Santo, amén.

Trato de animarlos, de hacerlos participar.

- Ya ven como sí saben? ¡Todo mundo conoce esas palabras! ¡Vamos a tomar otro ejemplo!  
" Padre nuestro, que estás...

Un par de voces responden: " en el cielo, santificado..."

- Muy bien, a ver, todos juntos: Padre nuestro, ...

Varias voces se animan a contestar: Que estás en el cielo...

- ¡Muy bien hermanos míos, muy bien! Lo que tenemos que hacer, es buscar en nuestro corazón la respuesta. ¿Lo hacemos otra vez?

Veo algunas sonrisas. Se ven interesados.

- ¡A ver, otra frase! Dios te salve, María...

Muchos no contestan, pero sus rostros se iluminan. Conocen estas palabras, su sentido, su significado.

- a ver, ayúdenme: ¡Llena eres de Gracia!

Otra vez: Bendita eres entre las mujeres...

Algunos niños contestan: ¡Y bendito el fruto de tu vientre Jesús!

Poco a poco van, como dicen los jóvenes, ¡“agarrando la onda”! Pero no es fácil. No están acostumbrados a hablar, a alzar la voz, a ser escuchados: ¿Quién escucha a un indígena? ¿cuándo fue la última vez que le preguntamos a un indígena su opinión, su experiencia? Ni el gobierno, ni la Iglesia, ni los partidos políticos, ni los sindicatos les interesa... Ni a ti ni a mí... A mis 38 años de edad he empezado a descubrir un mundo mágico y maravilloso, el mundo indígena, sí maravilloso, pero marcado por el hambre, la explotación, el alcoholismo, un mundo herido que puede salvarnos...

- Vamos a complicarlo un poco! A ver quién me puede completar esta frase: Tuve hambre...

Silencio. Nadie responde.

- No importa, hermanos, vamos a completarlo todos juntos. Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber.

Me detengo un momento en silencio y recorro con la vista a toda la asamblea.

- Lo que les quiero decir, hermanos es que la Biblia, la palabra de Dios, ¡ya está en tu corazón! Quizás no conozcas todas las palabras, pero tus papás, tus catequistas, las



hermanas, el padre han ido sembrando la palabra de Dios en tu corazón. Yo te invito a que te des cuenta de que Dios mismo está dentro de ti, que eres Su hijo, Su hija amada, y que Dios va a seguir hablándote, va a seguir dándote Su Palabra, recíbela con cariño, con alegría, como lo has hecho hoy.

Y eso es una verdad que habita mi corazón desde aquel día, no por haber leído a Karl Rahner o a Joseph Ratzinger, sino por haber vivido una Semana Santa en la Sierra Norte de Puebla: Que la palabra de Dios habita en el corazón de los pobres y de los humildes, y que ese es el mejor lugar para escucharla.





“¡Compártenos tu testimonio!”

## IGLESIA DE LAS ASAMBLEAS DE DIOS, WINDOM, MINNESOTA

Primavera de 1973

Llevo casi un año viviendo en esta pequeña ciudad de Minnesota, acogido por una familia fabulosa, los Amundsons, que hasta la fecha considero como una segunda familia, a pesar de que pertenecen a otra iglesia, la *American Lutheran Church*, aceptan y respetan mi catolicismo. Gracias a ellos voy descubriendo mi vocación.

En esa época, esta parte de Estados Unidos vive un período de renovación religiosa, un poquito carismática, un poco apocalíptica, en la que participo con entusiasmo al tiempo que comprendo cada vez más mis raíces católicas.



Este domingo una amiga me ha invitado a conocer su iglesia. Ella pertenece a las *assemblies of God*, de la que no sé nada, es más, no comprendo realmente nuestras diferencias, así que voy con gusto. Más tarde aprenderé que son pentecostales, que enfatizan la experiencia del Bautismo en el Espíritu Santo, muy dinámicos y comprometidos

Es una iglesia pequeñísima, de madera, donde no caben más de 20 personas. Y ese día no somos 20 personas. A lo mucho cuatro personas ocupan las pocas bancas de manera humilde. Pero sucede algo que nunca olvidaré.

Mientras que el pastor protestante, de nombre Mr. Wilkinson, un hombre austero, esbelto, vestido de negro con camisa blanca, se lanza en una predicación de la que no entiendo nada, pero que trato de seguir, trato de entender, de pronto una mano discreta toca mi hombro por detrás. Me volteo y me encuentro con el rostro sonriente de Mrs. Wilkinson, quién me entrega discretamente un papelito doblado donde ella ha escrito con letras sencillas pero poderosas: "Por favor, Pancho, ponte de pie y danos tu testimonio."

Me quedo helado. El solo pensar que tengo que hablar, en mi mal inglés, hablar de Cristo, hablarles a cuatro personas, ¿qué tengo que decirles? Empiezo a sudar profusamente. Mi amiga me mira extrañada y le doy el papel. Lo lee, y Me sonrío de oreja a oreja: "Go on, stand up and speak up for Christ!"



Y me puse de pie. No recuerdo que dije. Seguramente no era muy congruente. Pero recuerdo que estaba feliz, y que terminé Con un fuerte: " Praise the Lord!"

Esa fue la primera vez que alguien me pidió hablar de Cristo.

Fue la primera vez que alguien, en la iglesia, me pidió mi opinión, mi testimonio.

Por primera vez la voz de un chamaco de 17 años era importante, contaba, se tomaba en cuenta.

Ese día adquiría un compromiso: El de hablar de Cristo, bien o mal no importa, a pocos o a muchos, tampoco importa. Lo importante es hablar, es Levantar la voz.

Años más tarde, y ha ordenado sacerdote, al recordar este momento, adquirí otro compromiso: El de darle a otros la oportunidad de hablar de Cristo, de dar su testimonio, el hacer que su voz, su vida, su experiencia cobraran toda su importancia y fueron un testimonio ante los demás.

No siempre lo he hecho, no siempre lo he logrado, al contrario, he fallado muchas veces.... Pero el compromiso sigue vigente... hasta el último día.





*“¿Pero a quién se le ocurre semejante idea?”*

## **PARROQUIA DE SAN FRANCISCO Y SAN BLAS**

Brooklyn, Nueva York, agosto de 1998

Llevo un año trabajando de vicario en esta parroquia marista en pleno corazón de Brooklyn, en un barrio predominantemente habitado por gente del Caribe, en su inmensa mayoría de raza negra, y una mayoría de haitianos (aunque son mayoría numérica en este barrio, los haitianos son discriminados por los demás negros venidos de otras islas del Caribe, ya que son de piel más café y porque hablan creole y no inglés).

Este domingo por la noche, después de la misa de 6, me toca cerrar la iglesia, asegurar Las rejas, poner los candados. Alex, un miembro de grupo de jóvenes, me acompaña. Nos toca recorrer todo el perímetro de la iglesia para asegurar que todo está cerrado. Al cerrar la puerta principal con una cadena y un fuerte candado, nos llama la atención un griterío de voces en la esquina del frente. Se ha juntado ahí un pequeño grupo de "chicos malos", los drogadictos del barrio, que se han reunido ahí a fumar, a drogarse y hacer escándalo. Molestan a los transeúntes. Incluso el tono de voz sube y se oyen amenazas.



Alex me mira con ojos de pánico: "vámonos, Padre, esto puede ponerse feo".

Pues ese es precisamente el problema, le digo, esos chicos podrían lastimarse o lastimar a otros.

- Así es, Padre, pero es peligroso, ¿qué podemos hacer?

Recuerda entonces una antigua expresión del padre Pedro Herrasti: " vamos a dividirnos la chamba!"

Pues mira, Alex, ¡vamos a dividirnos la chamba! Tú ve a llamar al 911, a pedir que manden una patrulla, y mientras tanto yo voy a hablar con ellos.

- ¿Usted va a hacer qué? No, Padre, eso es peligrosísimo, ¡vámonos de aquí!
- Tú ve a llamar a la patrulla, ya me encargo del resto,



Alex regresa rápidamente a la casa parroquial, mientras que yo me ajusto el cuello romano (en Brooklyn los sacerdotes siempre andábamos de cuello romano) y me dirijo hacia el grupo de drogadictos.

Justo cuando llego están molestando a una chica que va pasando, y es obvio que la situación se está poniendo peligrosa. Entonces hago lo que ellos nunca hubieran esperado.

Me paro justo en medio de ellos, los miro sonriendo y les digo con voz amable: "Buenas noches, chicos, ¿cómo están? Permítanme presentarme: soy el Padre Francisco, y trabajo en la parroquia que está ahí enfrente. Ahí estoy a sus órdenes. Veo que se están divirtiendo. Pero les tengo una mala noticia. Fíjense que acabo de llamar a una patrulla y no tardará más que unos pocos minutos en llegar aquí, y creo que sí los ve a todos así, drogados, molestando a la gente, pues me temo que los van a arrestar. Pero yo sí buena onda, así que vine a decirles que tienen un par de minutos para levantar sus cosas e irse de aquí."

Todos me miran totalmente incrédulos. No pueden creer que el padrecito esté ahí, parado en medio de ellos, sin miedo, sin temblar, diciéndoles que se vayan.

- "¿Usted hizo qué?"

- Como les digo, llamé a la patrulla, ya no van a tardar los policías, pero les vengo a avisar porque ustedes me caen bien, y creo que ya todos tenemos bastantes problemas sin empeorar las cosas. Así que Les propongo que nos vayamos todos y les repito, soy el padre Francisco, trabajo en la parroquia aquí enfrente y estoy a sus órdenes,

- y llamó a la policía? ¿Pero a quién se le ocurre semejante idea? (De acuerdo, lo dijeron con palabras un poco más... altisonantes, pero el mensaje era ese).

- pues ya ven, supongo que solamente a mí, pero está pasando el tiempo, así que espero hagan lo correcto.

Uno a uno se van levantando, me miran con una mezcla de enojo e incomprensión (¡» vaya estupidez!») y por fin se alejan, perdiéndose en la oscuridad de la noche.

Ya que se fueron todos, me alejo yo también, camino hacia la parroquia. Pero apenas cruzo la calle que llegan dos patrullas. Los policías se bajan y miran alrededor. Les extraña no encontrar a nadie, así que me dirijo hacia ellos y me presento:



- Buenas noches, oficial, soy el padre Francisco, de la parroquia aquí enfrente, soy yo quien los ha llamado.

- ya veo, nos dijeron que había un grupo de drogadictos causando escándalo, pero aquí no hay nadie.

Así es, oficial, en lo que ustedes llegaban, yo fui a avisarle a los chicos que venía "la chota", y que lo que mejor que podían hacer era alejarse.

- ¿Usted hizo qué? ¿Pero a quién se le ocurre semejante idea?

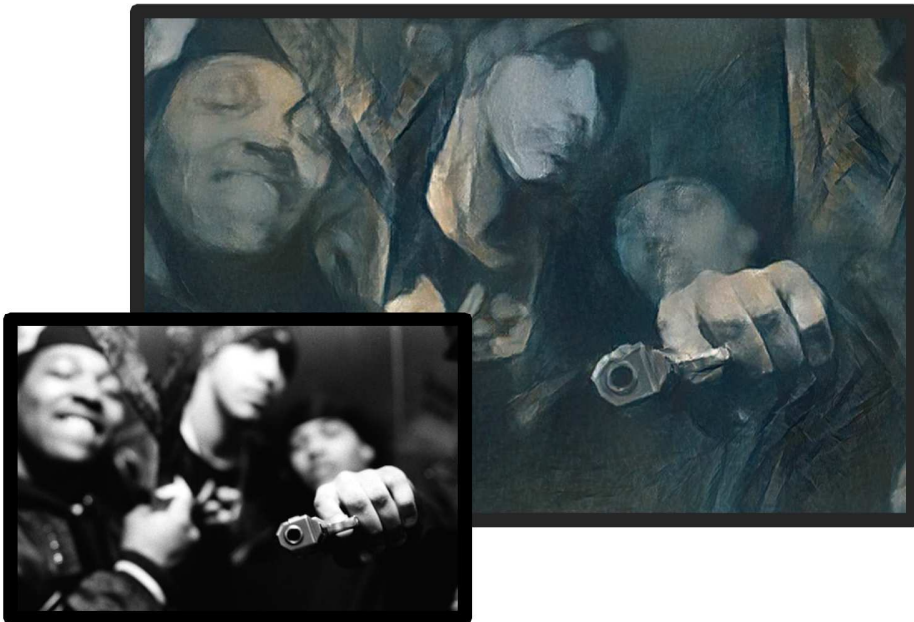
- Pues ya ve oficial, se me ocurrió a mí. Pensé que esos chicos, y también ustedes, ya tenían bastantes problemas. Así que ya lo resolví. Espero no estar en problemas con ustedes por una posible falsa alarma.

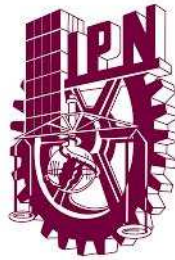
Los policías cruzan la mirada, que se alzan de hombros (“yo no voy a arrestar al padrecito, (¿tú sí?») y se despiden amablemente.

- Está bien por esta vez, *Father*, pero no lo vuelva a hacer. No sé si usted se da cuenta del peligro en el que estuvo."

Al parecer en eso, todo mundo está de acuerdo: Alex, los policías, mi superior a quien le cuento todo: " pero estás loco? ¿Te das cuenta del peligro en el que estuviste? ¡Nunca lo vuelvas a hacer!"

No sé si estuve en peligro. Los que sí estaban en peligro eran la gente que pasaba por ahí, quizás también yo, pero más en peligro estaban estos chicos, drogados, lastimados, heridos por la vida, que se perdieron en la oscuridad de la noche y nunca volví a ver... ¿Estaba yo en peligro? Es posible. Cristo también lo estuvo. Yo di solamente unos pocos minutos de mi vida, sin mayores consecuencias. El señor Jesús, y otros muchos como él, ¡vaya que estuvieron en peligro! Y lo dieron todo... Yo aquí sigo...





*¡Ese! ¡Ese es el profesor!*

## **UNIDAD ZACATENCO DEL INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL.**

Ciudad de México, 1989

Llevo ya 5 años trabajando en el centro Politécnico de Proyección, la obra de pastoral juvenil a cargo de los Padres Maristas- nuestro objetivo es la evangelización del joven politécnico, y bajo el liderazgo del padre Pedro Herrasti, a la obra ha ido creciendo: El número de grupos y comunidades ya rebasa los 20.

En el consejo de planeación se ha decidido hacer una gran convivencia politécnica católica ¡en las instalaciones mismas de Zacatenco! Esta es una iniciativa totalmente nueva, y no sabemos cómo será vista por las autoridades, ¡pero nos lanzamos!

Años antes, en noviembre de 1984, ya había habido una misa por las víctimas de la explosión de San Juan Ixhuatpec que causó reacciones por parte de algunas personas en el IPN.

Esta mañana somos alrededor de 100 estudiantes del politécnico, más los padres maristas (2), jóvenes de las vocacionales, y el ambiente se pone padrísimo: Globos para decorar, un par de guitarras, cantos y danzas, ¡alabanzas católicas que resuenan por primera vez en este reducto del anticlericalismo cardenista! (de acuerdo, estoy exagerando un poco, pero algo había de eso todavía en aquella época, no sé hoy...)



Muchos estudiantes que pasan por ahí se nos quedan viendo: ¿Estos que se traen? Algunos se acercan curiosos, y le digo a los jóvenes que ¡vayan tras ellos! Es el momento de platicar, de dar testimonio, ¡de invitar a otros politécnicos a conocer a Cristo!

En eso se me acerca uno de los jóvenes y me dice; ¡Ese, Padre! ¡Ese es el profesor del que le había hablado!"

- A ver recuérdame un poco.

. Ay, Padre, ¡si ya le conté! Ese profé nos echa tierra a cada rato, nos ataca en el salón de clase, nos acusa de persignados, mochilones, ¡oscurantistas y ahí le paro! Y nos da un coraje porque no podemos decir nada...

- cómo de que no? A ver acompáñame, vamos a hablar con él.

- qué onda, profe, ¿cómo está usted? ¿Le puedo invitar un refresco? Pero antes permítame presentarme, soy el padre Francisco Chauvet, mis amigos me dicen padre Pancho, ¡así que espero que usted y yo seamos amigos!

Le tomo la mano y se le estrecho antes de que pueda reaccionar. ¡Se me queda viendo como quien ha visto un marciano! Creo que no se esperaba encontrarnos, a mí y a todos los jóvenes politécnicos, ¡dando Gloria a Dios y cantando canciones a Cristo en pleno Politécnico!

- Oiga profe, me dicen aquí los jóvenes que usted es medio agresivo con ellos, que los menosprecia por su religión, porque son católicos valientes que no tienen miedo de dar testimonio de Cristo, ¿qué onda?



- No, bueno, padre, usted comprende, aquí en el politécnico eso no está permitido, es la política del gobierno, los profesores y todo el personal tenemos que respetar la ley y aplicarla.

- sí, profe, lo entiendo, pero no hay razón para ser agresivos, o atacar a los demás por su religión, si tiene dudas o quieres saber más o quiere hablar con alguien, o a sus órdenes ahí enfrente, en el cpp! (¡hasta le doy la dirección!)

- sí, sí, padre, no lo tome a mal, bueno con permiso, me despido, que tenga buen día...

Lo veo alejarse cabizbajo, y me quedo con un mal sabor de boca... Hubiera querido hablar más con él, quizás pedirle... No sé...

En eso veo que el profesor se da media vuelta y se acerca nuevamente, me habla casi al oído:

- ¿Sabe una cosa, padre? La verdad es que yo a estos jóvenes los envidio. Tienen el valor que yo no tengo. Ellos cantan, y bailan, y son felices proclamando a Cristo, se ve en sus rostros que realmente le tienen amor. Pero yo no puedo... Si lo hago, pierdo mi chamba, mi antigüedad, mi jubilación, nunca volvería a encontrar trabajo... Mi familia se quedaría sin nada, nos quedaríamos en la calle. Así que me quedo callado... A veces voy a misa los domingos, pero yo sé que no basta.

Nos miramos sin decir palabra, nos damos un abrazo, de hermanos, de creyentes, de hombres cada uno con sus fragilidades y sus fallas, pero ambos con un deseo profundo de conocer y amar a Cristo a pesar de nuestras debilidades.

Dios lo bendiga, profe, a usted y a todos los profesores, a todo el personal del Instituto Politécnico Nacional, del gobierno, de los estados, municipios, alcaldías, Dios bendiga a todos los hombres y mujeres que quisieran hacer más... y no pueden. ¡Y también a los que sí pueden, los que sí se atreven!





*“Si quieren dar una limosna, este es el lugar...”*

### **MONASTERIO DE DEIR ES-SULTAN, JERUSALÉN**

Estoy de peregrinación en Tierra Santa con los miembros y amigos del Foyer de Charité de Chateauf, Francia. ¡El padre Michon viene cada año con un grupo y ha tenido la gentileza de invitarme, es para mí un sueño realizado! Jamás pensé tener la oportunidad de conocer los lugares que Cristo recorrió...

Tierra Santa es una tierra santa, sí, es también una tierra mágica, habitada aún por el Espíritu, llena de sorpresas, es una tierra de encuentros inesperados, de alegría y tristezas, de epifanías, de conversión, y el padre Michon nos ha preparado un encuentro muy especial.



Es nuestro segundo día en Jerusalén, hemos celebrado misa en el Santo Sepulcro y recorrido este lugar maravilloso, el Gólgota, donde Cristo murió por nosotros, todos los lugares Santos de este lugar Santo. Pero justo afuera, a un lado de las inmensas paredes del Santo Sepulcro, hay otra iglesia.

El padre Michon nos reúne y nos habla, con una voz cargada de emoción: " amigos, vamos a entrar ahora a un lugar muy especial. Para muchos de ustedes será una experiencia totalmente nueva, incluso desconcertante. Les pido pues mucha comprensión, mucha caridad y mucha apertura al Espíritu de Dios, ¡síguenme!"

Salimos del Santo Sepulcro e inmediatamente damos vuelta a la izquierda, y el padre nos lleva por un largo pasillo, por unas escaleras que parecen subir hasta el techo del santo sepulcro. Y efectivamente, ahí estamos, sobre el techo de la capilla de Santa Elena (como lo averigüé más tarde) y entramos a un pequeño monasterio, el monasterio de Deir es-Sultan. Es un lugar oscuro, misterioso, pero que nos cobija de los rayos del sol ardiente, y poco a poco me va compenetrando en un sentido de paz al mismo tiempo que siento una tensión, una fragilidad. Algo no está bien.

"Estamos en un monasterio, un monasterio etíope que pertenece a la Iglesia Ortodoxa Tewahedo Etíope. Quizás algunos de ustedes saben que..."



La voz del padre Michon se pierde en los ecos del pasillo. Como un remolino caen sobre mí los recuerdos de mis clases de eclesiología: La iglesia de Etiopía, del África profunda, lejos de las fronteras del imperio romano. El cristianismo es llevado a esas lejanas tierras por el Eunuco de la reina Candace, quien fuera bautizado por el apóstol Felipe (Hech. 8:26-40), Aislados del resto del mundo, en una de las regiones más pobres de África, los cristianos etíopes llegaron a ser una iglesia floreciente rodeados por un mar de religiones tradicionales animistas. Son una de las iglesias más antiguas de la cristiandad. Y un recuerdo en especial me golpea como un ladrillo: Se separaron de la iglesia en el año 431, después del Concilio de calcedonia, pues rechazaron la doctrina de ese Concilio sobre las dos naturalezas de Cristo. Se les considera monofisitas o miafisitas, pues afirman que en Cristo hay una sola naturaleza...

"y aquí nadie los quiere!" vuelvo a escuchar las palabras del padre Michon: "nadie los quiere porque son herejes, porque son pobres, porque ocupan espacio en una ciudad donde se pelea a muerte por cada centímetro. Les limitan mucho el acceso al Santo sepulcro, y ha habido disputas sobre la propiedad del monasterio. Así que vamos a entrar y nos va a recibir un monje que nos va a dar una bendición."



Entramos en silencio en la pequeña capilla, donde un anciano monje nos espera. ¡No podía ser más pobre! Su hábito se deshace en hilachas. Prende unos cirios y toma un libro del ambón, un libro único, diferente: al abrirlo, tiene forma de cruz, y el monje lee con una voz pausada y emocionada. El padre Michon nos ha explicado que ha leído el pasaje de leído el pasaje de Felipe y el Eunuco, el texto fundacional, la raíz misma de su Fe, de su Iglesia. Al terminar, levanta el libro y nos da una bendición con el libro/cruz lenta, pausadamente.

Ha entrado también a la capilla una monja, una anciana en harapos, con una mirada que se quiere dulce, pero que refleja un sufrimiento de siglos: rechazados, perseguidos, acusados de herejía, parece sorprendida de ver un grupo tan numeroso. Sin saber por qué, nuestras miradas se encuentran: nos separa la teología, las definiciones dogmáticas, pero nos une la misma búsqueda de Dios en Cristo.

El padre Michon se dirige nuevamente a nosotros: "Si quieren dar una limosna, este es el lugar... Lo necesitan de verdad. Pero sobre todo necesitan que alguien les diga que son aceptados, queridos a pesar de las diferencias doctrinales. ¡Es nuestra oportunidad de darles algo del cariño que hemos recibido tantas veces!"

Pongo un par de billetes en la canasta... ¡hoy siento tanto no haber dado más! Quizás debí haberme acercado a esta anciana tan querida de Dios y tan rechazada por los hombres. Una especie de timidez, de miedo me detuvo: no hablo su idioma, no conozco los gestos

adecuados, no sabría qué decirle. Hoy comprendo que hay que vencer esos obstáculos, incluso si nos equivocamos. Me queda el (enorme) consuelo de saber que nuestro Padre Celestial nos mira a todos con el mismo amor...





*Deme otro turno, sí puedo, ¡por favor deme otro turno!*

## **CIUDAD DE MÉXICO, DICIEMBRE DE 1997**

Parroquia de la purísima de Ticomán

Esta tarde estoy de guardia en la oficina parroquial, y como todos los días, el teléfono no deja de sonar. A veces para un informe, una pregunta, apuntar una misa, un trabajo de oficina ordinario...

Y están las otras, las otras llamadas: El enfermo grave, el accidente, el velorio en los funerales del Estado de México... Las ocasiones en que he trabajado en el servicio de SANE (servicio de auxilio nocturno espiritual) de la arquidiócesis de México, he descubierto que detrás de cada puerta, en cada casa, hay tantas veces una tragedia, un sufrimiento, una ausencia... Y los pobres sacerdotes que somos tratamos de hacer algo, y esta tarde no es la excepción.

" Por favor, padrecito, venga a ver a mi marido, está muy grave, creo que....

Al poco rato una señora viene por mí, y salimos juntos caminando por las calles de Ticomán. Llevo mi pequeño estuche negro bajo el brazo: Una pequeña Cruz, una diminuta estola, el Santísimo Sacramento, Jesús recorre conmigo las calles de este infierno de la gran ciudad ...



Al fondo de una callejuela, entre cuartos de tabicón y cartón, llegamos por fin al cuarto del enfermo. Me llama la atención que el cuarto está muy limpio, con sábanas limpias en la cama, unas pequeñas cortinas en las ventanas, unas imágenes en la pared: Este cuarto huele a hogar.

Don Ramón ya hace en cama, el torso y el rostro hinchados, despeinado pero limpio: Se ve que lo han cuidado bien. Nos ponemos a platicar.

- Pues mire, padrecito, así como confesarme, pues la verdad no, pero le quiero contar que de joven yo fui muy descuidado... "

Ramón empieza a toser incontrolablemente, su rostro se pone rojo, no puede seguir hablando. Se ve que está muy débil (Sí, padrecito, el doctor ya vino, pero dice...)

Con un gesto rápido pero respetuoso, le toco la frente, me inclino hacia él: " yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo..."



- ¿Está muy grave, verdad, padrecito?
- No sabría decirle, señora, vamos a dejarlo descansar, al rato me doy otra vuelta, pero antes de irme, cuénteme un poco de él.
- Pues qué le puedo contar, padrecito, usted ya lo vio, ya vio cómo está, y él ya no toma, padrecito, dejó de tomar hace 20 años, cuando...

La Pobre señora se echa a llorar. Los recuerdos la sumergen como una ola gigantesca, siento que ya ha cargado un peso enorme durante años.

-Pues mire padrecito, déjeme que le cuente, fue cuando vivíamos del otro lado, que éramos mojados, y él trabajaba como todos sus amigos en la construcción, allá en Califas, y pues no teníamos dinero, padrecito, y el poco dinero que teníamos, él se lo chupaba, se lo gastaba en alcohol, con los cuates, a veces no daba nada, yo no sabía qué hacer, porque la verdad, padrecito, es que yo lo quiero mucho, él no es mala persona, fueron los amigos, él era bueno, pero los malos amigos se lo llevaban, y pues un día...

Un día llegó a la casa, de madrugada, borracho a morir, con el six-pack de cervezas en la mano, y la niña se me había enfermado, se me estaba muriendo, padrecito, yo no sabía qué hacer, y salí de la casa corriendo, cargando mi hijita, y me lo encuentro, ahí borracho, en la calle, y que le grito:" se está muriendo, se está muriendo mi hijita, se me muere, se me muere mi hijita!

Y mi marido nomás me miró, con la mirada perdida, babeando y diciendo pendejadas, y me vio llorando, y vio a mi hijita, a nuestra hijita, y miró el pinche six pack de cerveza que llevaba, y en ese momento, todo cambió, agarró las cervezas, las aventó contra el suelo, donde se rompieron todas, y sacó la billetera, y me dio los poquitos dólares que ahí traía, y me dijo llévate, llévate rápido al hospital, ahí te alcanzo, tú vete rápido, toma un taxi

- al hospital? Pero no hay dinero, y la migra siempre anda ahí, si nos agarran nos deportan...

- tú vete, y ahorita llego!

Y pues luego supe que así borracho, y sin dormir, se fue a trabajar, y le dijo a su jefe, sé que estoy mal, pero necesito trabajar, deme un turno, y el jefe se lo dio, y al terminar las 8 horas, le dijo al jefe págueme ahorita, y el gringo aquel de la buena onda, le pagó a chas, ¡y luego mi viejo le dijo: dame otro turno!

- no, cómo crees, no vas a poder...

- Deme otro turno, sí puedo, le prometo, ¡por favor deme otro turno!

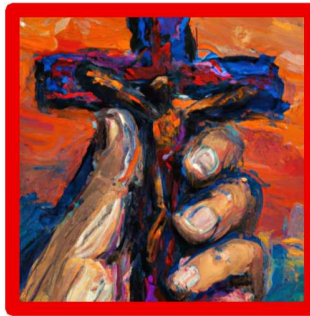
Y el jefe se lo dio, y cuando terminaron esas 8 horas, le dijo págueme jefe, págueme ahorita mismo, ahorita vengo.



El jefe le pagó, así, sin preguntar, y mi viejo se vino al hospital, y pagó lo que pudo, y se fue a dormir un rato, y se volvió a ir al trabajo, y así, hasta que la niña estuvo bien, en el hospital le dieron suero, yo me moría padrecito, pero gracias a Dios la niña se puso bien, y ahora ya está grande, ya se casó, y pues luego ya nos vinimos otra vez para acá padrecito, y mi viejo trabajó aquí en la colonia, pero ya era tarde padrecito, al alcohol no perdona, y ya tenía el hígado dañado, estaba muy enfermito, y por eso se nos está yendo, y qué voy a hacer sin él padrecito....

El funeral fue dos días después. Conocí a la hija, la enfermita, la del milagro, y a los dos nietos, y enterramos a don Ramón ahí en Ticomán, en el panteón de La Asunción, y cada vez que voy a misa, ahí lo veo, y todos los demás, los buenos y los no tan buenos, los que dieron el ancho, los que fallaron, los que amaron y los que odiaron, allá en el cementerio, junto con Don Ramón, están tantos otros, estamos todos juntos, en esa manera misteriosa y divina de ser Santos y pecadores al mismo tiempo, de ser iglesia, de ser cuerpo de Cristo.





*¿A poco ya te vas?*

## **CPP: UNA JORNADA MÁS....**

En 40 años de sacerdocio, ¿cuántas jornadas fueron? 50? 100? Entre Kerygma, Maranatha, Shadday, Saddai, en la Zona Volcanes, Tepojaco, Zacatecas... ¡Ya no recuerdo! Cada Jornada de Vida Cristiana fue única, increíble, desafiante, momentos de Gracia, de trabajo, de fracasos también, cada chico, cada chica, mil momentos que marcaron vidas, en muchos casos para siempre.

Me es imposible recordarlas todas, pero en ese maremágnum de encuentros, de pláticas, de confesiones, de Eucaristías, las llevo aún en el corazón, por lo que hicimos y por lo que pudimos haber hecho. Recuerdo una en particular, la Jornada de Vida Cristiana de Kerygma No. 117...



- " hola a todos, mi nombre es Joaquín, estudio en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, y soy ateo, creo en el marxismo y en el materialismo dialéctico y solo vine a ver qué creen ustedes los cristianos"

Al inicio de la Jornada, cada chico se presenta, dice cómo se llama, de qué escuela vienes, etc. Un poco para romper el hielo. Pero esta intervención nos cae de sorpresa. El balde de agua fría nos cae a todos encima. Por lo menos es sincero. Los chicos del equipo se miran unos a otros: ¿Quién invitó a este cuate? Seguramente va a ser un reto.

Pero la jornada es siempre un momento de Gracia, Dios interviene con todo su poder, y desde la primera plática es obvio que Joaquín ya "se está quebrando". Como tantos jóvenes de hoy, solamente ha recibido una formación católica mínima, de catecismo de primera comunión, como muchos vive en un ambiente de religiosidad estricta, anticuada, no ha tenido nunca ese encuentro de " ojos abiertos y corazón palpitante con Cristo resucitado", en las palabras de San Juan Pablo II.

Y está sufriendo. La jornada se ha convertido para él en una tortura, un cuestionamiento constante, no dice nada, pero su rostro, su actitud, su lenguaje corporal dicen muchísimo. Se ha replegado, no quiere hablar con nadie, no participa, su rostro demuestra una inmensa tristeza.

El equipo no sabe qué hacer." vamos a echarle montón!". No me parece buena idea: " a ver chicos, ustedes conocen Los criterios, el coordinador de su corrillo puede hablar con él, y luego el coordinador de la jornada, y finalmente yo, como asesor sacerdotal. Pero tenemos que respetar sus tiempos, su proceso, su pasado..."

Y no se quiebra. Joaquín no dice nada durante toda la jornada, cuando lo invito a platicar, solamente me dice que todo está bien, que es muy interesante, pero que nunca fue al catecismo, no ha hecho su Primera Comunión, y que no ha cambiado de opinión.

Y termina la jornada. Como tantas otras, la clausura en el CPP es una fiesta, donde los padres y amigos han venido a recibir a los muchachos y al equipo, y todo mundo da su testimonio, entre aplausos, risas, cantos. Todos, excepto Joaquín.

Joaquín tampoco pasó, en la última liturgia de la jornada, a recibir su cruz. A cada chico se le impone una cruz de jornadas, con una bendición especial: " recuerda que eres hombre (mujer), cristiano (a), santo (a) y apóstol". La reciben de rodillas, de manos del sacerdote, como un gesto de humildad, de agradecimiento, como un envío a la misión que deben de vivir ahora. Todos, menos Joaquín.

Ha terminado la última misa, y nos empezamos a despedir:" nos vemos el sábado próximo, no falten, tu grupo y tu comunidad te esperan aquí en el cpp!"

Es siempre un momento triste, pero de confianza, confiando que sí, vendrán el sábado próximo, nos volveremos a ver. Cada quien recoge sus cosas, y entre los chicos que ya se van, alcanzo a ver a Joaquín que ha tomado su mochila y empieza a marcharse. No se ha despedido, no ha hablado con nadie, solamente ha tomado sus cosas y se marcha...

" dame una cruz!"

- Cómo?

"- Dame una cruz, te digo, de las de Jornadas, Les digo a Gustavo, el coordinador de la jornada.

- pero para qué...

- que me des una cruz! ¡No seas terco, hombre! ¡Tenme confianza!

¡Solamente tengo la mía, la que me acabas de dar!

¡Ah caray!

- Pero bueno, ten, te la doy, ¡tú sabes lo que haces!

Y con la cruz en manos le corto el paso a Joaquín que ya estaba por irse.

- ¿Qué onda Joaquín? ¿A poco ya te vas?

- pues sí padre, este... Gracias por todo...

- ¿Y te vas así nada más, sin despedirte?

- no, sí, claro, este... Hasta luego, padre



Y me tiende la mano. Se la tomo con ambas manos y antes de que él pueda reaccionar le pongo su cruz de jornadas en el hueco de su mano.

Brinca como si una serpiente lo hubiera mordido. Se le queda viendo a la cruz como si esta lo estuviera quemando, me mira atónito.

- no padre, y yo no creo, no puedo...

- eso no importa, Joaquín, es tu cruz, te la has ganado, es tu cruz de Jornadas, es la misma de todos nosotros, todos Llevamos una cruz, no es una medalla, o un premio, es la Cruz de Cristo, es la Cruz que Cristo mismo te quiere confiar, cómo les dije: ¡Carga con tu Cruz y ella cargará contigo!

¡Creo que no se lo esperaba! No que se sintiera rechazado ni mucho menos, pero como que ya había decidido que él no encajaba, que esto no era para él, y de pronto, sin esperarla, ahí está su cruz, su cruz de Jornadas.

Lo dejo solo. Ya hicimos lo que creíamos podíamos hacer. Joaquín tiene derecho a su espacio, su tiempo, su conciencia, su propia vida.

Al sábado siguiente, Joaquín regresó. Y estuvo muchos años: Jornadas, misiones, trabajo en la comunidad de la ENCB... Hizo su primera comunión un par de meses después, aprendió a ser Hombre, Cristiana, Santo y Apóstol. Somos más que amigos...





*¿No quiere venir a cenar, padre?*

## **UNA FAMILIA MEXICANA EN BROOKLYN**

Brooklyn, Nueva York, Mayo de 1998

Llevo 6 meses trabajando en la parroquia marista de Brooklyn, en Nueva York. Aunque estoy encargado de la comunidad haitiana (esforzándome por aprender un poco de créole), es una parroquia multicultural, con católicos provenientes de 27 países distintos, así que el encuentro con los "Latinos" es frecuente. Al mismo tiempo que es una parroquia muy viva, también es una comunidad muy necesitada, con índices de violencia y de drogas muy altos. Cada día trae una nueva aventura.

No recuerdo exactamente cómo los conocí, pero al parecer esta familia se enteró que había un padre mexicano y vinieron a visitarme. Los recibo la oficina parroquial y platicamos largo tiempo. Vienen de Michoacán y...

- ¿Por qué mejor no viene a cenar, padre? ¡y ahí le contamos toda nuestra historia!

- Pues me dará mucho gusto. Me está visitando también mi mamá, ¿la puedo...?

- Claro que sí, padre, vengan los dos, hoy mismo a las 7.

Mi mamá ha venido a pasar unos días, en teoría para conocer Nueva York, pero creo que sobre todo quieres saber dónde me encuentro, si estoy bien, ¡cómo me trata la gente! Así que accede con gusto a la cena con nuestros paisanos.



¡Me cuesta un poco de trabajo encontrar el departamento en esta unidad habitacional tan grande, parece que estamos en un Tlatelolco norteamericano! El edificio es inmenso y tiene varias entradas, pero por fin encontramos. Nos reciben con mucha alegría, han preparado una cena de antojitos, de comida mexicana, pero lo más maravilloso de todo es su historia.

- Pues sí padre, llegamos apenas hace dos meses, y pues estamos tratando de sobrevivir, mi marido ya encontró trabajo en la "sanitation", y pues yo aquí en la casa con la beba, y aquí también vive mi tío, mis tres sobrinos y otra familia que comparten el departamento con nosotros.



Wow! En total 12 personas viven amontonadas en un departamento de tres habitaciones. Aunque reina el desorden, se ve que tratan de mantenerla limpia. El tío pasa a saludar y se va rápidamente. Las demás personas no se aparecen, nos han dejado el comedor.

- pero cuénteme señora, ¿qué hacen tan lejos del suelo donde nacieron?

- Ay padrecito, es que, pues allá en el pueblo ya no se podía vivir, no hay trabajo, es muy duro, y pues han llegado los narcos, y hay mucha violencia, así que lo pensamos mucho, pero con un tío aquí dijimos que sería más fácil, así que lo vendimos todo, la granja, los animalitos, todo, todo, y pues encontramos una persona que dijo que nos podía ayudar...

- un pollero, ¿verdad?

- Pues sí, padre y le pagamos \$5000 dólares, todo lo que teníamos, y nos llevaron en camión hasta la frontera, por Tijuana, pero afuera, y ahí estuvimos esperando varios días, y luego vino ese señor y nos dijo, hoy vamos a tratar de pasar, así que traigan sus cosas y súbanse a las camionetas, y era de noche cuando llegamos al pleno desierto, y nos dijeron, pues los hombres de este lado, y las mujeres del otro, y deme a la niña, se la doy del otro lado, y no sabe lo que sentí padre, pero ya no había de otra, ya habíamos pagado, así que había que lanzarse, y pues nos formaron en unas filas, y nos dijeron agárrense del mecate, y había una cuerda ahí en el piso, y la tomamos, y la cuerda estaba atado a un burro donde se trepa un señor, y nos dijeron, agárrense bien de la cuerda y no hagan nada de ruido, y mientras el burro jale la cuerda, ustedes sigan caminando, pero si sienten que la cuerda se afloja, quiere decir que por ahí anda la migra, y que yo corté la cuerda, así que corran a esconderse hasta que yo les avise.



Y pues el tercer intento lo logramos, fue hasta la tercera noche que por fin pudimos pasar, y llegando a la carretera, ahí había otras camionetas que no se esperaban, súbanse todos, y pónganse la ropa que les dijimos, sus mejores trapitos, y nos fuimos así padrecito, y llegamos al aeropuerto de Los Ángeles, y ahí estaba ya todo listo, y nos subieron al avión sin ningún problema, y pues fueron varias horas de vuelo, y cuando llegamos aquí a Nueva York, y era de noche, gracias a Dios ya me dieron de vuelta a la bebé antes de tomar el avión, yo estaba que me moría, pero gracias a Dios todo salió bien, y cuando llegamos aquí al aeropuerto, nos subieron a otra camioneta, y el chofer nos dijo, denme una dirección, y le dimos la dirección de mi tío, y ahí vamos, muertos de miedo y de frío, porque ya se acercaba el invierno, y de pronto la camioneta se detuvo, y el Señor nos dijo, la dirección que me dieron es dos cuadradas ahí adelante, dan vuelta a la izquierda y caminan tres cuadradas más, pero les advierto, cuando se bajen, no volteen, no digan nada, no se despidan, si tratan de hablarme o de pedir algo, ya sabemos dónde viven ustedes, y pues va a ser muy grave, se pueden meter en un problema, así que con mucho cuidado, y nada de hablar con nadie.



Imagínese cómo nos sentíamos, yo me quería morir, mi viejo nomás me abrazaba, y bueno por fin llegamos, y ahí estaba mi tío, me miró como que había visto un fantasma, creo que nunca pensó que llegaríamos, pero nos dejó entrar, nos acogió, y al día siguiente llegó un

paisano, que dijo que él era de los Caballeros Aztecas, al parecer son paisanos que se ayudan unos a otros, y que todo iba a estar bien, y ese mismo día mi viejo empezó a trabajar ahí en la *sanitation*, en la basura pues, y pues sí es feo, pero nos da para vivir, y yo tengo mucha confianza en Dios, y ya Dios dirá... ¿No quiere otro cafecito, padrecito?

Regresamos en silencio mi madre y yo. Por un momento se me queda viendo con una mezcla de tristeza y temor, como diciendo: “¿En qué te has metido, mijito, para qué has venido a Nueva York?”, pero su expresión cambia pronto y me dice con una sonrisa: “Haz hecho bien en venir”... No, Mamá, hemos hecho bien en venir, de alguna manera todo esto tiene un sentido.

Son millones.... Paisanos nuestros, hermanos nuestros que viven en las sombras, escondiéndose de la migra, del ICE, explotados, asustados, y no se rajan.... Yo también llegué a estados Unidos.... En avión.... Con visa... con empleo.... Con dinero, seguro y vacaciones... Creo que no es lo mismo. Un tiempo trabajé en campo de migrantes, en los campos de betabel en Idaho y luego en Washington State, por unos meses compartí su vida, sus miedos, su Fe. Pero no es lo mismo....





*“Queremos bailar en su honor padrecito”*

## **LA DANZA DE LOS NEGRITOS**

Semana Santa de 1994

Para esta Semana Santa, regreso por segunda vez a la parroquia de Tepezintla, en la Sierra Norte de Puebla. En esta ocasión me acompaña un grupo numeroso de jóvenes de Jornadas de Vida Cristiana, quienes ya han tenido un primer encuentro con Cristo en estos retiros maravillosos inventados por los hermanos Maristas, y que ahora buscan profundizar su fe en Dios y su compromiso con los hermanos, especialmente los más alejados, como es el caso de estas comunidades indígenas.

Cada día ha estado lleno de sorpresas, ¡pero en esta ocasión me espera, valga la contradicción, algo inesperado!

Llevamos cinco días recorriendo las distintas comunidades de la parroquia, visitando enfermos, dando clases de catecismo, celebrando misa. Los chicos han incluso trabajado en un "tequio", es decir el trabajo comunitario en el que todos los hombres participan cuando es necesario arreglar un camino o reparar una escuela. La verdad, después de cinco días, estoy bastante cansado, y esta tarde estoy contento que el día llegue a su fin para poder descansar un poco. Al parecer mañana tampoco hay tantas actividades, así que me propongo descansar antes del fin de semana.

Afortunadamente Dios tiene otros planes...

- Pancho, hay unos señores que quieren hablar contigo...

- Pues vamos a verlos...



- Pues verá usted padrecito, somos de la comunidad de Omitlán, y nos hemos enterado que usted y sus muchachos andan por aquí, así que queríamos ver, padrecito, si sería posible, que el día de mañana, que es la fiesta de nuestro Santo patrono, san Bartolomé (24 de agosto) pues quisiéramos que usted nos acompañara allá al pueblo, no sé si sea posible...

¡Busco la manera de decirle que no! ¡Otra caminata mañana! Y su pueblo queda a más de tres horas de camino, es el más lejano de la parroquia, uno de los pocos pueblos totonacas que hay aquí. Empiezo a explicarle que, bueno, estoy muy agradecido por la invitación, que es

un honor, etcétera etcétera, cuando una mano me toca el hombro, y Luisa, una de las misioneras, me dice al oído, ¡no puedes rehusar!

A ver, pienso, no soy el hombre de acero, mañana realmente necesito un descanso, no veo cómo...

-- así es, padrecito, lo que le quiero decir, es que somos el grupo de danzantes, somos el grupo de los Negritos, y ahora hemos podido juntarnos, y mañana quisiéramos bailar en su honor...

Wow! ¡Es mi honor! ¡Esa sí no me lo esperaba! ¡Es obvio que no me conocen!

Luisa me vuelve a hablar al oído, ya me explicaron, claro que no es en tu honor, ¡no seas bobo! y ni te conocen (¿ya ven? ¡Se los dije!), en realidad lo que están pidiendo es que tú, como sacerdote, los honres con tu presencia, así que vamos a ir todos!



¡No pues sí! Si me echan montón, ¡¿cómo puedo rehusarme?!?! Así que accedo con gusto, al tiempo que algo dentro de mí me dice que esto es realmente importante. ¡Y vale gorro el cansancio!

¡Así que olvídate del día de descanso! A las 8 de la mañana ya estamos caminando (el desayuno fue altamente simbólico) y al grito de «¡no hay cerro que se me empine!», ¡nos vamos todos hasta Omitlán!

Llegamos al pueblo alrededor de las 11 de la mañana y por supuesto, ¡no hay nadie! Toca esperar. Poco a poco algunas personas se van acercando, los misioneros aprovechan para jugar con los niños, y finalmente aparece mi anfitrión.

- venga padrecito, siéntese, padrecito, gusta usted un cafecito?

De acuerdo... Aquí en la sierra las cosas tienen su propio ritmo, el tiempo pasa a otra velocidad, así que nos sentamos, tomamos el cafecito, platicamos con la gente, ¡aprovecho para practicar un poco el náhuatl...ups! ¡Aquí son totonacos!

A su tiempo llegan los danzantes. Son unos doce, con sus trajes negros, sus espejos, sus paliacates, nos saludamos amablemente, y siento al mismo tiempo una cercanía y una distancia. Hasta me pregunto porque estoy ahí, pero dentro de poco lo voy a entender.

Han sacado unas bancas de la iglesia y por supuesto traen una silla especial para mí. Han llegado también un par de músicos, y el grupo se alista.



No recuerdo las danzas. No recuerdo los rostros de esos hermanos míos, el tiempo los ha ido borrando. Pero recuerdo la música, recuerdo sus ganas de celebrar la presencia del padrecito y de los misioneros, que es como una visita de Totatzin Dios, recuerdo sus gestos y sus voces que son el eco de voces antiguas, de sus antepasados, de sus tradiciones. Recuerdo su presencia, la presencia de los danzantes, que

nos llevan a su mundo misterioso, la presencia de los jóvenes Misioneros que escuchan y admiran en silencio, conscientes de estar ante algo que nos sobrepasa todo.

Están bailando en mi honor... Pero no en el honor de Pancho, bailan en honor del sacerdote que ha venido con sus "santos misioneros" a estar con ellos, a celebrar la Semana Santa, en honor de Cristo y María que vienen a verlos la persona de estos chicos...

Están bailando en mi honor... No exactamente. Están bailando porque alguien ha venido a verlos, a estar con ellos, a compartir con ellos,

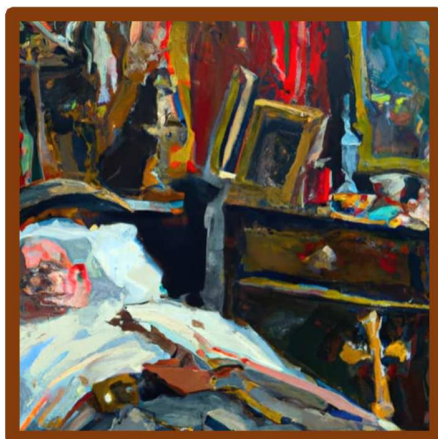
Están bailando en mi honor... Están más bien bailando en honor de la Vida, que es canija, está cargada de hambre, de cansancio, de explotación, cargada también de fe, de esperanza, de Presencia.

Están bailando en mi honor... Más bien soy yo quien está escuchando en su honor. Siento ganas de ponerme de pie, de abrazar a estos danzantes, de decirles mi cariño y mi admiración, pero ponerme de pie significaría terminar la danza, así que de una manera intuitiva comprendo que mi papel en ese momento es escuchar, es aceptar que bailen en mi honor, porque esa es la manera que tengo hoy de honrarlos a ellos, con mi presencia. Hoy me toca recibir... Mañana...

- Padrecito, si puede usted por favor decirle a la gente que nos apoye, que esto es por todos, por el pueblo, porque no se pierdan nuestras tradiciones....

Empiezo a comprender tantas cosas...





*Todo irá a la basura... Quizás no todo...*

### **"HA MUERTO EL PADRE ARNULFO..."**

Esta mañana llegó la llamada del asilo donde llevaba viviendo siete años, con pocas visitas. Ya contactaron a la funeraria y ellos se encargan de todo. Solamente tenemos que ir a “limpiar el cuarto” ...

- ¿Me acompañas?

Acepto a regañadientes acompañar al padre superior. Llevamos al asilo con unas bolsas grandes de plástico “para meter todo”. Recorro con la vista la pequeña habitación, los objetos familiares que acompañaron al padre. “aquí está toda mi vida”, me dijo una vez el padre: La foto de sus padres, su libro preferido, su cruz de profesión, los recuerdos de Oceanía y de África donde estuvo de misionero, su cáliz... Decenas de objetos, de recuerdos, de libros y de imágenes que lo acompañaron fielmente hasta el final. Y hoy todo se va a la basura...

Acaricio cada objeto antes de meterlo a la bolsa. Son sagrados, porque los objetos nos acompañan un tiempo, son nuestros amigos, nuestros compañeros. Nos hablan de tiempos pasados, de tiempos mejores. Nos recuerdan amigos, seres queridos que se han alejado, que ya no están. Son amigos fieles, cariñosos que gritan en silencio y que saben escuchar, que conjuran unas presencias ya olvidadas que nunca volverán. Un día, su misión termina, han cumplido fielmente esa misión de darnos puntos de referencia, de ubicarnos, de recordarnos los seres queridos, los momentos felices... Hacen presente el pasado. Hacen presentes a los ausentes...



“Las mudanzas son lo peor.” Esa frase me golpea como un mazo, recordándome las veces que yo me he ido, que he dejado lugares y amigos, qué olvidé y fui olvidado...

Me envuelve otra realidad: un día llegará otra llamada: “el padre Pancho ha muerto”, y yo también me iré, y todos estos objetos tan queridos —la foto de mis padres, mi ejemplar del

“Petit Prince” comprado en París, el cáliz regalo de mis padres, Chin Chin, el osito panda de peluche que me ha acompañado a Roma y a Irlanda —, todo irá a la basura.

Quizás no todo...

Quizás el padre Arnulfo se llevó lo más importante...

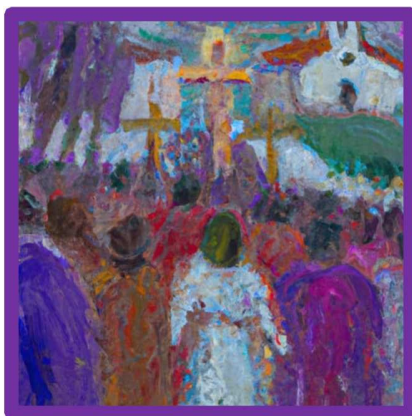


Quizás, de una manera un poco contradictoria, nos llevamos solamente lo que dejamos: Una bendición, una misa, una sonrisa, una amistad, un amor. Jesús mismo nos advirtió sobre el apego a los bienes materiales. Pero no estoy apegado a estos objetos. Estoy apegado a lo que representan, a lo que “re-presentan”, es decir, vuelven a hacer presente: Mis padres, mi familia, mis seres queridos. El Padre Arnulfo no se llevó sus libros, ni sus vestiduras, ni el cáliz de su altar. Su vida no se medirá por las cosas que dejó, sino por las que se llevó: su fe, su amor, su servicio. Se llevó sobre todo lo que realizó en el silencio de su vida espiritual, lejos de los aplausos y las alabanzas. Se llevó lo que sólo el Padre Celestial ve en lo secreto, tesoros que no se oxidan ni se apolillan, los que trascienden el tiempo y el espacio.

Estoy sentado ante mi escritorio, solo en mi cuarto.... Veo mi libro, mi cáliz, a Chin Chin... Objetos, ‘sí, materiales, sí, pero no solo eso... Mucho más que eso... Mi perro Newton se me acerca, como sintiendo mi tristeza... Un día él también se irá...

Quizás de alguna manera, nos volveremos a encontrar en el Reino Celestial, donde Dios será todo en todos, donde nada nos faltará...





*“fue por los rostros...”*

## **EL ENCUENTRO**

La Jornada México, Semana Santa de 1987



Fue en retiro de Semana Santa con los chicos del CPP que escuché por primera vez del encuentro entre Cristo resucitado y su madre María. El padre Pedro Herrasti, director del cpp dirigió la oración de la mañana del domingo de resurrección, y nos preguntó:

¿Qué fue lo primero que hizo Cristo después de resucitar?

Para mí, joven sacerdote, aún llena la cabeza de las clases del seminario, la respuesta es clara, y viene en el Evangelio: Se apareció a María Magdalena y a las demás mujeres y después a los apóstoles para enviarlos en misión.

Pues no, nos dice Pedro, Jesús, como buen hijo de familia, y para darnos ejemplo, fue primero a ver a la Santísima Virgen su madre, para consolarla y mostrarle que había resucitado: Ya la hicimos, ¡Mamá!

O sea...

No sé qué decir, ni siquiera si debo decir algo, más adelante me atrevo a decir: Eh... pero eso no viene en los evangelios

No, dice Pedro, pero tenemos el famosísimo argumento de conveniencia: Convenía que Jesús fuera a ver a Su Madre porque él es un buen hijo de familia y como todo buen hijo de familia quería consolarla para que ya no estuviera triste.

O sea... “convenía”??? a quién le convenía???

Nuevamente no sé qué decir, pero no creo que un retiro de Semana Santa sea el lugar adecuado para una discusión teológica. Aunque esa discusión teológica la tengo conmigo mismo: Eso no viene de los Evangelios, por lo tanto, no es importante para la verdad del Evangelio, para la Fe, es solamente una tradición- hacer de Jesús Resucitado un buen hijo de

familia y que eso tome precedencia sobre ser El Salvador del mundo y anunciar la resurrección a toda criatura me parece una reducción, un empobrecimiento del mensaje evangélico. Además, pienso yo en mis adentros, ¿que se gana con eso? Se le quita prioridad a la misión, al anuncio de salvación, ¿porque primero es la familia? ¿Primero es la mamá? ¿No quiero que mi mamá esté triste? ¿no sé supone que tengo que dejar padre y madre para seguir a Jesús? O sea... ¿es más importante ser un buen hijo de familia, preferentemente sumiso y obediente a los papás, que ser un Mensajero del Evangelio?

Y me quedé trabado con eso.

Tuvieron que pasar casi 40 años...

### **León, España, Semana Santa de 2024**



Este año he venido a pasar la Semana Santa con los padres Maristas de León, en España. Mi hermano Ramón Fernández y los demás padres me reciben con mucho gusto, y quedamos que esta Semana Santa estaré acompañando precisamente a Ramón a celebrar las misas en los pueblos de La Milla del Páramo, San Martín del Camino y Celadilla del Páramo, de la diócesis de León. Será un programa apretado, ya que hay misa de 10, 11 y 12 de la mañana, además de las demás ceremonias propias de la Semana Santa.

Por cierto, también me toca ver en León las procesiones de las cofradías y hermandades en las calles de León, de los que tanto he oído hablar y que son una manifestación maravillosa de fe, de tradición, de comunidad. Toda la ciudad participa de una manera y otra. Pero ese es otro tema...



Domingos de Ramos: Salimos Ramón y yo en coche a buena hora para llegar a la primera misa. Son tres pueblitos pequeños, instantes de León casi una hora, con otros 10 minutos entre cada pueblo, así que las misas se celebran rápido y salimos disparados a la siguiente misa. ¡Me recuerda con alegría mis tiempos en la parroquia de Ticomán, donde tenía una moto para ir más rápido!



La gente nos recibe muy amablemente, están felices de ver de nuevo a Ramona y de conocer a un padre mexicano, “¡hombre chaval! “

Estoy feliz de estar aquí.

La semana se pasa muy bien y finalmente llega el Domingo de Resurrección. Salimos temprano, la mañana es bastante fría, y llegamos con tiempo a la misa de 10 a La Milla del Páramo.

Pero ahí nos espera una sorpresa.

- Padre, que mire usted, que antes de la misa tenemos que realizar el Encuentro.
- El encuentro? ¿Qué es eso del encuentro?

- pues hombre, padre, pues nada, que es el encuentro entre nuestro Señor y la virgen santísima después de la resurrección!

¡No puede ser! ¿¿Aquí también hacen eso?!? ¡Pero si no viene en el Evangelio! (¡esto último solamente lo pensé, no lo dije!)

- pero hombre, que no nos va a dar tiempo, que tenemos que salir rápido a la otra misa.

- pero padre, así le hemos hecho siempre, y la gente ha venido, ya han preparado las estatuas.

En efecto, dentro de la iglesia, las mujeres preparan las estatuas: Cristo resucitado vestido de blanco, la virgencita aún de luto, pero han preparado sus ropas de fiesta. Varios hombres están también ahí, ayudando en todo.



Lo pienso un momento: ¿puedo ponerme estricto, puedo criticar, puedo juzgar, pero... qué voy a ganar? Vine a compartir el Evangelio con mis hermanos españoles (¡igual y hay un familiar aquí, mi abuelita paterna era española!) o a quitarles lo que tienen? ¿Quién me ha constituido juez de nada?

- pues bien, hagamos el Encuentro!

Y ese día mi vida cambió.

No tanto por ver las imágenes, ni por seguir las procesiones ("tú te vas con la virgencita y yo con el Cristo", me dice Ramón, "y nos encontramos a la entrada de la iglesia"), ni siquiera por estar en esa España profunda, tan antigua y tan hermosa, en la España de siglos de batallas, de reconquista, de reyes y santos, de fe católica profundamente arraigada (tengo ante los ojos esos paisajes maravillosos de León, una tierra dura y generosa a la vez...).

Me ha cambiado la vida al ver los rostros...

Primero los rostros de las mujeres, con la cabeza cubierta de mantillas, con sus manos hábiles y rápidas que visten las estatuas, sus manos que quitan la ropa de luto y ponen la ropa de fiesta (¿no es ese el papel de una madre?), los rostros de estas mujeres que llevan un año esperando este encuentro de la Virgencita con su Hijo, un encuentro que seguramente para ellas, madres de familia, tiene un significado que apenas alcanzo a comprender.

También los rostros de los hombres. Hombres del campo, hombres trabajadores, con las manos encallecidas y el rostro quemado por el sol, rostros que no sonríen y manos que aparentemente no saben persignarse. Pero son hombres que ahí están, este día, este Domingo de Resurrección, que han venido única y exclusivamente al Encuentro. Quizás no van mucho a misa, ni sepan la diferencia entre el Credo de los Apóstoles y el Credo Niceno-constantinopolitano, pero hoy, en esta fría mañana española, aquí están, acompañando a sus esposas, acompañando a Jesús, acompañando a María...

Hay unos cuantos niños. No hay jóvenes. En el pueblo no hay trabajo. Los jóvenes, los hijos, los cristos han dejado el pueblo y se han ido a trabajar a la ciudad... Quién sabe cuándo tendrán su encuentro.

Este día comprendo que lo importante en la iglesia no son tanto los ritos, ni las tradiciones, ni si usamos el latín o el vernacular, bueno sí son importantes, pero lo realmente importante son las personas, son estos hombres y mujeres que hoy, Domingo de Resurrección, han venido a misa, han venido al Encuentro, se han alegrado porque nuevamente, después de muchos años, ha regresado el padre Ramón, y ha traído un padre mexicano, ¡y nos hemos encontrado!



Después de la última misa en Celadilla del Páramo, nos vamos todos a la hostería a tomar un café, unos panecitos, ¿por qué no? una cerveza. Hay un ambiente alegre e inolvidable. Platico largamente con personas que apenas nos hemos conocido. Es otro Encuentro. Es otra liturgia.

### **Post data**

Al escribir este texto, me entra la curiosidad de saber más, así que le pregunto a la IA:

### **El Encuentro de la Resurrección**

El "Encuentro" de Resurrección simboliza un momento de gran alegría. Al igual que en la Pasión, dos procesiones separadas se dirigen la una hacia la otra. Una procesión lleva la imagen del **Cristo Resucitado** triunfante, a menudo con un estandarte. La otra procesión lleva la imagen de la **Virgen María**, que todavía está vestida de luto por la muerte de su Hijo.

El momento culminante ocurre cuando las dos imágenes se encuentran. Es entonces cuando la imagen de la Virgen se inclina ante la de su Hijo Resucitado. En un gesto de gran emoción y simbolismo, se le quita el manto negro de luto y se le pone un manto de color blanco o azul claro, simbolizando el paso del dolor a la alegría de la Resurrección. Este acto es a menudo recibido con campanas, aplausos y un coro que canta himnos de Pascua.

### **Significado Teológico y Espiritual**

Aunque los Evangelios no lo narran, la tradición es un reflejo de una profunda verdad de fe. La Iglesia ha enseñado desde siempre que María, al ser la persona más unida a Cristo en su vida terrenal, fue la primera en recibir el fruto de la Resurrección. De hecho, San Juan Pablo II, en sus catequesis, afirmó que "es lógico pensar que la Virgen fue la primera persona a quien el Hijo resucitado se manifestó".

Esta tradición nos invita a meditar sobre:

- **La primacía de la fe de María:** Al igual que ella fue la primera en creer en la Anunciación, es la primera en creer en la Resurrección. El desprendimiento de su manto de luto simboliza el fin de la fe que ha esperado y la entrada en la alegría de la fe que ha visto cumplida la promesa de Dios.
- **La Iglesia de la Resurrección:** La Virgen María, como figura de la Iglesia, pasa del luto a la alegría de la Pascua. Su transformación es un recordatorio de que la Iglesia

no es una comunidad de duelo, sino una comunidad de gozo que celebra la victoria de Cristo sobre la muerte.

- **La alegría de los que esperan:** La procesión separada de María, vestida de negro, simboliza a todos los creyentes que han esperado con fe a lo largo de la historia. Su encuentro con Cristo es una imagen de la alegría que nos espera a todos cuando nos encontremos con el Señor.

La tradición del Encuentro de Resurrección es un hermoso testimonio de la fe popular, que celebra la victoria de la vida sobre la muerte y la alegría que sigue al luto, todo a través de la figura central y amorosa de la Virgen María.





*“No habla, grita!”*

## **VERANO DEL 2021, TURÍN, ITALIA**

Este año he venido a pasar mis vacaciones de agosto en el norte de Italia, en las comunidades maristas de Turín y de Brescia.

Turín es una ciudad maravillosa, con más de 15 museos, y las dos semanas que paso aquí, en una ciudad cargada de historia, de cultura, de Fe en compañía de mis hermanos de congregación religiosa, dejarán en mi alma unos recuerdos inolvidables: La ópera “Pagliacci” al aire libre, la misa que celebro en italiano en el Santuario de Lourdes, la visita a la Sacra de San Michele, donde se filmó “el nombre de la rosa”, el Museo Egipcio., pero lo mejor de todo fue ir en peregrinación a la iglesia de la Síndone o Sabana Santa de Turín.

Al oír hablar de la Sábana Santa, siempre surge la duda: ¿Es auténtica? Es una falsificación? La Iglesia nos quiere engañar? ¿Cómo creer en eso? Pero no he venido a debatir, he venido a rezar, he venido sobre todo a encontrarme con la gente que viene aquí.



La iglesia es amplia, maravillosa, es más que una iglesia, es un navío, una nave inmensa que parece surcar el mar del tiempo, atravesar los siglos, un santuario donde late un corazón invisible y silencioso.

En cuanto entro, noto los confesionarios a un lado de la entrada. Noto enseguida la pequeña luz roja, como la de un Sagrario, que me indica, como la de un Sagrario, que Cristo está ahí presente, en este caso en la persona de su sacerdote.

Me acerco primero a la recepción, donde una señora muy amable me explica que la Sábana Santa se exhibe solamente en Cuaresma: “¿Y no podrán hacer una excepción para un padrecito Mexicano?” le digo con una sonrisa. Me sonrío también, comprende mi sentido del humor, pero me da una mejor opción; “si ha venido de tan lejos, ¿por qué no aprovecha para confesarse?”

El padre es un joven anciano, cargado de años, de experiencias, de oración. Me recibe con una amabilidad tosca y exigente, como diciendo, “¡no me hagas perder el tiempo con una

mala confesión!”, agradezco su cariño fraterno y exigente que me hace ponerme de rodillas ante el mismo Dios.

Y el padre anciano me habla. Me abre su corazón. Ha pasado muchos años aquí, quizás esperando la llamada final: “Aquí viene mucha gente, vienen de toda Italia, del mundo entero, quizás por devoción, por curiosidad, o bien buscando algo, vienen a ver, vienen a escuchar. Quieren ver a Cristo, quieren rezarle y escucharle. Pero la Sábana Santa no habla, no, no habla, ¡grita! Grita con una voz silenciosa, grita el amor de Dios hecho hombre, hecho carne, hecho dolor y sufrimiento. Grita el dolor, la pasión, el sufrimiento de un hombre que murió por ti, que murió por amor a ti, ¡y cuyo grito solamente se puede escuchar con los



oídos de la fe! Cada gota de sangre, cada espina, cada marca de los látigos grita con fuerza la verdad de un amor divino que no solamente se hace hombre, sino que se hace servidor, esclavo, dolor... Pero no todos saben escucharla porque buscan una explicación racional, una justificación científica, y aquí la única explicación es el Amor...”

Esta mañana he sido su último penitente. El padre sale del confesionario y se aleja caminando lentamente, incluso pesadamente. Es obvio que su pierna lo lastima. Lleva auestas mis pecados, como Cristo también los llevó hasta el Gólgota. Le he confiado también a tantos seres queridos míos que sufren: por una muerte, un divorcio, un fracaso, una ausencia. En la figura de este sacerdote con años, decenas de años de servicio, no hay alegría, no hay risa... ¡Hay una pasión! ¡Hay un fuego en él! En la vida de este sacerdote que quiere darle una voz a este Dios Silencioso ha pasado tanta gente, con sus pecados sí, pero sobre todo con sus dudas, sus sufrimientos, sus angustias, sus alegrías también, sus sueños. Este sacerdote es cómo una síndone viviente...

Al verlo alejarse, tengo ganas de llamarlo, de ir hacia él, para decirle que estoy agradecido, que gracias a él le he podido escuchar esa voz silenciosa y profunda que muchas veces he tratado de callar, también para pedir perdón de las veces en que he sido un mal sacerdote, por las veces en que me he quedado callado y que en las que no he levantado la voz con el fuego del Amor de Dios!

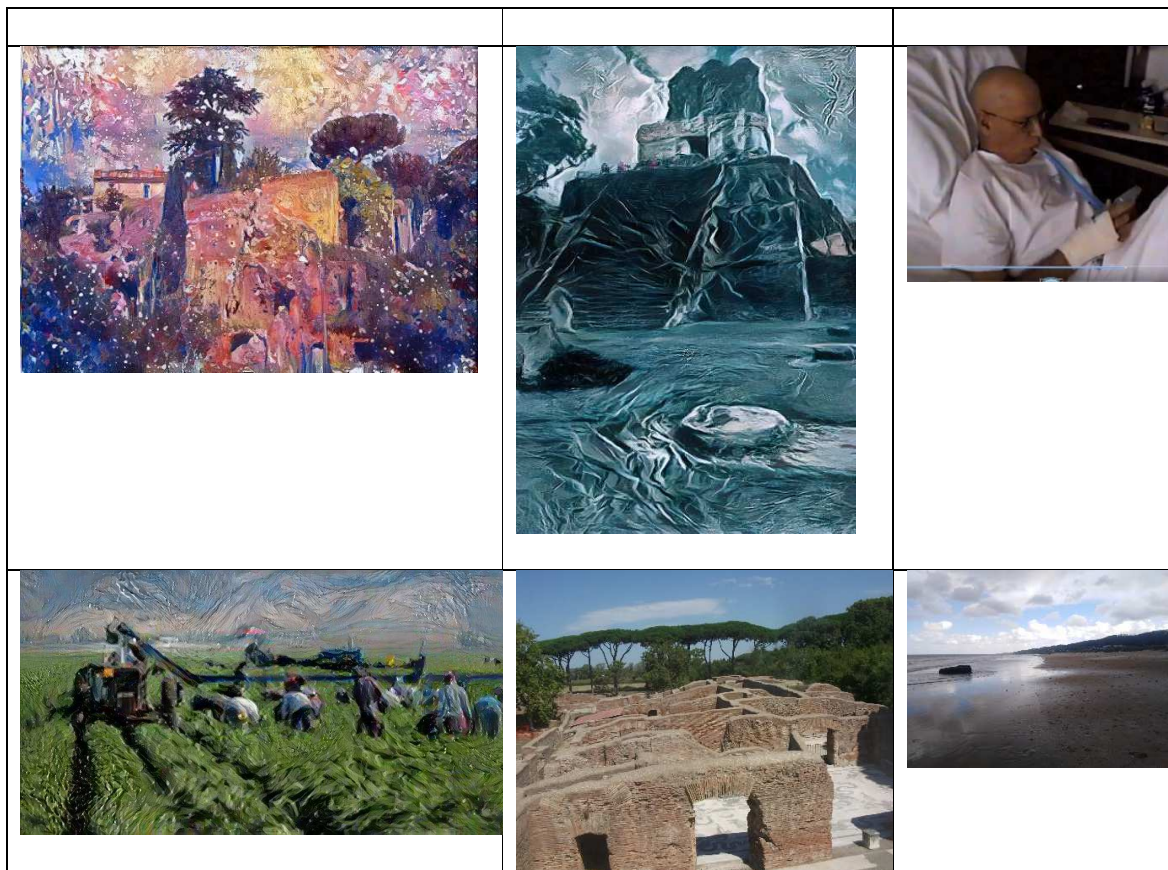


Pero ya es tarde, ya se ha ido... La iglesia ha quedado a oscuras, vacía...

Salgo del santuario y vuelvo a tomar mi camino, y de pronto, lo comprendo, comprendo el mensaje del Sudario: Finalmente, el Sudario nos habla de la Vida, de la Vida plena y feliz que Cristo nos ofrece, pero el único camino hacia esa vida es la Cruz: “el que quiera ser mi discípulo, que tome su cruz y me siga... aunque se tropiece... aunque se equivoque, aunque falle... no es tarde, nunca es tarde, porque arrepentirse no es confesarse sino cambiar de camino, cambiar de vida...”



# ... Y TANTOS OTROS LUGARES...



## Y TANTOS OTROS LUGARES...

Hay lugares, personas, eventos que han marcado mi vida. Son imborrables. Son inolvidables- Los llevo en la mente y en el corazón, los llevo grabados en el alma, y siempre estarán conmigo hasta mi último día. No podría olvidarlos, aunque quisiera. Son parte importante del tejido, del entramado de mi vida. Son demasiados. Jamás podría narrarlos o reconocerlos todos. Son parte de mi vida porque me han formado, me han ayudado a hacer lo que soy o que quiero ser. De una manera misteriosa me han ayudado a vivir mi vocación. Y hoy quiero expresarlos porque son parte del tesoro que llevo en una vasija de barro.

En esta sección que he titulado "hay tantos lugares" podría también llamarse "los otros lugares santos". Son lugares donde, por una razón u otra, no es posible celebrar la Eucaristía. Pero son lugares sagrados. Son lugares donde, de una manera u otra, a veces por la alegría que llevan, a veces por el sufrimiento que vieron, son lugares donde Cristo ha estado siempre presente y lo estará hasta el fin del mundo. Algunos son lugares con vocación universal, otros son más personales. Son lugares donde el sufrimiento humano, la reverencia a un Dios desconocido, la belleza que los habita son expresiones de ese Dios no tan desconocido que un día moriría por todos los hombres, incluso por aquellos que nunca lo conocieron.

Te comparto estos relatos con la esperanza de que tú también, en el camino que has recorrido en esta vía, veas las huellas de un Dios que es Amor, pero que a veces es un amor oculto, escondido, incluso desconocido, que solamente se puede revelar a tu alma y a ninguna otra.



*No necesitas ir al Louvre...*

## **MUSEO DEL LOUVRE, PARÍS, FRANCIA**

12 de marzo de 2024. Voy llegando al Museo del Louvre, en París, Francia, donde he vivido los últimos 6 años. He venido a despedirme.

O quizás no, quizás vuelva yo en las próximas semanas o meses. Pero sé que llegará el día en que habré visitado esas galerías y visto esas obras maestras por última vez.

No hay duda que he sido privilegiado en tantas áreas de mi vida y sí, los museos no son realmente una prioridad. Hay cosas más importantes en la vida. A menos que, en esas visitas, alguien importante te acompañe...

A lo largo de sesenta años, han sido veinte las ocasiones en que he recorrido el Louvre. Algunas veces solo, algunas veces acompañado por seres muy queridos. En algunos casos, esos seres queridos ya se han ido, o simplemente se han alejado, pero en prácticamente en todos los casos, que hayan muerto o que se hayan alejado, han muerto y se han alejado "allá afuera". Aquí, dentro de mí, siguen vivos y presentes, y hoy quiero honrar su memoria y su cariño al recordar algunas de esas visitas, y al recorrer el museo por última vez. Y la única manera de hacerlo adecuadamente, es recordando mi primera visita, en 1964.



Tengo 8 años. La familia Chauvet Contreras nos hemos venido a vivir a Francia. Un mundo nuevo por descubrir, totalmente desconocido. Y en esta aventura de descubrimiento, hemos venido a visitar el museo del Louvre en familia. Tengo un recuerdo único de esta visita: Mi padre me ha tomado de la mano y vamos caminando en un hermoso corredor de mármol y luz, pasamos a lo largo de docenas de estatuas pequeñas y grandes, pero en realidad no las veo. Mi mirada está a lo lejos, hacia adelante, en esa escalinata gigantesca al final del pasillo, una escalinata que poco a poco nos hace subir hasta alcanzar una obra que habita mi corazón desde ese día: ¡La famosa Victoria de Samotracia! Una estatua de mármol enorme, hermosa, con un traje de piedra medido por el viento, una alas poderosas y extendidas que parecen levantarla del suelo. Luce enorme, hermosa, triunfante, su presencia llena la inmensa sala. Creo comprender, a pesar de mi corta edad, que estoy ante una obra maravillosa, ante algo que me sobrepasa pero que de alguna manera extraña también me llama, me alienta, me invita a seguir subiendo. Como mi padre, que me anima él también a subir esos escalones, que los sube conmigo, y me habita la total certeza de que estoy viendo algo que nadie más puede ver...



1985. Solamente estuvimos un año en Francia... He regresado a París veintiún años después, y estaré un par de semanas. El primer día, me precipito al Louvre. Vuelvo a encontrar a todos esos lugares maravillosos, vuelvo a subir la escalinata. Pero esta vez voy solo... Una semana más tarde, mi mamá me alcanza en la Ciudad Luz, y vamos a pasar unos días maravillosos, claro, incluyendo, por supuesto, una visita al Louvre. ¡Dos veces en dos semanas! ¡No necesitamos mapa! ¡Mi mamá lo conoce perfectamente! ¡Son días muy felices!

las visitas se suceden: 1993, antes del Capitulo General en Roma... En el 2000, con Christian y Eloísa, cuyo matrimonio bendije unos años antes. La visita dura seis horas...2009: otra visita antes de otro capítulo! 2018. viene mi tocaya Françoise a pasar unos días en Paris. ¡La tortura, perdón, la visita dura 8 horas!

¡Y más visitas! Luz María, Andy, Luis Enrique y Lidia, Rick y Heidi, Manuel y Gisel, los Monterrubio, Meche Orozco, del CFI, Javier y Janet Gámez, Collin y Audrey... Una vez no pude entrar porque el personal estaba en huelga... Y finalmente esta última visita, el 24 de enero de 2024. Hoy me despido...

En cada visita, vivo con una emoción especial, o mejor dicho vuelvo a vivir con una emoción especial, tras muchos otros, ese momento en que recorro el pasillo y subo la escalinata que me lleva hacia la Victoria de Samotracia. Porque cada vez, que vaya yo solo o acompañado, mi padre está ahí, y me toma de la mano y me acompaña en esta escalinata de la vida...

No faltará quien piense que soy muy presumido (¡de acuerdo, no voy a discutir!), y que no todo el mundo tiene la ocasión de ir a Francia y visitar el Louvre tantas veces. Pero mi mensaje es más importante. De alguna manera lo que quiero decir es lo siguiente (y lo he contado de esta manera porque así lo viví yo):

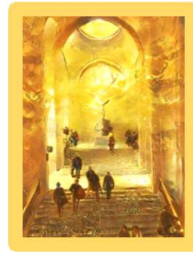
### **No necesitas ir al Louvre...**

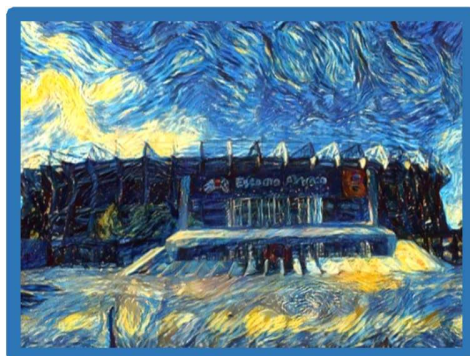
No necesitas venir al Louvre, no necesitas ir al extranjero ni a ningún museo, para tomar a tu hijo, para tomar a tu padre de la mano y caminar con él. No necesitas siquiera que ese hijo o ese padre estén presentes. Solamente necesitas querer, sí, querer, anhelar, desear tomarlo de la mano y caminar con él. Y si esto ya no es físicamente posible, siempre será posible tomar sus recuerdos, tus recuerdos, y llevarlos en tu corazón. Siempre será posible hablarle en la oración que surge de tu corazón.



### **Posdata:**

la lección que aprendí de mi padre quedó grabada con fuego en mi alma hace 61 años. Tardé mucho en comprender que no todo mundo tiene la misma suerte. En un retiro de jóvenes, le pregunté al grupo: ¿qué has aprendido de tu padre? Un muchacho se levantó, y con lágrimas en los ojos, dijo: “Yo aprendí de mi padre que el alcohol puede destruir una familia...y él me enseñó esa lección sin decir una palabra.” Pido a Dios que eso no vuelva a suceder en la vida de nadie. Pido a Dios que en la vida de todos y cada uno de nosotros haya una Victoria de Samotracia ... y un padre que nos guíe.





*" ¿Sabes que hoy hay partido en el Estadio Azteca?"*

## **EL ESTADIO AZTECA CON MI PAPÁ**

Junio de 1966, sábado por la tarde.

Mi padre está leyendo el periódico, yo estoy jugando en la sala. Mi madre se acerca discretamente a mi papá y le dice al oído: " ¿Sabes que hoy hay partido en el Estadio Azteca?". Es todo, no dice más.

Mi padre interrumpe su lectura, se rasca la cabeza (como lo hacía de costumbre), se voltea hacia mí y me pregunta: "¿Te gustaría ir al estadio?"

¿En serio?! ¡El Estadio Azteca! ¡El fabuloso estadio Azteca! ¡Y voy a ir con mi papá!

El viaje en coche desde Ciudad Satélite hasta Santa Úrsula dura casi una hora. El Valiant negro parece volar a mil por hora. A lo lejos veo la silueta del estadio, majestuoso, en pleno campo, al parecer lejísimos de la ciudad. Por fin llegamos. El estacionamiento es inmenso y tenemos que caminar hasta el estadio que se agiganta con cada paso que damos.



Pasamos los torniquetes y vamos subiendo por las escalinatas. Eso es una estructura de cemento y acero absolutamente gigantesca, estamos en las entrañas de una criatura enorme y gris que, al mismo tiempo, con toda su frialdad y color gris, es acogedora e incluso está viva.

Subo corriendo la última escalera que lleva la puerta que nos corresponde. Camino rápidamente, y al alzar la vista, de pronto se abre ante mí, como la caldera de un volcán (pero esto lo sabré

únicamente años más tarde al subir al Popocatepetl) la cancha verde, inmensa del Estadio Azteca. Una imagen que espero jamás olvidaré.

\_"¡Papá, llegamos tarde! ¡Ya empezó el partido!" grito al ver que hay jugadores sobre la cancha!

- "No, hombre, ¡es el partido de las reservas!"

-Ah! ¿Qué es una reserva?"

Encontramos nuestros lugares, que están justo a la altura de la mitad de la cancha. La línea de media cancha nos separa. Hoy, a casi 60 años de distancia, pregúntame el marcador. Aún lo recuerdo: Necaxa dos, Irapuato dos. Irapuato anotó primero, Necaxa empató, Irapuato volvió a anotar, Necaxa volvió a empatar. Ese día me convertí en necaxista. Porque fui al estadio con mi padre.

Fui a muchos lugares con mi padre. Me llevó a la escuela, a misa, a museos, a caminar y me llevó al estadio. Para eso son los padres, para caminar junto a sus hijos...

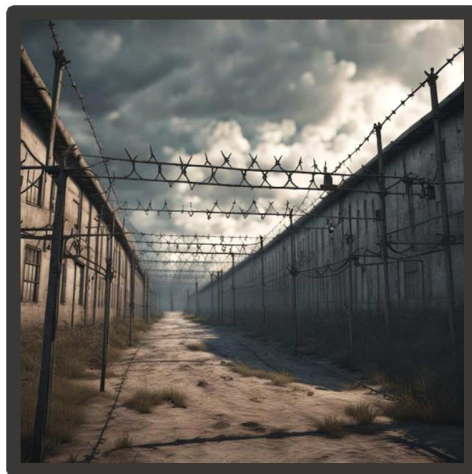


### Segunda parte (escrita en 1998)

“¿Usted a quién le va, Padre?”

Final del Fútbol Mexicano, La penúltima vez que fui a una final en el Azteca, fue precisamente América-Cruz Azul con el P Pedro Herrasti. Muchos me preguntan: "¿A quién le va, Padre?" Pues.... le voy al fútbol! ¡le voy a los padres de familia que llevan a sus chamacos al estadio! Le voy al papá que promueve el deporte, el amor a la camiseta, el trabajo en equipo, ¡el sudar la camiseta! Le voy a los chamacos que se esfuerzan, que sudan la gota gorda, que se abrazan, festejan, ¡lloran! Le voy a las mamás que se preocupan, ¡pero lavan los uniformes y los calcetines, que llevan al hijo y a sus amigos al entrenamiento! ¡Le voy a los tíos que acompañan a los sobrinos y les echan porras! Le voy.... le voy a México, a mi patria, a mis chicos, le voy a todos los que un día nos pusimos una camiseta y pisamos una cancha y reímos y corrimos y anotamos un GOL!!! le voy a los que amamos el fútbol, le voy al América y al Cruz Azul (¡no porque sean de Televisa o TV Azteca (¡quien se fija en eso, por Dios!), le voy al papá que me llevó al recién inaugurado Estadio Azteca a ver al Necaxa... y sí, sí hay fútbol en el Cielo!





*"Hubo gente peor que los nazis..."*  
**ENERO DE 2011: AUSCHWITZ**

Este año participo con los padres responsables de los Foyers de Charité a una peregrinación que lleva por título "sobre las huellas de Juan Pablo II". Incluye visitas a Cracovia, Varsovia, Wadowice... y Auschwitz.

Auschwitz. El campo de exterminación de la Alemania Nazi donde murieron 1.3 millones de personas, sobre todo judíos, pero también polacos, gitanos, prisioneros políticos, sacerdotes, gays, etc.

En la secundaria nos pasaron un documental terrible "nuit et brouillard" ("noche y tiniebla"), que mostraba los horrores de los campos de concentración nazis de la Segunda Guerra Mundial. (Se pueden ver algunas escenas en YouTube:

[https://www.youtube.com/watch?v=0zG\\_1DN5aBk](https://www.youtube.com/watch?v=0zG_1DN5aBk) y

[https://www.youtube.com/watch?v=iR\\_ioOsB8UE](https://www.youtube.com/watch?v=iR_ioOsB8UE)). Una película que vi hace 56 años y nunca he podido olvidar.

En cierta forma, voy preparado a esta visita. Es más una visita a un santuario que a un campo de exterminio.



Nuestra guía es la hija de una sobreviviente de los campos. Habla con calma, con firmeza, pero también con una emoción que refleja el alma de quien ha enfrentado los peores horrores y salido adelante.

Camino como sonámbulo. He visto este lugar muchas veces en la televisión, en el cine, pero nunca como hoy. El lugar late con una vida extraña, casi apagada, pero tenaz, como si esos miles de víctimas se aferraran aún a la vida. Nadie dice una palabra. Pisamos tierra sagrada, la tierra donde el Mal parecía vencerlo todo, y sin embargo aquí también brotaron el perdón y la paz.

Vemos los anillos de oro arrancados a las víctimas. Vemos un cuarto lleno con los cabellos de los asesinados, cabellos que habrían sido usado para hacer pelucas, colchones... En un cuarto se amontonan los juguetes de los niños asesinados.

Camino entre los hornos crematorios. Recorro lentamente las celdas y los pasillos angostos que llevaban a las cámaras de gas. Nos invade a todos un silencio reverente: Estamos ante el misterio del mal, un mal tan terrible y espantoso que solo el amor lo puede vencer.

Un. La visita es la celda donde murió de hambre en San Maximiliano María Kolbe, el fraile franciscano que dio su vida para salvar la de un padre de familia. Olvidamos a menudo que cientos de sacerdotes, religiosos y religiosas, incluso obispos murieron en los campos de concentración. La Iglesia pagó un precio muy alto.

La visita termina en el lugar ante un patíbulo delante del crematorio.

La guía nos indica que aquí falleció la última persona en morir en Auschwitz: el *Obersturmbannführer* Rudolf Höss, antiguo director del campo y responsable de la muerte de cientos de miles de personas, condenado a muerte por ahorcamiento en 1947. Me quedo con un sabor muy amargo de cierta justicia.

Nos retiramos en silencio. Estoy agotado, emocional y espiritualmente. Qué rápido se nos olvidan los horrores de la guerra, qué pronto olvidamos el mal que habita en nuestro propio corazón.

Y en el autobús, un padre se voltea hacia mí y me dice: "Hubo gente peor es que los nazis! ¿Sabes quiénes son? Los que ayudaron a los nazis, los que no vieron, los que olvidaron lo que hicieron".



## Parte 2: encuentro en las cataratas del Niagara.

En 1976, atravieso Canadá en autobús con mi hermana Gina. Una parada obligatoria son cataratas del Niagara. Disfrutamos de un espectáculo grandioso.

Una señora anciana trata de subir al autobús, pero con gran dificultad. La oigo hablar en español y en francés. Al parecer el conductor no la entiende. Me acerco para ver si puedo ayudar y pronto trabajamos amistad. Me comenta que es francesa de origen judío y que vive cerca de París. Le pregunto por qué habla también español, y me cuenta una historia que nunca olvidaré.



Estamos en 1940, en Francia, y ha comenzado la cacería de los judíos. Ayudados por la policía francesa, los alemanes buscan arrestar a todos los judíos. Unos amigos le avisaron y ella salió corriendo a la estación de tren con su hijo y con su hija pequeños, de diez y siete años respectivamente. Llegan al andén justo cuando va arrancando el último tren y corren para alcanzarlo. Puede escuchar los gritos de los alemanes que le ordenan detenerse y empiezan a disparar. Con un esfuerzo sobrehumano, levanta a su hijo y lo avienta al interior del tren, pero su hija y ella quedan agotadas, caen de rodillas y ven como se aleja el tren. Su hijo le grita: "mamá! ¿Qué hago?" llorando, le grita lo primero que le pasa por la cabeza: " nos vemos en... Nos vemos en... ¡En Chile!"

Sonriendo me dice que no sabe por qué dijo «¡en Chile!" Era como un lazo de esperanza que algún día las reuniría con su hijo.

Separada de su hija, enviada a un campo de trabajos forzados, y después a un campo de concentración, milagrosamente sobrevive hasta el final de la guerra. Nunca volvió a ver a su

hija. Pero un día, finalmente, pudo viajar a Chile y, aunque parezca increíble, encontró a su hijo.

Noto en su rostro a una cierta serenidad. Ha perdido tanto, ha perdido su ser más querido, ha perdido años de su vida. Pero no quiere perder lo demás. Ya anciana, quiere vivir en este maravilloso mundo que Dios nos ha dejado y que nosotros nos empeñamos en destruir.





*La puerta al más allá...*  
**TARQUINIA, ITALIA**

Verano del 2020. Nuevamente tengo la oportunidad de viajar a Italia, y nuevamente realizo un sueño de infancia: Visitar las tumbas etruscas en la región de Tarquinia, al norte de Roma. Siempre me ha fascinado la historia, y la civilización de los Etruscos, precisamente por misteriosa y desconocida, me ha atraído siempre.

Viajo a Monterozzi, al norte de Roma, donde se hallan unas **6,000 tumbas** excavadas en la roca, algunas de las cuales datan del siglo VII a.C. ¡Me viene a la mente (y al corazón) el recuerdo de mis libros de historia de la secundaria, donde descubrí por primera tantas culturas y eventos fascinantes!

Y hoy estoy aquí, a la entrada de una tumba. Siento como una invitación, una voz que me dice: “aquí descubrirás algo importante”.

Admiro los frescos, las imágenes de danzantes, de banquetes, reproducidos en miles de libros. Pero algo más importante se presenta ante mí.

Ante mis ojos, directamente delante de mí, tengo la oportunidad de ver una pintura que me llama poderosamente la atención. Al fondo de una de estas tumbas, a unos veinte metros bajo tierra, se encuentra la cámara fúnebre donde antiguamente reposaron los restos de algún personaje importante. Sé que se han encontrado aquí muchos objetos arqueológicos valiosos, y que se encuentran ahora en varios museos del mundo.

Pero no he venido a ver algún objeto. He venido a ver una pintura que tiene un significado muy muy especial.

Verán ustedes, mientras que muchas de las tumbas están decoradas con pinturas de banquetes, de fiesta, la pared posterior de esta tumba es muy significativa. El artista ha pintado, en un color rojo vivo, una puerta, o quizás una entrada. Me gusta imaginar un antiguo etrusco, de rodillas ante la pared, con sus pinceles y su pintura, dibujando esta puerta que se abre de alguna manera hacia el más allá, como una esperanza de vida eterna, de algo más, de una trascendencia: "no es posible que el hombre muera todo". Este hombre no está pintando una escena conocida, o algo que haya visto y conozca. Está pintando lo desconocido, lo



trascendente, lo que los ojos no pueden ver ni la mente conoce, sino lo que el corazón espera. Esta puerta que no parece poder abrirse, esta pintura representa la esperanza de tantos hombres y mujeres que nunca conocieron a Cristo, ni la revelación de la vida eterna, y sin embargo hay en ellos, en su arte, en su corazón, una puerta. Este Dios que no conocen, o solamente a oscuras, ha sembrado en cada corazón la esperanza de una Vida Eterna, de una puerta que un día se abrirá para cada uno de nosotros y nos llevará al encuentro definitivo con el Amor.

Quisiera haber conocido a ese artista. Me gustaría ser cómo él: Mostrar a mis hermanos el camino hacia la Vida Eterna...





*"¿A dónde vas a ir ahora?... voy a rezar por ellos"*

## LA ROCA TARPEYA

Verano del 2020, Roma, Italia. He venido a pasar mis vacaciones en la Ciudad Eterna, el corazón latente del Catolicismo, la ciudad de incontable santos y mártires. Ya llevo un par de semanas aquí, y he podido explorar lugares fabulosos: Las iglesias de los primeros siglos del cristianismo, las catacumbas, el circo romano. Pero hoy me espero una visita especial.

"¿A dónde vas a ir ahora?" me pregunta con una pequeña sonrisa el padre Messori, Marista como yo, párroco de Santa Francesca Cabrini. Le devuelvo la sonrisa. Ya nos conocemos bien. Él sabe ya que me gusta explorar los lugares más inesperados.

"He decidido a ir a un lugar muy especial, del que oí hablar en la secundaria, un lugar cuyo relato cautivó a mi imaginación, y al que juré ir un día. Hoy iré a la roca Tarpeya".

El padre Me sonrío nuevamente: "¡Ah! ¿Vas a rezar por todos esos niños?"

Me alegra saber que el padre me conoce también. Así es, voy a la roca Tarpeya a rezar por esos niños...



Roma es complicada, caótica, con un sistema de transporte público poco confiable. Tardo más de una hora con el autobús, el metro, otro autobús y una larga caminata atravesando el Circo Máximo y un laberinto de pequeñas calles. Pero por fin he llegado.

De hecho, llegué aquí hace más de 50 años, cuando "viajaba" cargando mis libros de historia, guiado por mis profesores. Viajes donde descubrí la grandeza y tragedia de la Roma antigua, una "civilización" marcada por terribles injusticias y barbaries. Y por algún motivo que desconozco este lugar me habita desde aquellos días en que estudiaba en el Liceo Franco Mexicano.

Me encuentro al pie de este precipicio escarpado situado en la parte sur de la Colina Capitolina. Todos los turistas conocen esta colina de Roma, una de las siete colinas de la Ciudad. Conocen el Campidoglio, la estatua de Marco Aurelio, la plaza trazada por Miguel Ángel. Pero casi nadie conoce esta parte de la misma colina, la Roca Tarpeya.

En la antigua Roma se utilizaba como lugar de ejecución para ciertos criminales y traidores al Estado romano. Era una forma de justicia "civilizada" donde se castigaba a los culpables con una muerte infame y deshonrosa.

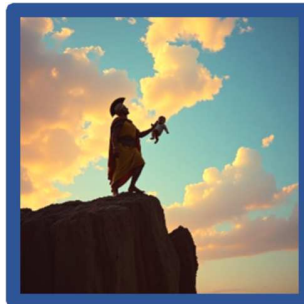
Pero hay más. Porque los Romanos también practicaban una forma de eugenesia, de control natal, de egoísmo social. Cuando nacía un bebé, era colocado a los pies del *pater familias*, el cual debía tomarlo en sus brazos para reconocerlo. De lo contrario, el bebé era expuesto o, según ciertos relatos, era precipitado desde la roca Tarpeya. La autoridad del padre de familia era absoluta, la madre no contaba para nada.



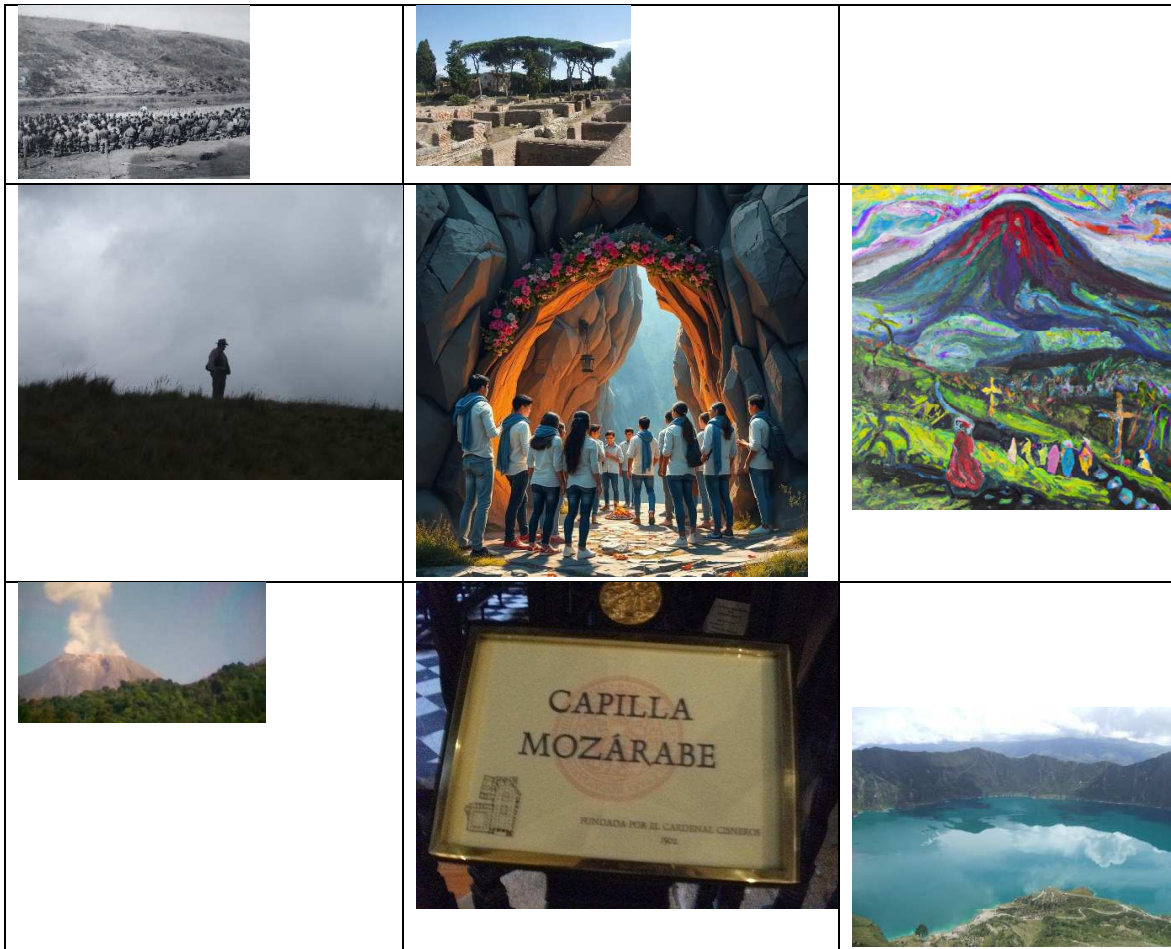
Aunque me rodea el bullicio y el ruido de la calle, mi corazón encuentra un espacio de silencio. Aquí murieron. Miles, decenas de miles de niños inocentes cuyo único crimen fue haber nacido en esta época, enfermos, quizás deformes, o quizás simplemente no deseados, o porque no eran "útiles a la sociedad". Hubiera querido poder celebrar Misa aquí mismo, donde murieron, por ellos, por sus madres, por todos los que los amaron o hubieran podido amarlos.

También murieron aquí muchos culpables. Este era un lugar de ejecución pública, donde asesinos y malhechores eran ejecutados. También rezo por ellos, por todos los que aquí vieron truncada su vida y su esperanza...

Quizás nuestra sociedad no es tan distinta de la antigua Roma...



## Y MUCHOS LUGARES MÁS....



Hay muchos, muchos lugares más: el hogar donde crecí, en la calle de Musset, y más tarde en Ciudad Satélite, mi escuela “Liceo Franco Mexicano”, la casa de mis tíos dónde jugábamos, la casa de los Amundsons en Windom, Minnesota, los campos de betabel de Hazelton, Idaho, donde trabajé de “mojado”, las playas de Normandía donde desembarcaron los Aliados en 1944, Ostia Antica, cerca de Roma, donde por primera vez resonó el Evangelio, la oficina de mi padre en Londres durante la Guerra, Carnac, la capilla mozárabe de Toledo, los menhires de Carnac, la cueva en la sierra de Puebla, en Tikal, en Quilotoa, lugares sagrados de la América indígena... Tantos lugares donde pude ver y experimentar a Cristo, donde pude ver la luz a través de Su luz...

Hubo lugares donde Cristo estuvo presente... por Su ausencia, por Su silencio: en los hospitales, las escuelas y universidades, las oficinas de gobierno (porque Lo hemos expulsado), lugares donde tantos buscaban a Dios antes de Su venida, y Lo encontraron con otra mirada, con otro corazón, porque anhelar a Cristo es ya conocerlo. Lugares donde tantos hombres y mujeres sedientos de Cristo, sedientos sin saberlo, de alguna manera siguen entre nosotros, por las tradiciones, el lenguaje, la tierra que habitamos.

De ahí la gran tarea que se nos ha encomendado: no tanto predicar o compartir el Evangelio, sino vivirlo, porque en nuestro alrededor hay miles, millones de “sedientos”, y nosotros, nuestra vida, nuestras palabras, nuestros gestos, son el único Evangelio que pueden leer. Quienes buscan o han buscado a Dios constituyen lo que yo llamaría una dimensión especial de la Iglesia Universal: constituyen una universalidad “abierta” no basada en conceptos o filosofía o religiones, sino una universalidad constituida porque comparten aquella facultad tan frágil y tan fuerte: *amar y ser amados*.

Ese es el misterio insondable de la Encarnación, Dios entre nosotros, Dios uno de nosotros, una encarnación escondida en la Historia de la Humanidad, que se somete a la naturaleza humana al mismo tiempo que la trasciende.

Quizás nos toca, en este Siglo 21 tan extraño, tan perdido, tan apático, tan « milenial », vivir un nuevo tipo de santidad; basada no tanto en la Gracia y los sacramentos y el catecismo, sino una santidad vivida en la sencillez y la humildad, a través de las obras de misericordia y el amor fraterno.





## CONCLUSIÓN

*“Cuando oigan que yo no puedo ya celebrar la Misa, cuéntenme como muerto”. San Francisco Javier Bianchi*

Al terminar de escribir este libro, caigo en la cuenta... ¡que lo he tenido todo! ¡He recibido tanto de Dios y tanto de tanta gente, tantas personas que han tocado mi vida de una manera maravillosa!

Pensé renunciar a tener una familia, y he tenido la familia más maravillosa que nadie podría esperar, formada de cientos, de miles de personas que he podido llevar, aunque fuera unos momentos, ¡en oración hasta Dios! Personas que han dejado una marca indeleble, una cicatriz hecha de luz y de amor en mi corazón.

Pensé renunciar a los bienes materiales, y en cambio he sido bendecido abundantemente al ser recibido en tantas casas, en tantos hogares que me abrieron sus puertas, desde apartamentos de lujo en París y Nueva York hasta pequeños cuartos de lodo y madera en la sierra de Puebla. He sido enriquecido al compartir el pan y el vino, el Pan y el Vino, las risas, penas, alegrías, duelos, muertes, separaciones más dolorosas que la muerte. Mi tesoro lo forman los miles de sonrisas, abrazos, regaños, correcciones, lágrimas en mis ojos y en los ojos de quienes me miran, esperando una palabra de consuelo y de paz. Mi pobreza es la del Reino, formada por los tesoros que Dios me hizo acumular en otras manos...

Creí renunciar a mi propia voluntad, a mi propio proyecto de vida, al aceptar obedecer a Cristo y a sus representantes en la Iglesia. De hecho he sido bendecido con una vida plena, hermosa, una aventura excitante a través de la vida, pero no de MI vida, sino de las vidas de los demás, cuando quise estar presente, hablar de Dios, compartir esa Gracia que Dios había puesto en mi alma.

Muchas veces me detuve, tuve miedo, fui débil... No seguí a Cristo.... Quise presumir, mostrar lo inteligente y brillante que soy, humillar a otros para engrandecerme, quise que me





aplaudieran, mientras fingía hacerlo por Cristo... cuando sencillamente no era verdad. Incluso ahora, al escribir estas palabras, siento que mi orgullo y mi vanidad empapan estas palabras... Muchas veces me detuve en mi camino; No di el ciento por uno que marca el Evangelio; Y sé que si tuviera la oportunidad de volver a empezar, lo volvería a hacer... igual de mal. No he sido santo. Me conformé con mediocridades. Y sin embargo, por una razón que no entiendo del todo, aquí estoy, al inicio de un nuevo día, una nueva oportunidad de amar, de perdonar, de ayudar, de hablar de Cristo, ¡de partir el Pan y servir el Vino...no entiendo esta esta inmensa y desconcertante paciencia de Dios! Habrá otras misas... habrá otros errores... habrá aun oportunidades de ayudar, de servir, de compartir el Pan y predicar el Evangelio, incluso con mi vida. Pero siento también el cansancio que crece, la enfermedad (¡este cochino Crohn!), ya no me muevo como antes, ya no puedo (¿quiero?) hacer todo lo que hacía antes. Siento que se acerca una etapa en mi vida en que Dios se hará más Presente, más trascendente, pero también me pedirá más... me pedirá que dé lo que no creo poder dar, me pedirá que dé lo que aún no he dado. Lo he tenido todo, lo he recibido todo, pero no lo he dado todo. Quizás por eso aún estoy aquí: para poder, en este que es quizás el último tramo de mi vida, realmente seguir a Aquel que me amó y se entregó por mi...



P Pancho, sm

